

Manizac deón Tomo II (1927)

José Nogués y Nogués

JOSÉ NOGALES



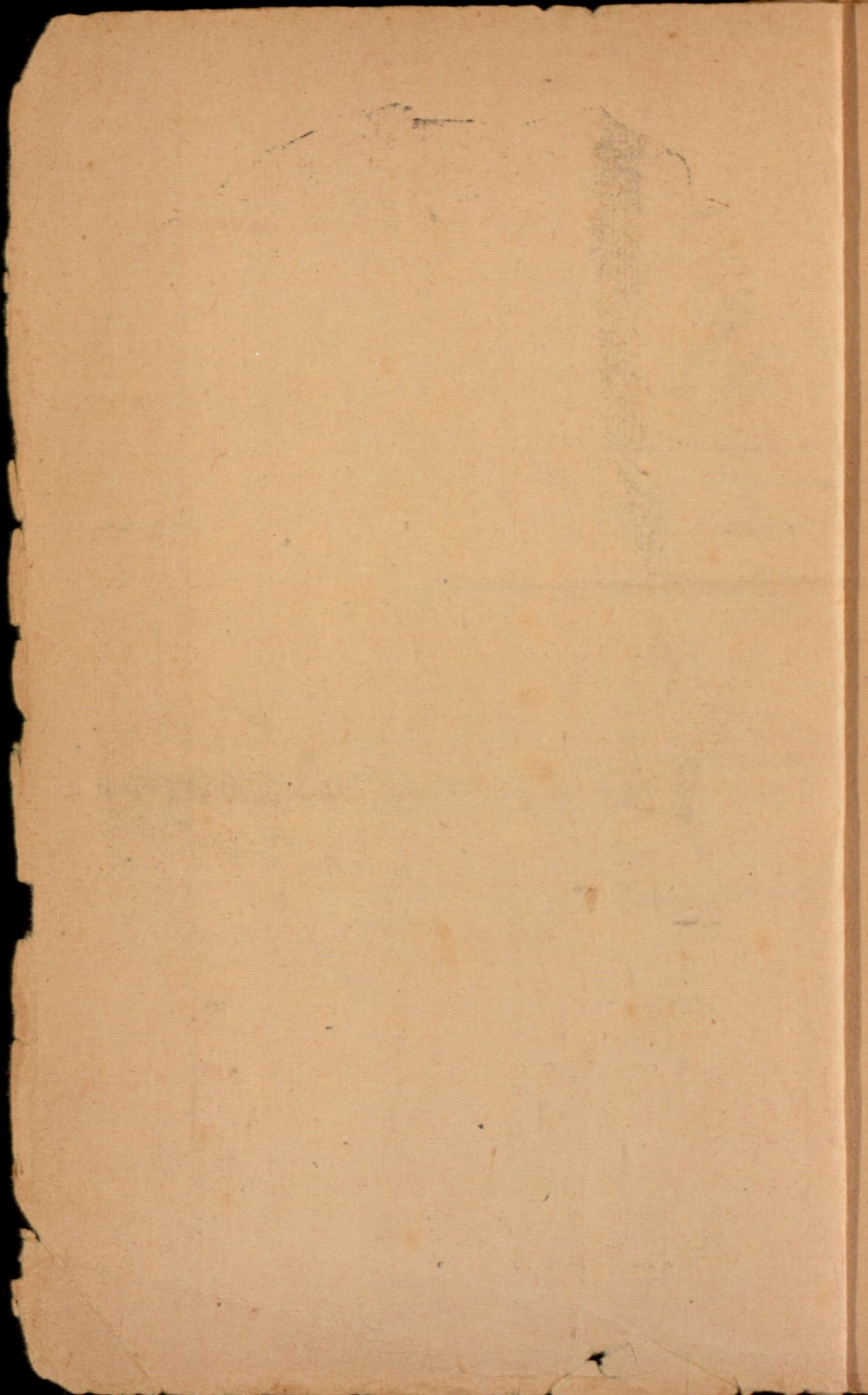
MARIQUITA LEÓN

NOVELA

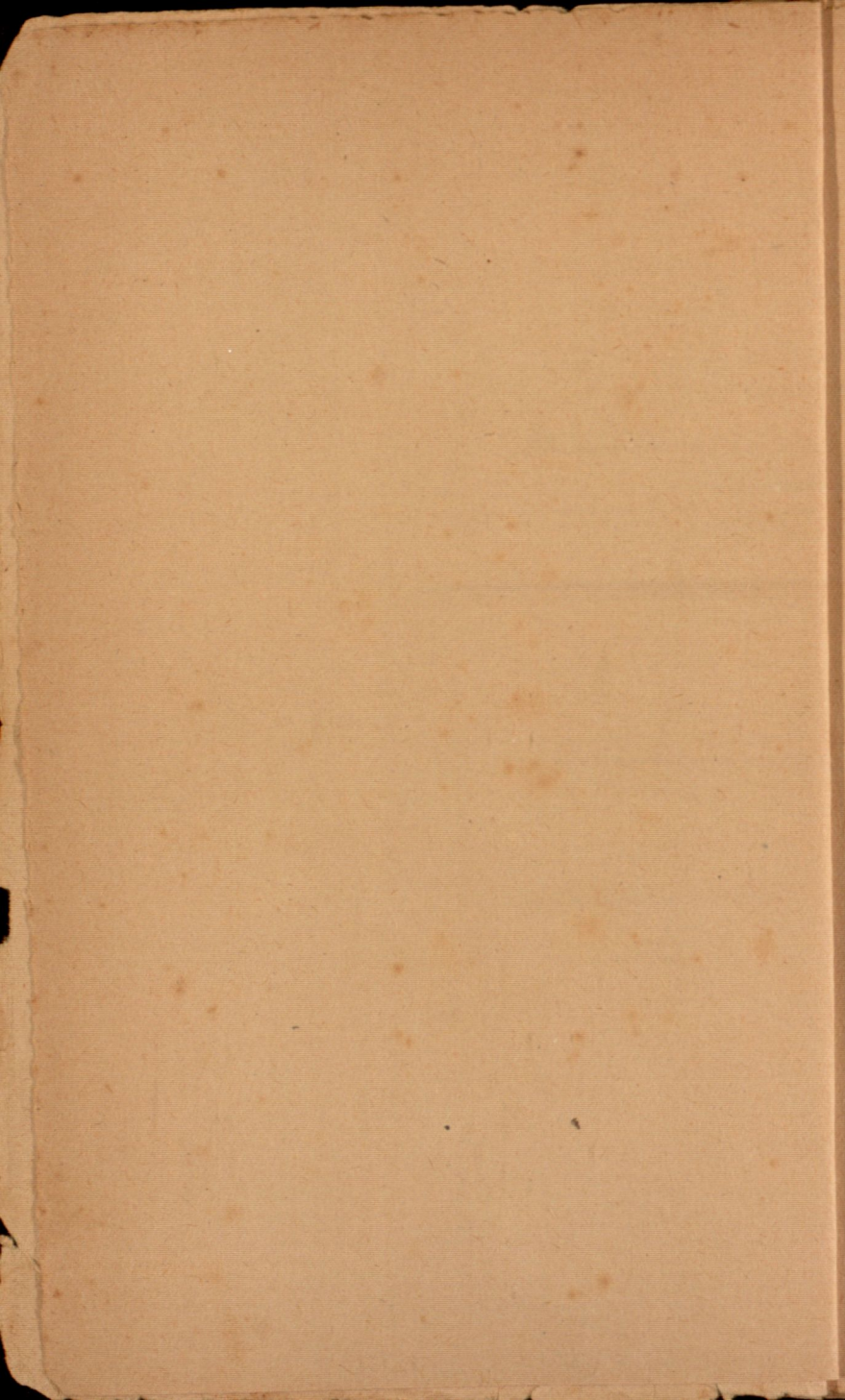
ANGEL DELA FUENTE

Tomo II

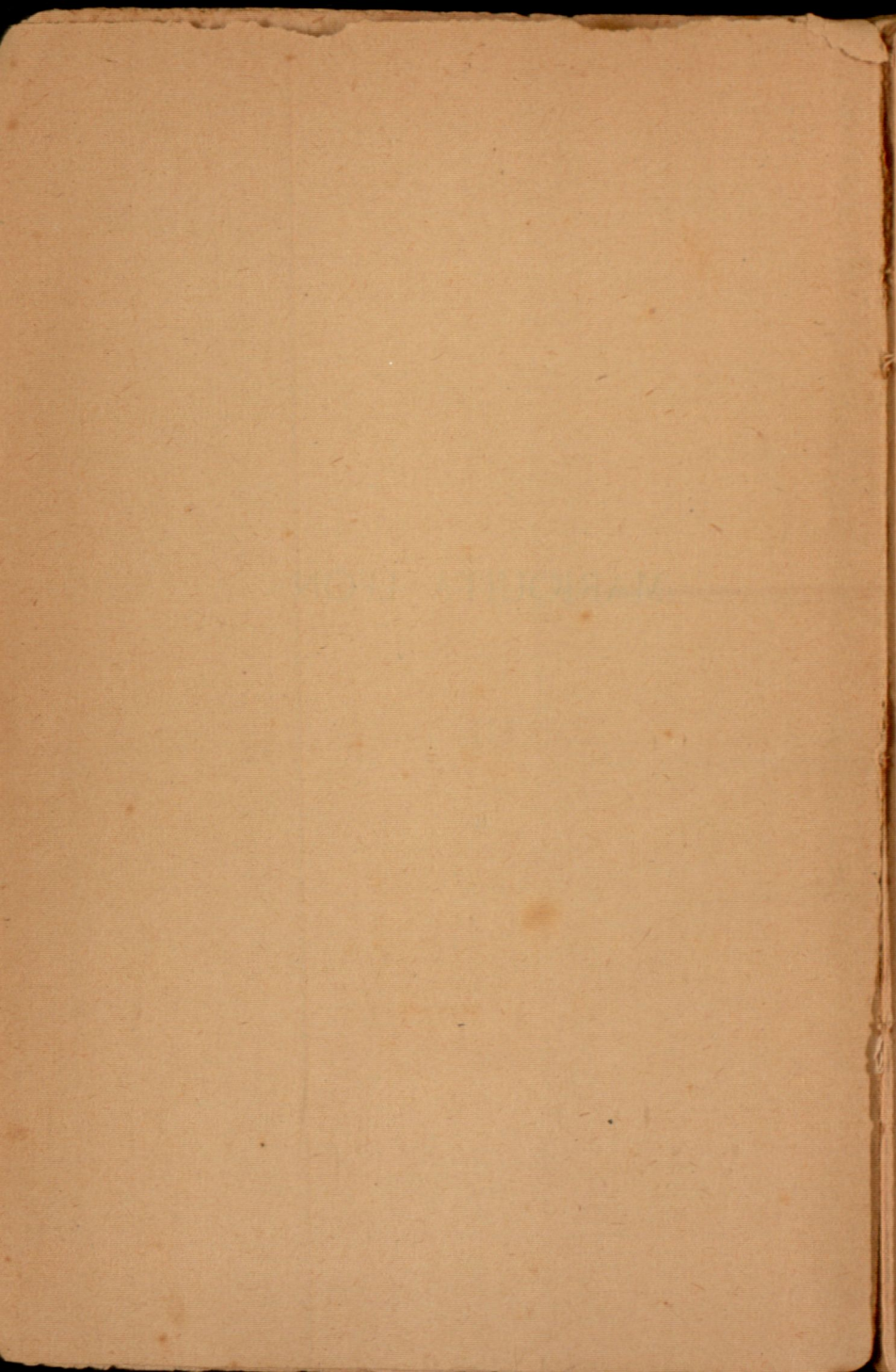
EDITORIAL ATLÁNTIDA



1,00



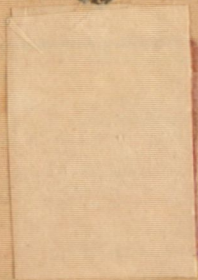
MARIQUITA LEÓN



JOSÉ NOGALES Y NOGALES

MARIQUITA LEÓN

NOVELA ORIGINAL



EDITORIAL ATLANTIDA
MENDIZÁBAL, 42
MADRID

Es propiedad.
Reservados todos los
derechos.

Imprenta Artística de Sáez Hermanos.-Norte, 21.-Madrid

Serían como las siete de una hermosa mañana de mayo, cuando el médico don Jacinto entró en una de las mejores casas de Venusta. Pasó, dando con el bastón en el suelo y repitiendo “¿quién vive?” por el recibidor lleno de cromos, macetitas y perendengues, y como nadie le saliera al paso, llegó a la galería frontera al corral y allí se detuvo mirando hacia la cocina, en la que lo menos se movían, haciendo que hace, seis o siete mujeres, unas de casa y otras de la calle.

Una de ellas arrimóse a la escalera que desde la galería daba paso al corral, y gritó con más que mediana fuerza de pulmones:

—¡Mariquita... Mariquita! Aquí está el médico nuevo.

—¡Voy en seguida!

—No hay para qué molestarse, que allá me cuelo.

Y de dos briosos brincos bajó don Jacinto la escalera y se encontró en el corral. Vió a Mariquita León que salía de la quesería limpiándose los brazos con el delantal y como ella se detuvo, pasó el médico por entre una vaca que estaban ordeñan-

do y otra a la que habían soltado el becerro y meneaba el testuz como si no le agradasen esas bromas; y como al par que esto hacía, zamarreaba endiabladamente el cencerro, mientras la compañera estiraba el pescuezo y largaba unos mugidos capaces de destemplan a un sordo, el médico tuvo un momento de vacilación que provocó la risa fresca y sincera de Mariquita.

—No tenga usted cuidado, ¡hombre de Dios, si no hacen nada!

Aunque le hubiesen hecho pedazos habría pasado don Jacinto, después de aquella risa y de aquella advertencia.

—Muy buenos días, Mariquita. A usted no le pregunto por la salud, porque esa cara, además de otras muchas cosas buenas, está rebosando...

—A usted tampoco habrá que preguntarle, porque esas ganas de requiebro tan tempraneras, no son de estar malo. Le daré a usted un vasito de esa que están sacando y en seguida verá usted al niño. El alma mía no duerme bien; está endeblito... endeblito como su padre, que esté en gloria.

Y se fué para la quesería, donde se la oyó mover vasos y coladores, en tanto que un jayán, sonando los zahones lustrosos, llevaba para allá una vasija de hojalata con un gran colmo de espuma caliente, que casi humeaba.

Don Jacinto, como hombre de capital, sentía harta curiosidad por estas cosas. Aquel corralón húmedo con el vaho de las vacas y sus sanas evacuaciones; aquel otro olor de la quesería, acre, fuerte, que casi embriagaba; el blando mugir del ganado, el chupetón de los becerros que a topadas sacan el sustento de la ubre; aquella casa, mitad tosca como establo, mitad refinada con un gusto chillón que atacaba los nervios; aquella rica-hem-

bra haciendo quesos por voluptuosidad, por capricho, por impulsos de una actividad casera desarrollada hasta desterrar el sueño sin malear una sola fibra, todo esto desplegándose bajo un sol de primavera que hacía brillar los ramos de lanceatas verdes del único olivo del corral y el pelo lustroso de las vacas, parecía al médico que era como una oleada de salud bucólica, que llevaba paz al ánimo y energías al cuerpo.

—Esta tiñe el vaso: parece manteca.

—A la salud de usted y que Dios se lo pague.

—¡Arriba con ella! Y que sirva de provecho según se da con voluntad.

—Gracias, Mariquita.

Y el médico se limpió apresuradamente los bigotes, con un inconsciente deseo de no aparecer ridículo por un poco de espuma que quedóse en aquella rubia parte de su juventud.

En esto trajeron al niño, recién despertado, ligeramente vestido y sin poder abrir los ojos a la luz intensa de la mañana.

Mariquita le llenó la cara de sonoros besos. La criatura refunfuñaba, pateaba, protestando de aquel brusco lanzamiento del lecho a la hora en que mejor dormía. Hubo que calmarle, reconciliarle con el día enseñándole los becerros, llevándole a que los tentase. ¡Cuán poco prometían aquellos seis años de linfatismo, engendrados por un tuberculoso que, en su afán de paternidad, dejaba en el mundo la huella morbosa, la estela triste de sus propios sufrimientos!

—¿Verdad que no hay cuidado, don Jacinto? ¡Si supiera usted! Este hijito me quita la vida.

—Vamos; la cosa no es para tanto. Tónicos, tónicos. Hay que hacer sangre...

—Es que yo... tengo una espina aquí... que me

pincha. Su padre, tísico, pasado y ya en las últimas, ¡qué sé yo!, parece que a las personas se las quiere más cuando van a morir.

Y una súbita amargura, algo como un tardío reproche de la conciencia, tiñó de blanco la hermosa cara de la rica-hembra. Después, como alejando de un vuelo aquella idea que la hacía sufrir, se encaró con el médico que miraba atentamente la faena de los gañanes y, con sonrisa algo dudosa, le dijo:

—Es bueno que aprenda usted, porque en la “casa de la olla” hay mucha labor.

—¿Qué dice usted, Mariquita?

—¡Cómo nos gusta que nos repitan lo bueno! ¡Si lo saben hasta los perros!...

—Le aseguro a usted que el pueblo anda muy por delante de mi intención.

—Yo, francamente, me alegraría por dos cosas: porque al fin se quedaría usted entre nosotros y porque se llevaría usted lo mejor, lo único bueno de la casta ésa.

—Ahora tiene usted la culpa de que ya afloje un poco las riendas a la curiosidad. Dígame, por Dios, qué es eso de la “Olla” condenada, que estoy oyendo siempre y nadie me explica.

—¡Voy, tío Francisco!... Me llama el quesero. Algo que hace falta. ¡Jesús, qué vida la mía! Conque, don Jacinto, me alegro de su contento, y lo dicho.

—Adiós, Mariquita. El niño, ya sabe: abrigadito. Marchóse el médico, y Mariquita León entró otra vez en la quesería donde el tío Francisco, con los zahones puestos y los brazos negros y lustrosos, desnudos desde el codo, aplastaba y daba vueltas a la masa blanca ceñida por el aro. Del canalón de madera, algo inclinado, chorreaba el sue-

ro: muchas colodras contenían, unas, la leche de oveja, otras, el requesón que estaba haciéndose, y todo aquello olía a cuajo, a suero, a espuma... y aquel olor mareaba.

El niño lo miraba todo con una curiosidad fría y paciente: sus ojos, algo cenizos, tenían una seriedad impropia... Mariquita le cogió otra vez, le chilló, le besó en uno de esos arrebatos que repentinamente le entraban.

—¿Te gusta ver hacer eso, mi alma? ¿Tú quieres mucho a tu madre, mi vida? Tío Francisco, hágale usted un quesito chico a mi niño. ¡Ay, qué rico! ¡Si parece un hombre, Dios mío!

Después le dejó sentado en una silla basta enfrente del trabajador, y se puso a trastear por todo el cuarto con una agilidad de hormiga casera que está en todo y para todo sirve.

—De modo y manera—rompió diciendo el tío Francisco, como siguiendo el hilo de una conversación interrumpida—que yo se lo dije al amo. Yo, aonde como el pan más veces al año y jallo calor siempre. Eso será singún, me dijo. No hay singún que valga, le dije; y desde ahora mesmo estamos al otro lao. Demasiao sabes, le seguí diciendo, que soy hombre parcial y agradeció. Se puso hecho un alacrán y escupiendo venenos. Paece que estos probes que se güelven ricos de sopetón porque apañan un tesoro o limpian al prójimo singún pueden, les entra talmente una carga de jumos que naide miran.

—¿Y a usted, qué? ¿Ha necesitado usted nunca de esa "olla" para comer, tío Francisco? Usted se fué allá porque quiso.

—Cállate y no me lo arrefregues más, porque demasiao sabes que las mujeres piden alcalde de palo, y la mía es de ésas. ¿Qué quieres? Se amon-

tonó con lo de la quinta del hijo, y como el bicho es alcalde, pallá nos fuimos, y aluego ni libre ni na.

—Si; pero quería el voto.

—¡Miá tú que dárselo yo! Aunque a ti no te hiciera falta. No sé pa qué a los probres nos dan eso. Pa disgustos.

—Tío Francisco, ¿ha visto usted esas hijas de Larán-larán, cómo se han puesto?

—Argullo.

—¡Y el pedazo de alcornoque con esa vara haciendo perjuicios a todo el mundo!

—Argullo. No hay más que argullo en esa casa de la "olla", que recomía de gusarapos habemos de ver, si comprenden las maldiciones. Con Berrinches tiene bastante pa que se la coman.

—No me hable usted de ese perdido. Borrachera, escándalo, fachenda y nada entre dos platos.

—¿Qué sabes tú? Cuando a un pino le entra gusanera, allí está el gusano roe que roe... la gente se ríe del bicho, ¡buena diferencia!, pero tiempo al tiempo, el gusano seca el pino y el viento lo tumba o el rayo lo enciende como yesca...

—¡Ay, qué cabeza la mía! Vamos, mi alma: a tomar la papa.

Y se fué jugando con el niño, con mimos y risas que parecían cantos de alondra.

Ya dentro de la casa comenzó a dar gritos. ¡Qué gandulería de mujeres! A ver, ¿dónde está el saco de pan de los pastores, que vendrán por él? ¿Quién midió el aceite? A que los azufradores no se llevaron el cántaro... ¿Vino el de la carga de quesos? ¿Sacó mi hermano el trigo? ¡Jesús!, abrid esas puertas, que se ventile la casa; ¿vamos a hundirnos en basura?

Y con su voz, parecía entrar su alma en la casa:

aquella pandilla ociosa de mujeres que chismorreaban en la cocina, recobró súbita actividad, y como hormigas silenciosas, dirigidas por la mandona del hormiguero, comenzaron a trajinar, a ir y venir, a trabajar de firme en aquella casota de labor, de la que graneros, establos, bodegas, tinajero, pajares y dependencias, consumían las tres partes y media del solar, y el resto quedaba destinado a habitación y aún sobraba bastante.

Mariquita León continuó su faena, que era rudísima. Mandar, dirigir, salvar dificultades, dar a cuenta de jornales lo que venían pidiendo, vender, comprar, pesar, medir, llevar sus cuentas, estudiar negocios, atar tantos cabos y saber atarlos con precisión; vigilarlo todo, derramar en todas partes su actividad incansable... y por la noche, recibir a la gente, acomodar el ganado, oír la relación de la faena hecha y disponer la del otro día; reñir, aconsejar, pagar, apuntar, proveer. Más tarde, cuidar de que los niensos se den a sus horas, de que los mastines se suelten, de que los pajares se recostran para evitar incendios... ser un centinela de lo suyo. Más tarde aún, sentarse junto a la cama del niño, verlo dormir, oír su respiración, volverlo, besarlo, mientras masculla alguna oración dando cabezadas y pensando en el campo, en los negocios, en la ruina política del pueblo; acostarse luego por pura fórmula, *descabezar* un poco el sueño, y a la madrugada otra vez en pie, a despertar a la gente, a disponer la salida de los trabajadores, a recibir el ganado y los cántaros de leche, a cuidar de todo, a trabajar ella misma para ahuyentar la pereza. Y esto un día, y otro, y siempre.

Casada a los veinticuatro años con un hombre de bien, acaudalado y enfermo, tuvo que ser ella el hombre de la casa. Aquel pobre físico tenía

caldos por estímulos hombrunos. Quién se la pintaba como una pedantona rural, "leída y escribida", dada a la política por puro y empachoso *sport*... Nadie daba en lo cierto.

Pero es el caso que todos los candidatos que iban al distrito para formar la urdimbre electoral, habían de visitarla y para todos los enjuagues tenían que contar con ella.

—¡Qué asco me da de estas cosas! Pero, ¿qué se habían figurado? ¿Porque soy mujer me va a arrollar ese tío Brevas y su pandilla? ¡Las tengo muy bien puestas!

¡Brevas! ¡Qué historia más negra la de ese alias! Durante muchos años, un buen par de zorros, el cacique ése y el Sacristán, usureros finísimos, fueron chupándose todas las gangas de la comarca. Despojaron a Oblita, un pobre pueblo que agonizaba allá abajo tumbado al sol, entre ilusiones hidalgas y miserias reales; arruinaron a muchos de Venusta y sus cercanías, y cuando madura ya, estaba para caer alguna fortunita, todos decían: ¡qué breva! Esta, para don José. El Sacristán las coge más verdes.

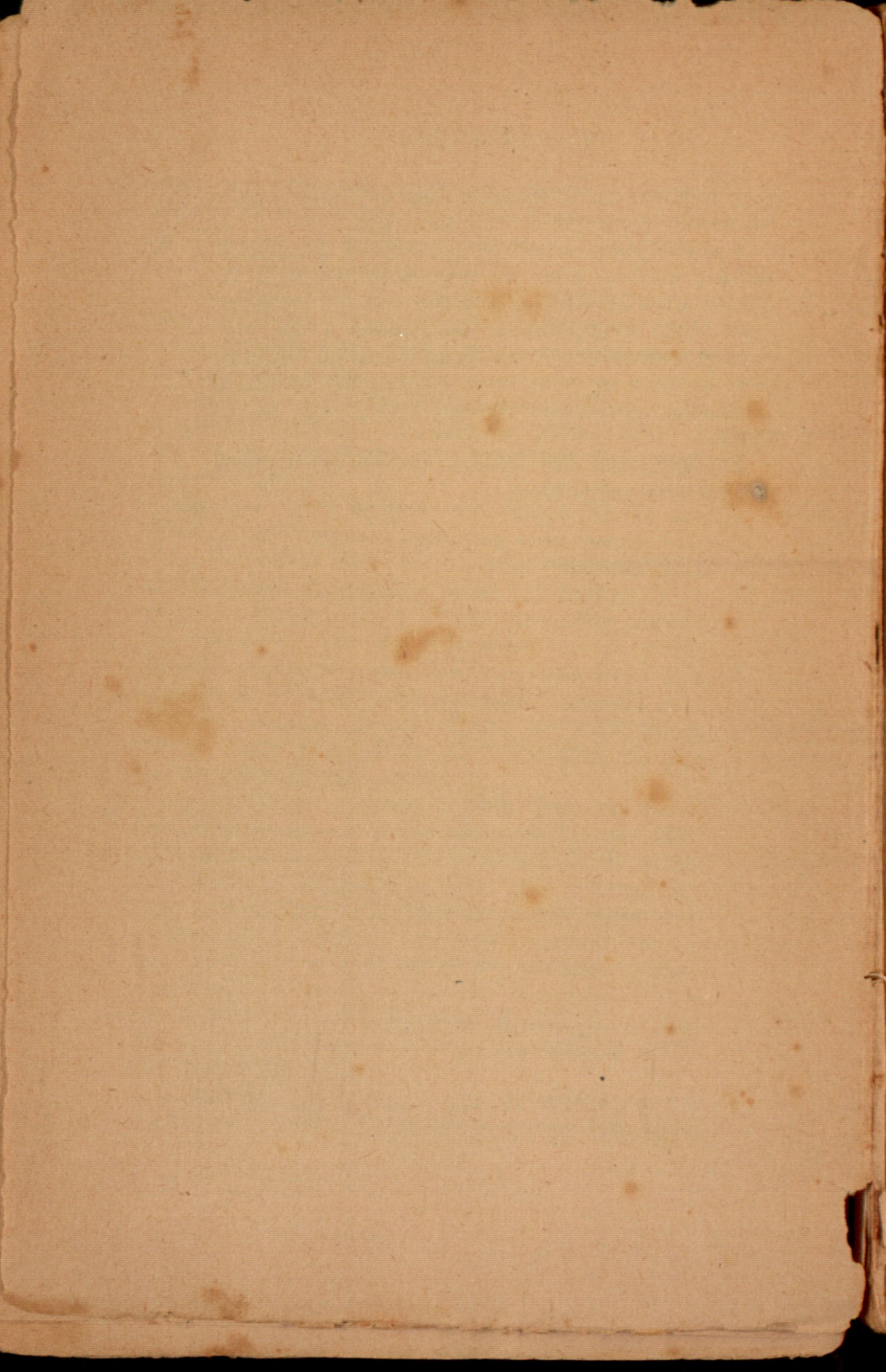
Aquellos ricos nuevos, aquella turba de gente lista, trabajadora, afanosa por adquirir, que iban haciendo de la antigua aldea la esponja de todos los bienes comarcanos, uníanse cada vez más en odio a Mariquita, envidiosos de aquella mujer que acrecentaba el caudal y con él su influencia sin tener que apelar a la rebaja de los jornales, al acaparamiento de las especies, a la vil usura, al concierto del capital para acogotar al trabajo... y que era un vivo y no muy silencioso reproche de todas sus ilícitas empresas.

—¡Mejor!—decía ella—. Que se unan todos. A menos parte tocan. Cada uno lo quiere todo para

sí, y por eso riñen. Mientras más se junten, mejor los venzo. ¡Como si no los conociera!

Y era la pura verdad. Brevas, antes tan acaparador y egoísta, tuvo que *descentralizar* para dar abasto a los que llegaban. Unos con los otros reñían ahora disputándose los puestos y las prebendas, y en medio de esa lucha intestina, Mariquita se imponía en todas las ocasiones, con su hueste compacta, vigorizada como por una especie de religión.

Era la señora de Venusta, sin que pretendiera hacer alarde del señorío.



II

Al salir de casa de Mariquita León, dirigióse el médico a la plaza. Allí encontró al alcalde Laránlarán, su presunto suegro, según daba en decir la gente, que estaba disputando con unos vendedores de hortalizas, que habían invadido el paseillo; porque ya se sabe: entre los de Venusta, el principio de autoridad tiene que manifestarse entre voces y dicharachos.

También andaba por allí el gran zorro del cacique Brevas, conocido en el mundo oficial por don José Miguel de los Santos Cárdenas, muy cuidadoso de que se guardase orden, y como siempre, censurando que los trabajadores, agrupados allá en la esquina al lado de las carnicerías, entrasen en la taberna, donde lo menos que podían hacer en contra suya, era emborracharse y perder el jornal del día.

—Estos brutos no saben más que dos cosas: beber y pedir aumento de jornales. No sé dónde vamos a parar... Venusta no puede con los vicios.

Y enjaretaba el sermón de siempre, el de todos los días, sobre la moralidad, sobre la quietud y

economía, bases de la prosperidad de los pueblos. "El diablo, harto de carne, se metió a fraile", solían decir sus convecinos comentando aquel extremado afán moralizador que Brevas "había cogido".

Y como en Venusta no se chupan el dedo y apenas creen en otra cosa que en el interés, convenían todos en que el señor de Brevas quería hacerlos unos santos para monopolizar el pillaje y ampliar sus negocios. ¡Eche usted guindas a la tarasca!

Larán-larán, cuando vió al médico, dejó a los vendedores que, serones a cuestras, estaban mudando el rancho, y trabando conversación sobre la enfermedad de su hija Mercedes, que por ser la menor era la que más quería, empeñóse al fin en convidarle y así no hubo más remedio que hacer un alto en la visita y entrar en el casino.

El resto de buen gusto que como a hombre de capital quedaba a don Jacinto, se le sublevaba bruscamente cada vez que ponía el pie en aquella casa. Los azulejos más chillones, las pinturas más horribles, los colgajos de tela más ofensivos a la vista, un conjunto *macabro* digno del alto Congo. El casino no era más que un salón en el piso bajo, con un corralete detrás y en él una cocinilla. Una escalera de hierro en forma de tirabuzón comunicaba con el salón alto en que jugaban al billar y a "otras cosas".

Abajo, tres o cuatro espejos grandes proporcionaban a los venustenses la rara ocasión de mirarse de cuerpo entero. En el fondo había un piano, y encima de él, mal dibujada al carbón, una tremenda osa limpiándose las lágrimas con un pañuelo; caricatura alusiva a cierta ceremonia funeral de los de Oblita. El resto de las paredes lo llenaban

carteles de toros, anuncios de ferias y veladas, de toda suerte de festejos de que hubo inusitada abundancia en aquel año de guerras y desdichas que nos dejaron por puertas.

En el casino había un conserje, que él mismo servía, en mangas de camisa las más veces; tuteaba a los socios y se entrometía en las conversaciones. También solía desvergonzarse con los deudores cuando llegaba el caso.—¡Estos tales y cuales!, y sacaba a relucir, con la colilla en la boca, la historia de los linajes y la crónica negra de la politiquilla local. Era temible.

Sentáronse Larán-larán y el médico a los lados de una mesilla y tuvieron que aguardar que Currito, el conserje, acabase de relatar a ocho o diez socios que tomaban copas en torno de una mesa grande y redonda, la compra de un caballo que había hecho el yerno de Brevas.

Le habían engañado miserablemente. El caballo tenía esto y lo otro y lo de más allá. ¡Una desdicha! ¡A buenas manos iría a parar el dinero de Brevas! Siempre se dijo que aquel forastero sería la ruina de la casa. ¡Cómo han de tener los forasteros el golpe de vista comercial de los hijos del pueblo! Y miraban a Larán-larán y al médico como diciéndoles: “chúpate ésa”.

Tan claro fué el tema, que don Jacinto se puso colorado; y eso que aún no había nada, nada más que un poco de inclinación por ningún modo confesada. Larán-larán siguió imperturbable:

—Vamos, ¿viene eso, Currito? O nos iremos, si te parece.

—Voy.

Y sacó los fósforos y encendió la rebelde colilla, y fué para el corral a ver el perdigón que “tomaba tierra”, y, por último, entró en la cocina,

de la que salió con el café. ¡Qué democracia!, decía el médico para sí. Aquí todos son iguales, ¡ninguno tiene educación!

Y mientras los unos seguían hablando del caballo, los otros, de la carestía de jornales y de la labor en las viñas; Currito, de la cacería que iba a emprender, furtivamente, al coto de los Rodríguez, y algunos disputaban sobre los terrenos que ofrecen mejor garantía hipotecaria; don Jacinto miraba aquella plaza de pueblo, fea, chica, con unas pretensiones ridículas de capitalidad, merced a los altos asientos de ladrillo que dejaban con los pies colgando a los que en ellos descansan, y a la media docena de acacias entecas por falta de riego, que entonces brotaban como haciendo un esfuerzo supremo... y pensaba en cosas más altas, en el país, en la guerra, en la situación de la pobre España, ¡en tonterías!, como le hubiesen dicho aquellos del caballo y la cacería y las garantías hipotecarias.

¿Qué pueblo es éste?, se decía don Jacinto, oyendo a todos, pobres y ricos, viejos y jóvenes, apurar la misma nota: el negocio, la ganancia, el interés en todas sus formas. Parecía que los chiquillos lo mamaban, y así la juventud era experta, pero descreída, ignorantísima en todo lo que no fuera ganar dinero, según los principios aprendidos por continua observación más o menos inconsciente.

El mismo Larán-larán creía prestar al médico un servicio digno de gratitud, por ser tan fuera de su costumbre, con aquel convite a la taza de café y la copa de aguardiente. Otra de las cosas que a don Jacinto repugnaban era la absoluta falta de caridad social que en todos observaba.

¿Tenía uno un flaco, un recuerdo penoso, un defecto físico? Pues allí daban una y otra vez

convirtiendo la molestia ajena en goce propio. De estos rozamientos que la continuidad hacía irresistibles, nacían odios que no se acababan. ¿Qué, los hombres han venido al mundo para morderse?, se preguntaba el médico, acostumbrado a esa más cómoda amplitud moral de las poblaciones grandes.

Un alguacil trajo el correo y el alcalde empezó a romper sobres de oficios, y a leer con unas gafas puestas, lentamente, como quien deletrea para sí.

—Llama al secretario.

—En seguida. ¿Sabes a qué hora se fué del casino, Currito?—dijo el alguacil.

—A las cinco y media—respondió el aludido—. Perdió treinta duros al golfo, y se fué con una zangarriana que lo menos en tres días no da remor de sí.

—Hum... larán larán... ¡Por vida de!... Se lo tengo dicho a Brevas. Este hombre es un perdido que nos va a comprometer. Cuando no está preso, lo andan buscando. Toma una copa—le dijo al poco respetuoso alguacil.

—Venga. De champurrao, ¿sabes?

—¿No lo he de saber? ¿Ibas a variar porque ahora eres cosa de justicia? Así anda la justicia.

Todos rieron la ocurrencia de Currito. Don Jacinto había cogido un periódico y andaba engolfado leyendo partes, artículos y comentarios.

—¡Esto es grave, señores! Oigan ustedes: He aquí la lista verdadera de los buques yanquis, y lo que dice este diario, que no se muerde la lengua. ¡Vamos a la ruina más espantosa; nos quedamos al amparo de Dios!

—¡Qué cosas tiene este médico! A la ruina, con tan buenas cosechas a la vista... ¿Qué tenemos

que ver con listas ni buques ni zarandajas? En todas partes no hay más que negocios. ¡Bueno fuera!

Y como don Jacinto se pusiera harto pesado con eso del patriotismo y la historia y la dignidad nacional, comenzaron a desfilar y le dejaron solo.

—¡Mal camino!—iban diciendo—. Lo que es por ése no llegarás tú al fondo de la olla.

—¿Quién sabe?—dijo un jovenzuelo—. Quizá la atrape. El dinero del sacristán...

—¿Qué tienes tú que decir del sacristán? ¿Tu abuelo no fué *monacillo*?

—Ah, es verdad; cállate, so bruto. No hablaba yo de tu tío; lo que digo es que lo que vino cantando, debe irse bailando. Y quizá este tonto...

—Ahora he caído, y ojalay que lo estripe.

—Mira lo que pasó a Brevas con la niña.

—Y ¡qué podía hacer el hombre! Antonia se emperó por aquel "marsellés" con botones de plata... ¿Las mujeres saben lo que les conviene?

—Anda, que buena mano tiene para comprar caballos. ¡Seis mil reales por un penco!

Solos ya en el casino Larán-larán, don Jacinto y el conserje, continuó el segundo su interrumpida peroración.

—Hum, el gobernador aprieta para que mandemos dinero. ¡Cualquier cosa!

—¿La guardia andá muy salía por lo de ahora?—preguntó Currito al alcalde, en su constante preocupación de cazador que prepara una jugada.

Y con estas interrupciones, don Jacinto dió fin a su patriótico discurso, un tanto amoscado por aquella indiferencia de sus oyentes.

—¿Usted se queda? Tengo que ir al Ayuntamiento.

—No. Voy a seguir la visita.

—Pues hasta luego... Y que vea usted a Mercedes.

Pero en vez de continuar visitando, don Jacinto se quedó en el casino. Aquel Currito hablador, desvergonzado y conocedor de todo el mundo, ¿no podría ponerle en autos de muchas cosas que le interesaban? A la ocasión hay que cogerla por el único pelo libre.

—Currito, ¿tomamos unas copas?

—Como usted guste.

—¿Aquí o allá?

—En donde mejor le parezca.

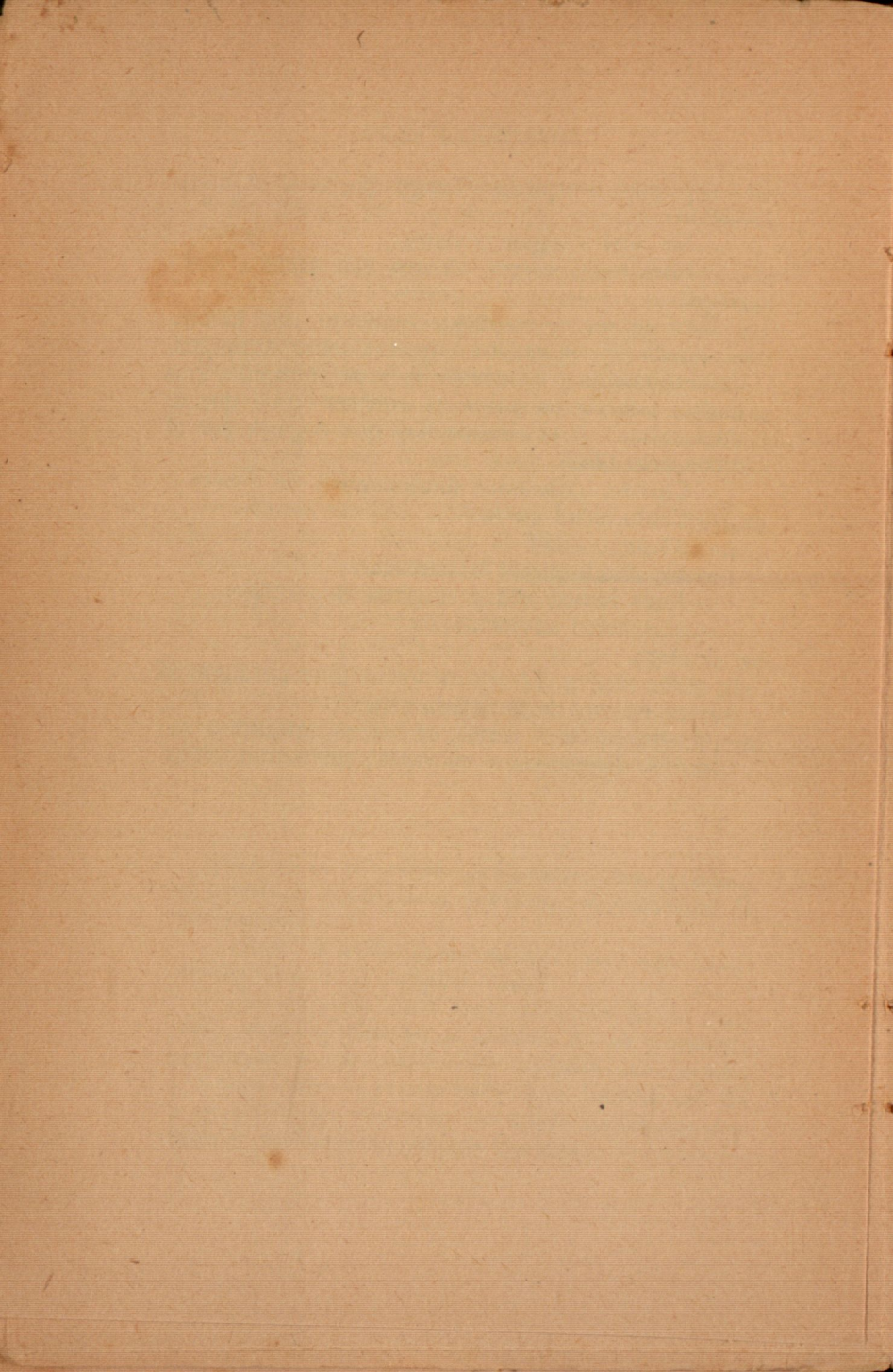
—Pues vamos allá y veremos el perdigón.

—¿Es usted aficionado?

—Algo.

—Me alegro. Te veo de venir. Este perdigón sí que es nuevo: de la última cría.

Y allá, hacia el corral, se fueron entrambos cazadores, dispuestos a no volver sin cobrar pieza.



III

—Por lo que toca a Larán-larán, el apodo se lo debe al estribillo. Para ese don Aulerio Rabí todo es larán larán. No hay nadie que administre mejor una muletilla. Tanto, que con su larán larán lo hicieron alcalde. Por encima, ya lo conoce usted: rico, mísero y sin más afecto que al tanto más cuanto. Dicen que a la hija, la que usted sabe, la quiere casi tanto como a los intereses; pero yo no lo creo, porque es un reo de consideración. Lo mismo que Brevas, otro reo de consideración. Y si le voy rezando el padrón, no oirá usted otra cosa.

"Atento a lo que usted me ha preguntado de la "casa de la Olla", es raro que no lo sepa, cuando aquí no hay perro ni gato que no lo sepa y lo tenga hasta olvidado. Pero como quien pregunta saber quiere, y no hay agua que no vaya al molino si tiene la zanja abierta, se lo contaré en dos por tres y saldrá usted de apuros.—Y aquí se paró Curríto, acarició al perdigón, que daba saltos en su estrecha cárcel, y a título de presunto aficionado, dijo al médico, que era todo oídos—: Eh, ¿qué tal? ¡Si viera usted cómo piñonea!...

"Pues verá usted: hace muchos años—yo era un chiquillo—, al señor Aulerio todavía no le decían Larán-larán; era un trabajador como esos que usted ve por las esquinas. El y otro hermano, que valía más, ¡buena diferencia!, mantenían a la madre, una vieja muy malita, que tiraba siempre por Aulerio; al otro, que lo partiese un rayo. Vivían en la misma casa que hoy vive el tal; es decir, en el mismo sitio, porque lo que es la casa... En la de al lao, la que tiene la virgencilla en el zaguán, vivía el cura Coscales, un chopo con sotana—¡parece que lo estoy viendo!—, que había sido fraile y se trajo del convento la mar de dinerales y de plata labrá pa que el Gobierno de entonces no lo apañase; porque parece que tós los Gobiernos son iguales. Total, que el Aulerio andaba siempre venteando, y la madre idem, hasta que llegó el día en que se dijo que si venía Prim con una partía pa Portugal, y que otras partías andaban cerca, y que se iba a armar la gorda; y mi cura Coscales se aturrulló, se zurró de miedo, y una noche, ayudándole la vieja matusalona que tenía en casa, fué a la bodega soterránea, hizo un hoyo, metió la plata, y en una olla grande las peluconas, y aparte lo demás que había, y encima hizo un poyete de material, en que asentó dos pipas de vinagre, que ni Dios sabe cómo pudo valerse para montarlas él solo.

"No se le escapó a la otra vieja el teje maneje, y avisó a su hijo. Daba la-causalidá que la bodega caía pared por medio, y como la casa de Larán-larán está más baja, el poyete preñado venía mismamente detrás de la chimenea de la cocina. Aperció por la madre, Aulerio echó fuera al hermano la noche en que hicieron el negocio. ¡Una vieja y un avarientol! Lo mismo que en la casa de al lao

cuando escondieron el gato. Rasca que rasca, y la vieja alumbrando, llegaron a lo vivo, y sin tocarle al poyo le sacaron los tuétanos. Tapiaron el bujero, encendieron candela, y como si na.

—Bueno, y eso ¿quién lo ha visto? ¿Quién lo ha dicho?—saltó el médico sin poder contenerse.

—Poquito a poco hilaba la vieja el copo, que hay más días que longanizas; punto en boca y vamos andando, que too parecerá. Como el dinero y el cariño no pueden estar escondidos, comenzó Aulerio a echar fantesías y a gastar dinero. El hermano se cabreó y quiso tomar parte en la función. ¡El trabajar, mientras los otros jolgaban horros y alegres! Y aquí principió la bronca. La madre se puso al lao y de parte de Berrinches, el otro hermano, y quería que se partiese entre los tres. ¡A buena parte! Y sobre si era, si no era, cada noche se armaba a la sordina un escándalo que se jundía la casa.

"Pa remate de cuentas: que Aulerio se amontonó un día y echó a la calle a la madre y al hermano. Al principio no hicieron na; pero cuando vieron que compraba fincas y prestaba dineros como un ministro, la vieja se volvió una víbora, y el hermano no digo qué. Ambos a dos venían de noche a la puerta de la casa y se hartaban de decirle: "¡Anda, so ladrón, suelta lo que no es tuyo! ¡Parte la olla... la olla siquiera!..."

"Con estos escándalos y la fachenda de Aulerio, el cura Coscales principió a escamarse y a tener reconcomios, y no paró hasta quitar las botas, deshacer el poyo y registrar el nido. "¡Ladrones, ladrones!", fué lo primero que dijo; y como no quería declarar lo que habían robado, porque por el hilo no se sacase el ovillo, le dió una pataleta,

y al salir de ella la tomó con la vieja que le ayudaba, y a pocos estrujones más la estrangula.

"El lfo que se armó fué de ole. El cura dió en no comer, en no dormir, y se puso de remate. Y lo bueno es que cada vez que oía a la otra vieja y a Berrinches decirle al prójimo "¡parte la olla, la olla siquiera!", salía Coscales maullando como un gato por encima de las tapias: "¡la olla... dame la olla... la olla siquiera, y quédate con lo otro!" ¿Qué tal sería la ollita, eh?"

—¡Caramba! ¿Sabe usted que la historia interesa?

—El cura se volvió loco y se lo llevaron a Sevilla. La vieja que le servía se murió del susto. La madre del tal, comenzó a cantar más que un jilguero... Echó mano la justicia, y en esto vino la revolución. Aulerio se hizo predicaor, se llevó a la pobrea por delante, y la justicia tuvo que echar tierra... ¡Las cosas del mundo!

"La madre se murió rabiá con to eso, y hasta la enterraron de caridá. Berrinches se casó y tuvo ese lárgalo que anda por ahí emborrachándose y dando que hacer al tío. Aulerio también se casó, tuvo esas hijas, compró la casa, la hizo nueva, fué alcalde y vive como un príncipe. Y colorín colorao... ¡Paca!, el almuerzo.

Y aquel otro príncipe reinante dejó al médico y entró en la cocina a buscar el pan de cada día, que ya le tenía preparado su robusta cónyuge, la hermosa Paca, que no era el menor atractivo del casino.

—¡Confíe usted en las gentes! ¡Fíese usted de los pueblos! Pero ¿eso no será una infamia, una calumnia rodadiza, acaso una exageración burda del *se dice*, una leyenda estúpida de esas que clavan como en la cruz a una familia? Larán-larán

es rico, es alcalde, tienen donde morder y muerden. Esto es lógico dentro de esta espantosa lógica de que nos servimos en el mundo... ¡Qué candidez la suya! ¡Cómo se reiría de él aquel Currito infame, que cuenta esas patrañas de folletín con la mayor seriedad posible, con una crudeza que hace daño!

Y enteramente desimpresionado, burlándose del cuento, entró don Jacinto en la "casa de la Olla". Grande era, y cómoda y alegre, como ninguna en Venusta. Por la amplia galería de cristales que se abría sobre el corral entraba el sol a oleadas, que llenaban la casa. En toda ella se respiraba bienestar, tranquilidad, solidez. Ni un solo átomo trágico se agitaba allí denunciando horrores.

Como en la vivienda de Mariquita León, había en ésta mucho cromó chillón, mucho lujo aparente dispuesto por manos sin gusto. Pero a través de esas muñequerías femeninas aparecía y se asomaba siempre la casa de labor, la vivienda del rico llena de trajín y henchida de abundancia, como el cuerno mitológico.

—¡Que me vengan a repetir aquí esos disparates!—decía para sí el médico, mientras, sentado ya, contemplaba a Mercedes Rabí, que le sonreía, envuelta en una atmósfera de átomos de oro.

—No, no estoy mejor. ¡Si usted supiera! Apenas duermo, y tengo más sobresaltos... Andar por un espacio grande, como el corral, imposible: se vacía la cabeza, se duermen las manos... Estoy hecha una maula, don Jacinto. Y luego, ¡qué humor! Yo misma no puedo sufrirme. No sé cómo me sufren.

—No le haga usted caso—dijo la hermana mayor, una chicarrona que estaba para casarse—. Se

empeña en que tiene algo, y lo va a conseguir. Dígaselo usted, porque a mí no me cree.

El médico sonrió y, poniendo en sus palabras el mejor tono de convicción que supo, dijo a la enferma:

—Su hermana tiene razón: créala y créame usted. Esa voluntad... ¡querer es poder! Usted no tiene nada.

—Porque ustedes no lo ven... ¡Porque no pueden verlo!—exclamó Mercedes con una energía desgarradora.

—¡Hola, hola! ¡Conque tiene usted sus cositas guardadas y no se las dice a nadie! Miren la enferma... Pues hija, al médico y al confesor...

—Mis cosas son para el confesor: al médico no le interesan.

—¡Miel sobre hojuelas! ¿Conque al médico no le interesan las cosas de usted? ¡Más de lo que usted se imagina!

Y, sin quererlo, puso tal timbre de pasión en estas palabras, que Mercedes sintió como un largo escalofrío que le sacudió los nervios.

Quedáronse solos en aquella galería llena de sol, en la que cantaban dos canarios, y entrambos, médico y enferma, se miraron largamente, en silencio, como si cada uno de ellos buscase en el fondo de los ojos del otro alguna cosa llena de angustia. Luego, Mercedes cerró los suyos y se quedó inmóvil, oyendo los canarios que cantaban.

El médico sintió una punzada muy fría, que le entraba muy hondo. Tuvo en aquel momento la revelación clara y completa de que era verdad que la quería, y esta revelación la tenía precisamente cuando se alzaban misterios en el alma de aquella mujer. ¿Habría llegado tarde? Y a este solo pensamiento don Jacinto sintió una amargu-

ra intensa, que difundió por todo su rostro una dolorida expresión.

—¿Conque tiene usted cosas que no las dice? Dígalas, por Dios... Ya usted ve: soy el médico. Acaso sirvan para curarla mejor, más pronto...

Mercedes dijo que no con la cabeza, con un movimiento tardo, como si al negarse se le fuera la vida. Estaba en una de esas crisis de mujer en que no se puede hablar, porque tras la primera palabra rompe el llanto como un torrente que se desborda.

—Como usted quiera. Lo siento por lo que le he dicho. No es curiosidad... Aunque lo fuese, la curiosidad del médico es legítima. ¡Vale tanto conocer la parte moral! A veces eso que parece enfermedad se origina de un pesar, de un afecto hondo contrariado.

—No, no, no—dijo Mercedes moviendo la cabeza.

—De algunos amorcillos que empiezan y traen nubes de apariencia oscura...

—No, no, no.

¡Qué alegría para el médico! No pudo ocultarla, y al verlo así, radiante, como hombre al que lo salvan de una desventura, Mercedes sintió una ternura inmensa, mezcla de amor, de satisfacción, de agradecimiento... ¿Por qué había de ocultarle nada a aquel hombre tan bueno?

—Se lo diré todo, ¡todo!—y luego, como arrepentida, añadió muy bajito, inclinando su cabeza hacia el médico—: Todo no, ¡algo!

—Lo que usted quiera.

—Antes de que viniera usted, un día...—porque yo quiero mucho a mi padre, mucho, muchísimo. ¡Es tan bueno! Padres buenos habrá; pero como él...—estaba yo sola en casa, alegre, saluda-

ble... ¿Ve usted mis hermanas? Pues lo mismo. Cuando vi entrar a un hombre... a un hombre no, a una fiera que venía a matarlo. No estaba mi padre, y yo lo que quería es que Berrinches no saliera, ya que había entrado. Venía algo borracho, con un cuchillo largo con que amenazaba. ¡Susto más grande! No sé cómo me valí para aquietarlo, para desarmarlo... La fiera se humanizó, me contó cosas... ¡Qué horror! No había comido no sé en cuántas horas..., y lloramos juntos, desesperadamente. ¡Cuántas amarguras, Dios mío! Ese infeliz tiene mi sangre... Le hice que prometiera no hacer daño a mi padre nunca, ¡nunca!, mientras le socorra y le ampare..., y le socorro sin que nadie se entere, por amor a mi padre... ¡y porque es justo!—Mercedes inclinó la cabeza como abrumada—. Desde aquel día estoy así..., mala, triste, llena de rarezas, pero guardando el secreto. Eso sí: no se lo he dicho más que al médico, ¿qué médico?, al amigo. Esto es mejor y casi alivia. ¿Hice bien?

—Mercedes, yo creo que usted no puede hacer nada malo...

Y le retumbaban en los oídos las palabras de Mariquita León: "Se lleva usted lo mejor, lo único bueno de la casta ésa." Pero ¡qué abismo! La espantosa historia era verdad... y seguía haciendo víctimas. Primero, el cura despojado, muriendo en una casa de locos; luego, la vieja sirvienta, realmente asesinada; más tarde, la madre cómplice enterrada de caridad, y ahora, ese Berrinches desesperado, esta Mercedes muriéndose de pena bajo el peso de un conjunto trágico... Después, ¡Dios sabe! ¡Qué rastra la del crimen!

Y a don Jacinto le parecía que acababa de caer allá de lo alto de la torre, y mientras se hacía pe-

dazos el alma, oía maullar por aquellas tapias al cura loco, diciendo siempre su lúgubre cantinela: "¡La olla; dame la olla..., la olla siquiera, y quédate con lo otro!"

—¡Oh, infame casa! ¡Qué bien merecido tenía el estigma! Pero aquella inocente criatura en que venía a estallar el dolor de las ajenas culpas... ¿Por qué, Dios mío, el culpable vivía feliz, mientras el inocente padecía? Aquel delito que la sociedad amparaba, ¿por qué había de llevar en su oleada de cieno almas tan puras? ¿Quizá la justicia necesitaba, como los ídolos salvajes, víctimas y sacrificios?

Y mientras los dos, callados, sobrecogidos por aquella confesión, sumergían sus espíritus en amargas ondas, llegó Larán-larán, besó a su hija y comenzó a bromear sobre los supuestos males.

—Riñala usted, don Jacinto, que no sea mala.

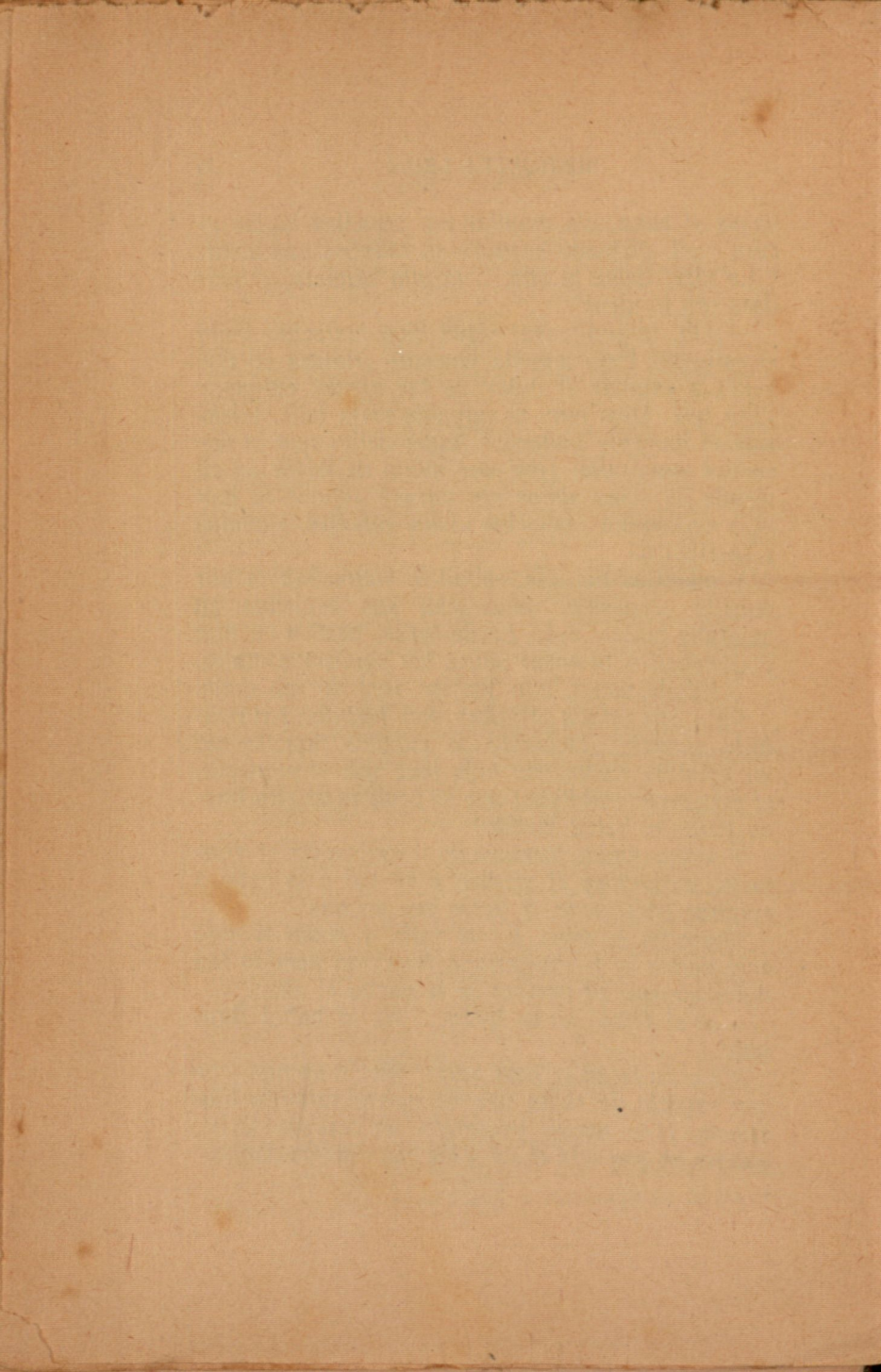
Para eso estaba el pobre don Jacinto: para reñirle a nadie. ¡Demonio de pueblo! Aquello era un presidio suelto, sin más juez que el confesor, ni más responsabilidad que la penitencia. ¡En buena parte se había metido!

Y como pudo, torpemente, esquivando el contacto, despidióse el médico y se fué a la calle a respirar libremente, a todas sus anchas.

Mercedes le miró, le vió salir, y como si algo muy hondo se le desgarrara, lanzó un gemido tan doloroso, que al parecer se le partía el alma.

—¡Ya! Hum, larán larán... me lo había figurado.

Y Larán-larán se puso serio. Miró a su hija, con una especie de rabia que no quiere salir de ojos afuera, y se quedó pensativo, en aquella alegre galería en que reía el sol y los canarios cantaban...



IV

Por la antigua calle del Diezmo, hoy de Sagasta, venía haldeando a más no poder el simpático cura Baquero, grandote, buenazo, con su cara de pascua y sus mil varas de manteo de merino que cogía toda la calle. Aún no eran las seis, y el calor apretaba, en aquella tarde de julio, como si lloviera fuego. Sudaba el buen padre y respiraba sofocadísimo, mascullando el medio puro que, ora subía hasta tocar la punta de la nariz, ora iba de un lado al otro de la noble boca en que había hecho nido la risa.

Hacia el medio de la calle encontró a Juanito *Sinsal*, hijo del cacique Brevas, hablando por la ventana con una moza de empuje.

—Hola, hola ¡Miren los tórtolos! Me gusta. A ver cuándo leemos un poquito de San Pablo. ¡Andando, hijos, que se acaba el mundo!

Y se echó a reír con toda su alma, mientras el manteo tomaba vuelo y se hinchaba como la vela mayor de un barco.

—Padre Baquero, ¿quiere usted un refresco?

—¡No!—respondió con tono afeminado, remendando a la muchacha—. El refresco te lo daré yo

llevándome a este pillastre. Echa para allá, que tenemos que hablar, y largo.

Y quieras que no, se llevó a Juanito, y sin cuidarse de la curiosidad del vecindario, siempre aguzada, comenzó a sermonear en firme:

—¿Cómo se entiende? ¿Otro disgusto en casa? ¿Eso iba a durar toda la vida? Los padres son padres, ¿estamos? Si son buenos, hay que quererlos; si son malos... hay que quererlos y respetarlos y sufrirlos. ¡Vaya con el don Cascarrabias! Y mira que te arrepientas, porque si no, allá te lo dirán de misas, que lo que es yo no he de decir ninguna a persona tan furrís furrís y tan empachosa.

—¡Ajo! Es que usted no conoce a *ese hombre*. Es capaz de requemar más todavía a las ánimas benditas.

—¿Que no le conozco, inocente? Más que tú, y antes que tú vinieras al mundo. Tu padre es un zorrón sin más ley que la moneda. Por el dinero es capaz de vender su parentela al moro. ¿Es esto? ¿Y tú, qué tienes que ver con eso? ¿Es tu padre? Pues punto en boca y a respetarle como conviene. Aparte de que tú tampoco te descuidas ni desmientes la casta. Siempre andas meciendo el ojo, y donde lo pones, pones la bala. No te hagas el santurrón. ¿Cuántos costales de trigo has apañado? ¿Cuántas faneguillas has vendido en la era? En eso tiene razón tu padre. ¿A qué guardarse de los de fuera, si la rapiña anda por dentro?

—Pero es que, ¡ajo!, yo no cojo más que lo mío. ¿Y la legítima de mi madre? ¿Por qué no me la da? ¿Eso no es mío? Pues si es mío, lo quiero yo pa tirarlo, pa jundirlo, pa lo que me dé la real gana, ¿estamos? Verá usted si ahora va de veras,

y si por la curia se lo saco y le derrito las mantecas.

—¿Estás viendo, pedazo de bruto? Derrítele las mantecas, que tuyas son: friele la sangre, má-talo, déjalo por puertas y sin más caudal que la noche y el día, a ver quién pierde. ¿No ves que el montón que va haciendo es para ti, so bárbaro? Aguanta, sufre, no des mal ejemplo, afánate; si él con una mano, tú con dos, que ambos hacéis por uno, y ése eres tú.

—Señor cura, digo que ahora va de veras. No quiero que ese hombre triunfe con lo mío y me tenga hasta sin tabaco y hambreado, por más señas, ¡ajo!, que ni Cristo pasó de la cruz, ni yo paso de ésta.

—Vamos, a ti te han revuelto los sesos. Pero ven acá, Juanito de Dios o de los diantres: ¿no ves que se divertirán contigo? ¿Dónde tienes tú trigo a mano para levantar la curia, inocentote?

—¡Ay qué gracia! ¡Que si tengo! Y una caja que no se apura. ¿Ve usted? Billetes. ¿Ve usted? Plata.

—¡María Santísima! ¿Dónde has escarbado, grandísimo demonio?

—¿En dónde?—Y acercándose a la oreja le dijo: —¡Mariquita León!

—¡Oh!...—Y al cura se le escapó el puro con esta exclamación casi de espanto.

—Ya tiene Brevas lo que le hace falta.

—¡Las mujeres... las mujeres! Cualquiera pelea con ellas.—Y el padre Baquero sintió tal escalofrío, que hasta el manteo revoleó azotando las dos hileras de casas de la calle.

Iba a casa de Joselito Ridoro, uno de Oblita que vivía en Venusta como único y exótico ejemplar y tenía la mujer mejor guisandera de la comarca.

A consecuencia de cierta apuesta hecha sobre el aforo de trigo en un sembrado, había aquella tarde guiso de gallinas por todo lo alto, y a más un pargo en amarillo, que la Ridora sabía hacer y no daba a nadie la receta.

Mas como aún era temprano, y el padre Baquero tenía que intervenir en cierto negocio en casa del Sacristán, allá se entraron él y Juanito, que ya no se despegaba. Al verlos entrar, el Sacristán, que estaba comiendo junto a la puerta del corral, sirviéndole de mesa el asiento de una silla, comenzó a santiguarse con la navajilla que tenía en la mano y a cantar en tono de vísperas: "*¡Deus in adjutorium meum intende!*"

—Lo que se mama no se olvida—dijo el cura.

—Señá Matea—gritó el Sacristán—, recoja usted esto.—Y dobló los cuatro picos de la servilleta, que no estaba muy limpia, cerró la navaja, echó un regüeldo de padre y señor mío y, sacando la petaca, que era de suela resobada y lustrosa, convidó a tabaco a los visitantes.

La casa era ruin, y toda ella respiraba ancianidad y sordidez, como sus habitantes. Porque la señá Matea más bien tendría sus setenta, que de ahí para abajo, y en cuanto al Sacristán, tenía sus sesenta y ocho a cuestras, y eso lo sabía bien el padre Baquero, como quien ha tenido en la mano la partida bautismal.

No había más que verlo: sin un diente ni muela; calvo, arrugado, torcido de un hombro, que se le quedó así de un *aire*; torpe de oído y de vista, pero *fino del sentio* y más sutil que una aguja. Había sido sacristán allá en sus mocedades; más lo lanzó la iglesia cuando se justificó que vivía de la usura, de una usura implacable, afrentosa, como jamás se había conocido en la comarca.

Dicen que él no era más que el *testa férrea* de unos cuantos beatos que no querían cargar la conciencia con estos pesos, y, sin enterarse, tomaban crecidas utilidades, y allá el Sacristán que se las entendiera con lo divino y lo humano. Y juntó dinero, siguió la marcha, hizo capital y fué “prohombre”.

Al pronto pareció contrariado con la presencia de Juanito, porque esperaba sólo al cura; tenía que hablarle... ¡Cómo ha de ser! Y cogió unas llaves y echó para el corral, seguido de entrambos huéspedes. El corral era un listón de tierra que el padre Baquero, abriéndose de piernas, lo abarcaba todo. La bodega se lo había ido chupando poco a poco. Una mata de dompedros y una enredadera, que subía por el brocal del pozo, era toda la flora de la casa. Abrió el Sacristán la puerta; luego, tirando de un cordel, una ventana, y entraron en la bodega. De encima de una bota polvorienta tomó la “venencia” de caña y una copa: hundió la primera en un tonel que había a la entrada, sacóla llena, limpió la copa con el vino y fuése allá al rincón más oscuro, donde estaba lo bueno.

“¡Clam! ¡Glu, glu, glu, glu!...”, hizo la venencia al llenarse de vino en la tripa de otra gran bota. La sacó, la vertió de chorro en la copa, que se medió de espuma, y tras el cristal brilló un líquido rojizo coronado de un collar de burbujas que parecían perlas temblando.

—¡El tinto de los Paniaguas! Esto es canela.

El padre Baquero miró al trasluz, meneó la copa, olió el vino con ese rápido movimiento de nariz del inteligente, la apuró de un trago, enjuagándose la boca, y mientras chascaba con la lengua saboreando, hacía signos de aprobación con la

cabeza. “¡Bueno, bueno de verdad!”, quería decir. Y al buen entendedor...

Hablaron de aquellas viñas arrancadas por la vía ejecutiva del mayorazgo de Oblita, un Paniagua medio-tonto que se había quedado sin dos pesetas y pensaba en la patria... Eran viejas, producían poco, ¡pero el vino!, a la vista estaba: lo mejor, lo más fino, caldo señorial; tenía ejecutoria, era noble por los cuatro costados. Hasta en la viña había escudos.

—¡Qué atrasos!—se permitió decir Juanito, que creía de buena fe que debía decir eso siempre que hablaran de religión, de historia, de linajes...

Pero ¡qué orgulloso estaba aquel buen Sacristán con tener el tinto ilustre y la viña de los escudos!

—Ahora los blancos. Este no tiene alcohol; palabra de honor que no lo ha visto siquiera. ¡Allá va un señor vino! Hay que quitarle el sombrero.

La venencia volvió a hundirse, cayó el chorro en el aire, llenó la copa, hirvió la espuma y...

—¡La marcha real! Este se la merece—dijo el cura.

Y siguieron catando toda la ringlera de botas. En esto andaban, cuando se entró por la bodega un diablejo de ocho años, rubianco, huesudo, robusto y que “también lo daba de un hombro”, como marca de fábrica, según el cura.

—Padre, vino.

—Quita de ahí, so tunante... ¡Habrás visto! ¿A que no has ido a la escuela?

—¡Digo! Y que no me pegó el maestro porque le rompí dos cántaros..., digo, se le rompieron.—Y se hizo un lío.

Y como el Sacristán enarbolará la venencia para castigar aquel crimen, que le costaría dinero, el

chiquillo echó a correr brincando por entre las botas.

—¡Ven aquí, granuja!

El cura intervino:

—Haya paz, vamos.

El chico obtendría el indulto por influencia y gracia de aquellos respetables vinos. Y lo cogió, se lo echó al hombro, cual otro San Cristóbal, y, después de campanearlo en el aire, le dejó en el suelo.

¡Aquel hijo!... El usurero, al cabo de su vida, se veía cogido en las garras de una paternidad dudosa e ilegítima. Resultado de ciertas ligerezas seniles, aunque baratas, habidas con una mozuela alegre, el chiquillo aquél era una duda que se lo comía. Si *era*, ¿cómo abandonarlo, una vez admitido? Si no *era*, ¿cómo dejar parte de su caudal, de su propia sangre, al que sabe Dios de quién la tendría? El cura opinaba que sí, y con él muchos. Los sobrinos y herederos opinaban que no, ¡naturalmente! Y el triste presunto autor de la gracia inquiría, escudriñaba en aquella personilla, deseando sorprender un rasgo suyo, un átomo de identidad, aunque fuera en lo perverso. ¿Qué vale lo plástico para estas cosas? La procesión anda por dentro, en lo hondo...

El Sacristán quería hacer testamento: se había decidido, al fin, “por si llego a faltar”, “si faltó algún día...” Como todos los que se entregan al interés, hablaba de la muerte en hipótesis, como de un riesgo lejano que puede o no descargar su hachazo. Y para esto quería hablar con el padre Baquero. Pero ya hablaría; había tiempo para todo; aquel *aire* que lo dejó tullido, ¿había de repetirse sin más ni más?

Dejaron al Sacristán en el patio, arreglando un

biello, y echaron hacia la casa de Ridoro, a la que llegaron a punto que el último rayo de sol jugaba en los azulejos de la torre.

—¡Desde la puerta las huelo! Manos como ésas para guisar gallinas...

—Muchas gracias, padre Baquero; a poquito más se pasan de punto.

—¡Qué se habían de pasar, inocente! Como si yo no supiera lo que es eso...

Ya en el corral, debajo de la parra añosa y frondosísima, vió la mesa dispuesta con mantel limpio, el "apartador" de metal en el centro esperando la cazuela, los platos de aceitunas y el pan esponjoso y tierno partido en pedazos. En un cubo de agua fría recién sacada, se refrescaba el vino.

—¡Este Joselito es una alhaja! No parece de Oblita.

—Chito, padre Baquero, que le va a morder la Osa.—Y señalaron el cuadro con el escudo de Oblita toscamente pintado, que recordaba a Joselito las glorias de su no negada patria.

—Caballeros y hombres buenos... un convidado convida a ciento; pero yo no convidó más que a uno, a este gracioso niño, y si me apuran un poco digo que se convida él solo.

Juanito *Sinsal* fué el primero en reír de la franqueza del cura. Ya era conocido en estos lances. Aquel rico futuro, hambreada..., era susto de todo guisado y sobresalto de todo banquete. Pero entonces no; los duros de Mariquita León saltaban solos en el bolsillo y sonaban como un alegre repique.

—¡Yo pago el vino, ea!

—¡Tú!—exclamaron—. ¿Has matado a Brevas?

—Quizá no está muy lejos.

—¡Chiquillo, que te arruinan!—dijo el cura

riendo mientras colgaba su manteo de un palo de la parra.

—Es decir—rectificó Juanito—, si es que el vino no entra en el tanto de la apuesta.

—¿Lo ves? ¡Qué has de perder la pinta!

—Ya está asustado.

—¿Asustao? ¡Ajo!, pues si me arremango, lo pago todo.

—¡Arremángate, anda!

—No lo permito. ¿Queréis que se quede aquí la legítima?—saltó el cura; y luego, tocando las palmas—. ¡Aquí falta algo, eh, Joselito!

—¿Traigo?

—No, todavía no.

—¿A quién se espera?

Y se contaron con la vista: estaban los dos labradores de la apuesta; Currito el conserje, trástulo indispensable de toda juerga por lo bien que tañía y punteaba; el boticario, dueño del mejor perdigón de la comarca, y un sobrino del Sacristán, amén de los recién llegados. Faltaba el médico, y quizá algún otro. Empezaron a hacer boca con las aceitunas; el vino blanco, frío y amargosillo, se colaba solo, y aquel tufo que salía de la cocina donde guisaban las gallinas y el pargo, los impacientaba ya. Por fin apareció don Jacinto. Le recibieron con palmas y olivas, y hasta con música, porque Currito echó mano a la guitarra, destemplada, y comenzó a changarrear una sonata perruna que aserraba las carnes.

—Currito, ¿qué marcha es ésa?

—La marcha del estómago.

—¡Venga eso!

Y Joselito, agarrándolo con dos trapos, trajo un cazolón en que sosegadamente cabía doble número de gallinas. Humeaba como un pebetero... ¡Qué

bien guisaba la Ridora! A poco no se veía debajo del emparrado, y hubo que traer luces. El médico andaba malucho. No le sentaba el pueblo, pero tiraba allí, según la gente, atento a lo de Laránlarán.

—Hijos—dijo el cura con toda la boca llena—, para la fiesta de la Patrona hay que hacer algo bueno. El año no puede ir mejor.

—Y nos predicará usted el de siempre.

—Cállate, mala lengua, ¿no lo varío todos los años? Pero sois tan rebárbaros que no lo conocéis.

—Bueno, pues eche usted por la calle de en medio y haga lo que quiera. El año ha sido bueno...

—¿Bueno?—dijo el médico sin poder contenerse. ¿Año bueno éste? ¡El "año terrible", el año infame en que se acaba todo! ¿Qué les parece a ustedes eso de Santiago? Cuba perdida, Puerto Rico perdido, Filipinas perdida, la Península misma amenazada, los puertos destruidos...

—Y ¿esto es puerto? ¿Qué se les ha perdido pa venir aquí? ¡Que allá se avien!

—¡Allá!, como si ese allá no fuese España. Ellos no querían guerras, sino buenas cosechas y buenos negocios. ¿Había guerras? Eso, los Gobiernos. Verdad que adondequiera que se volvía la cara no se oían más que desastres, que todo se hundía y se acababa, que tendrían que pagar unos recargos atroces... Pero el eco de la guerra venía de muy lejos, nos les inquietaba mucho. Después de todo, alguna cosa nos había de quedar, el suelo no iban a llevárselo. Siempre quedaría para vivir, con unos o con otros.

Si buenas estuvieron las gallinas, el pargo no le fué en zaga. Don Jacinto dijo que sólo en "puerta de tierra" podría encontrarse algo que se asemejara. En esto estaban, cuando asomaron

por la puerta unos gandules que iban con un manojo de cohetes a tirárselos a Oblita desde el "pino gordo". Parece que en la ciudad vecina había meneo patriótico aquella noche y, como siempre, querían aguar la fiesta.

—Joselito, ¿quieres algo pa tu tierra? Mira la carta que vamos a mandar...—y le enseñaron los cohetes.

El de Oblita no se dió por entendido, porque esas bromas le indignaban, y no quería vaciarse de palabras, conforme le aconsejaba la indignación. Bebieron aquellos zánganos unas copas "a la salud de los presentes", y se marcharon a lo alto de los pinares a realizar su hazaña. Saboreaban los últimos bocados del exquisito pescado, cuando oyeron un ruido en la calle que los dejó suspensos.

—¿Hay trapatiesta?

En esto entró Joselito azorado, diciendo que se estaban matando Berrinches y el alguacil.

Del revuelo por poco se cae la mesa.

Salieron todos, y entre los gritos de las mujeres y el confuso movimiento de la gente, vieron dos hombres agarrados que se insultaban...

—¡Granuja!

—¡Cochino, echaizo! ¡Si tienes alma, echa pa lante!

Y forcejeaban jadeantes, escupiéndose injurias. Uno de ellos, el alguacil, logró desasirse; dió algunos pasos atrás y sacó una pistola. Pero antes de que amartillara aquel pedazo de hierro viejo, cayóle una manaza sobre el brazo y otra sobre el cogote, lo levantaron en vilo y, como un conejo que patalea en el aire, se lo llevó el padre Baquero hasta dar con él en casa de Joselito. En tanto, otros se llevaban a Berrinches, que tenía una faca

y no la había sacado "porque era pa otro, no pa el sinvergüenza echaizo que mandaban a comprometo".

Al alguacil no se le veían los ojos a puro correr la sangre. Las uñas de Berrinches se habían empleado bien, y todo eran surcos, grietas y barrancos en aquel rostro afligidísimo que parecía una caricatura. Apaciguáronle un tanto, curóle don Jacinto, echándole más lañas y pegotes que le caían en la cara, y siguieron comentando el suceso.

—¿Te crees tú que no hay más que entrar en la justicia para que too el monte sea orégano?— le dijo Currito.

—¿Y ahora? ¿Lo quiés champurrao, mi alma?

—¿Y tengo yo la culpa de que un sirvergüenza blancote aruñe como un gato? Los hombres pelean con otra cosa.

—Pues dale gracias a Dios que Berrinches no sacara el alfiler; si no, te deja seco.

—¿A mí?

—A ti, ¡so títere!

—¡Señores, señores!—exclamó el cura—. Paz sobre todo..., y a quien no quiera paz lo pongo en el tejado.

—Es que a éste le han puesto en eso pa meter la cisma, como si tuviera hígados. Los de un conejo tendrás tú, como toa tu casta.

—¿Que no los tengo?

—Ahora mismamente vas a saberlo, hijo de tal.

Y el alguacil herido, de un salto se puso de espaldas a la puerta, sacó la pistola y... se oyó un guitarrazo espantoso. Volaron astillas y se quejaron las cuerdas que zumbaban en el aire como fibras de un látigo.

—¡Tira ese chisme o te arremato!—gritaba Cu-

rrito, el conserje, blandiendo el mástil de la guitarra, única cosa que había quedado.

—¡Que lo tires digo!

Estaba magnífico, sereno; hablaba con el propio acento del valor.

—Esto se hace así—dijo el cura, y le cogió por segunda vez el brazo y se lo sacudió hasta que cayó al suelo la inútil pistola.

El alguacil, tambaleándose, cayó en la silla. Volvió a correr la sangre... El guitarrazo fué estupendo, y ahora lloraba como un chiquillo, de rabia, de congoja, de arrepentimiento tal vez.

Mientras don Jacinto volvía a curarle, se presentó allí Larán-larán con su vara de alcalde y dos o tres farautes...

—¿Qué ha pasado aquí? ¿Un hombre herido? Que avisen al juez y que nadie salga.

Y como viese a Currito con el mástil de la guitarra en la mano y los pedazos del instrumento por el suelo:

—¿Quién te ha herido? ¿Ese?

—No, no—dijo el alguacil.

—Sí, yo he sío. ¿A qué mientes?

—¡Ese hombre, a la cárcel!

El cura y los otros quisieron intervenir, explicarle lo que había pasado.

—Aquí no hay que explicar nada—dijo Currito, y cogiendo al alcalde por la chaqueta se lo llevó hasta un rincón, y, como quien escupe, le arrojó estas palabras:

—Oye tú, Larán-larán de la olla: llévame a la cárcel, a presidio, adonde quieras; pero luego es menester que me mandes a mí gente más graná, de pelo en pecho, que la que mandas pa asesinar a Berrinches. ¿Entiendes?

Y lo zamarreó un poquito, blandamente, como

para no descomponer el cuadro y que la gente no se apercibiera. Larán-larán no mandó a Currito a la cárcel. Escuchó el relato, dispuso la busca y captura de Berrinches y mandó al alguacil a su casa.

—¡Lástima de guitarro!—se fué diciendo Currito.

—Donde menos se piensa salta la liebre—murmuraba el padre Baquero poniéndose el manteo, que con el revuelo cogió todo el corral.

Juanito se había escurrido a las primeras descargas de la tormenta, y el médico nuevo se retiró pensando:

—¡La olla! ¡El crimen en acción, por los siglos de los siglos!

Era preciso... siquiera por la quietud de aquel honrado vecindario. Allí todo el mundo trabajaba, y no era lícito que un perdido borracho, un vago, trajese cada día un conflicto. Para pedir *eso*, tenía, claro es, que ahogar la voz de la sangre; al fin no podía negarla, ¡por desgracia! Pero, ¿qué vale la parentela cuando se trata del bien común, de la tranquilidad de todo un pueblo?... Diez veces había repetido estos conceptos el buen Larán-larán, mientras paseaba por la galería aquella en que, para que el sol no entrase, habían colgado lienzos azules que dejaban la habitación en una fresca penumbra. Mercedes estaba allí, mirando al médico y diciéndole “que no” con sus ojos espantados. Porque Larán-larán quería que el médico, inspirándose en aquellas razones de alta conveniencia pública, diese largas al asunto de la curación del alguacil y no certificase de la sanidad hasta pasados tantos y más cuantos días que el Código necesitaba para caer con más que mediano empuje sobre la cabeza de Berrinches. Sobre el guitarrazo echaron tierra, y el inútil pistolón del lesionado no aparecía por ningún rinconcillo de la

causa. Todo estaba sabia y prudentemente amañado por la justicia local para que diese el resultado apetecido. Sólo faltaba templar aquella gaita del médico que, como nueva, desafinaba.

—¡Pero eso no puede ser! ¡Unos arañazos que se curaron en cuatro días, estirarlos hasta los treinta!

—Todo puede ser y debe ser, cuando el fin es bueno.

—Sí, y comprometa usted su título y dé garrote a su conciencia y...

—¡Qué títulos ni qué zarandajas! Si le digo a usted que así conviene al pueblo... Si usted no lo hace es porque no quiere servirnos a todos, y se pone en contra de nuestros intereses, de nuestro vivir tranquilo. Don Jacinto, las cosas claras. Aquí no hay más que dos caminos.

—¡Sí, ya lo sé! Un camino es ése. El otro, el de mi casa. Pues, señor don Aurelio, escojo el último. ¿Sabe usted por qué? Porque mi padre, que está allá muy alto, fuera de estas cosas del mundo, me decía: "hijo, un caudal te dejo: la vergüenza. Mira que la vergüenza es un ave que si sale una vez no vuelve al nido... no puede volver". Y yo no la dejo salir de aquí, para que no me abandone y pierda la querencia al nido.

Entonces sí que le parecía a Mercedes que algo muy hondo se le desgarraba... y ¡qué dulzura en el fondo de aquel dolor! Quería más, mucho más a aquel hombre que se iba con su nobleza entera por el camino de su casa, con el "ave" dentro del nido no profanado.

—¡Me gusta! De modo que lo que quiere el pueblo trabajador y honrado es una indignidad... La vergüenza, según eso, consistirá en dejar a los criminales sueltos para que se despachen a su

gusto. Si una vez que caen los dejamos ir, ¡buenas noches!, más valía mudarse, irse a otro pueblo, a cualquier parte en que haya menos remilgos, pero más justicia.

—Por lo visto, no nos entendemos. No nos podemos entender. Bueno: larán, larán... ¿qué dices tú a eso, Mercedes? ¿Ves cómo nos tratan, hija?

—El señor tiene razón. Lo que tú quieres, eso nunca, ¡nunca!

Larán-larán miró a su hija con una mirada dura, fría... Así, de aquel modo, miraba Berrinches el día que vino a matarlo. Era el mismo glóbulo de sangre lanzando la chispa criminal a través de las generaciones.

—¡Tú estás loca! Loca de remate. ¡Como si yo no supiera lo que hay!

Al médico y a la enferma se le subieron los colores al rostro. ¿Pero qué es lo que había? Nada. Fuego podría haber, pero al exterior ni humo. Y ambos sintieron rubores de lo que no habían dicho. Y ¡qué vergüenza, Dios mío, que le hablasen así de justicia y de crímenes no castigados al prudente médico, que lo *sabía todo*, porque ella misma le había puesto en camino de la verdad!

—Bueno; no se hable más. ¡Qué le hemos de hacer! No vamos a poner a nadie un puñal al pecho. Aunque de la familia, no somos Berrinches.

—Y yo—dijo el médico—siento que tan pronto haya venido la ocasión que nos separa... Crea usted, don Aurelio, que lo siento.

—Me lo figuro.

—Y creo que lo mejor es no pasar de la primera; serían todas iguales.

Y se despidió atentamente, algo conmovido, como el que se va para un viaje largo. Apenas traspuso el umbral, Larán-larán, que le estaba miran-

do, hizo cierta demostración que dió celebridad a Fernando VII, al dedicársela a un embajador que, gracias a un espejo, pudo aperebirse del regalo regio.

—¡Toma, don Quijote! No catarás mis talegas. No las he sudado yo para los tontos.

Y miró a su hija, que se quedó serena, con una triste serenidad como la de la muerte, en aquel rincón oscuro de la galería en que cantaban amores los canarios.

El médico, al salir a la calle, sentía esa amarga rotura de un vínculo que hace exclamar a la autoridad que deja el mando, al monarca que abdica, a todo el que pierde su carácter: “¡ya no soy!” Y como en el pueblo se ahogaba, salióse al campo, a la ventura, a la buena de Dios, adonde los pies querían llevarle. No quemaba el sol, porque el cielo estaba entoldado por nubes caliginosas que allá del lado de Oblita, hacia el mar, tomaban formas redondeadas como de grandes volutas cobrizas que parecían inmóviles, cuajando la tormenta. Iba don Jacinto por entre dos vallados de pitas y chumberas, abanicándose con su sombrerillo de paja y recordando ciertas palabras de uno de sus maestros: “Seréis médicos de partido; pero, entendedlo bien, en esa situación profesional tendréis que luchar con dos monstruos que ya os aguardan: la Pereza y el Caciquismo. La una os llevará a la ignorancia y la degradación. El otro, al envilecimiento. Para combatir a entrambos tenéis un arma poderosa, que os hará invencibles: la Voluntad. ¿Queréis saber? Venceréis a la Pereza. ¿Queréis ser honrados y justos? Triunfaréis del Caciquismo. ¡Voluntad, voluntad, voluntad! Esa receta os doy.”

Y del todo abstraído, don Jacinto, satisfecho interiormente por haber saltado el primer obstáculo,

dijo en alta voz, dirigiéndose a un pitaco que salía del vallado lo menos tres varas:

—Maestro: ¡yo tengo voluntad!

Ciara es que no se lo dijo al pitaco, sino a la sombra ideal de aquel anciano que honró a la ciencia.

—Apuesto cualquier cosa a que es el médico...— dijo una voz hartó conocida, al volver un recodo del camino.

Paróse don Jacinto y volvió la cara. El padre Baquero, con su manteo amplísimo y su bonete echado atrás, venía acompañando a Mariquita León, sofocadísima por el paseo desacostumbrado. Traían al niño jinete sobre un borriquillo enano, y venía también hasta media docena de criadas y devotas, las unas llevando floreros, las otras candelabros, cirios, paquetes de ropa en bandejas de mimbre, el aderezo, en fin, de la ermita de Nuestra Señora la "Virgen del Alamo", aparecida años ha en el tronco de uno de estos árboles.

Mariquita León se alegró mucho con aquel encuentro: el padre Baquero dijo que por fin había hallado a un médico en el camino del cielo, y que ya con esto se podía morir tranquilo. Estaba arrogante con su manteo tirado al brazo y su bonete encajado atrás como la corona de hierro de los emperadores. Iba fumando su eterno puro, que siempre parecía el mismo, y riéndose con la alegría del hombre bueno, al par que saludable, con una salud que arrollaba a la voluntad y la empujaba a cuatro excesos en que no se manchaba, justo es decirlo. Aquel padre Baquero, tan querido de todos, no era el párroco, pero de hecho lo era. No tenía muchas letras, pero sí buenas intenciones y un fino sentido de la gramática parda, que le permitía ir derecho al fondo de los asuntos,

sin circunloquios en que los pecadores se le escurrieran.

—Nada de tiquismiquis: al pan, pan, y al vino, vino. ¡A mí me la van ustedes a dar! A mí, que casé a las madres, estoy casando a las hijas y casaré a las nietas, si Dios no lo remedia. A la mayor parte de estos pajarracos les he puesto la sal en los labios y un cachete en las asentaderas cuando pataleaban en la pila...

Como que hacía treinta años que estaba en el pueblo.

Las mujeres se adelantaron en cuanto ventearon la ermita: Mariquita siguió acariciando a su hijo, que iba en el borriquillo haciendo reverencias, serio y tristón como una persona que de su destino tiene conciencia.

Continuaron su conversación, pidiendo tercio a don Jacinto.

—No, no está bien hecho, Mariquita. Ni medio bien siquiera. Conforme en que Juanito *Sinsal* tenga razón para pedir lo suyo..., pero darle alas para que pelee con el padre...

—¿Y a mí qué? Ellos que se arreglen... Juanito es mayor de edad; yo no le exploto: ¡como que no soy de su casta! El muchacho salta por un ochavo, tiene responsabilidad, ¡pues a vivir!

—Eso es, y le das trigo a mano para que jeringue al padre y le requeme la sangre todos los días, hasta que se ahorque de la viga del lagar.

—No le darán tan fuertes, ¿No ve usted que así lo sujeto? Al buey por el asta y al hombre por la palabra. ¿Ha cogido alguien por la palabra a ese hombre?

—¡Si yo sé lo que es! Le viene de casta. El padre de Brevas es aquel de quien se cuenta que estando enfermo ya en las últimas, con el cura Cos-

cales a la cabecera encomendándole el alma y un Cristo al lado con velas encendidas, entró éste, su hijo, y comenzó a plaguearle: "Padre, acuértese usted de Dios, ponga su esperanza en la Santísima Virgen del Alamo, y mire si tiene algún encargo que hacerme..."

"Si—dijo el moribundo—. Uno te hago. Que en cuanto acabe yo de boquear, apagues las velas. ¿Para qué ese gasto?"

Don Jacinto no pudo contener la risa ante ese rasgo, que pintaba al vivo a toda una casta.

—¿Pero es que el dinero lo es todo en esta vida, padre Baquero?

—Así se lo figuran éstos.

—¡Buen chasco van a llevarse!...

Mariquita León intervino entonces:

—No, no. ¿Qué vale el dinero comparado con otras cosas? ¿Podría reducirse a dinero este afán que tenía por su hijo?

—Pues tú no te quedas atrás.

—Por él, por él. ¡Dios sí que lo sabe!

—Es un asco esta Venusta—siguió diciendo el padre Baquero—. De día en día aumenta el hambre de intereses. ¡Hábleles usted de otra vida! Se ríen... La vida es eso: juntar, juntar, ir subiendo el montón, cada uno el suyo, aunque sea tirando encima el pellejo del prójimo, del pariente, el propio pellejo. Y luego, mucho golpe de pecho y mucho alardear cuando viene al caso. ¡Mentira pura! ¡A mí me la van a dar!...

—Don Jacinto, no le haga usted caso. ¿Sabe usted lo que está haciendo el padre Baquero? Ensayando el "Sermón del Alamo"; como si lo viera.

El cura se echó a reír.

—Anda, "Buscavotos", que no dejas a nadie en paz.

Y luego, dándole con el codo al médico, díjole en voz baja una frase a que Alarcón dió relieve:

—¡Lo que es como guapa, es guapa!

—Yo estoy viendo que soy un simple... un novato en la vida—dijo el médico—; pero ese desafortado amor a los intereses me repugna, crean ustedes que me repugna.

—Para abreviar el camino, voy a contar a ustedes cómo vino el dinero al mundo; pero es menester que se tapen ustedes las narices.

—Venga de ahí, padre Baquero; pero déjeme usted respirar a narices abiertas, porque voy sofocada. Parece que el calor se masca.

—Pues no te las tapes y escucha, y a ver si aprendes.

—De seguro nos va usted a contar alguna maravilla.

—Eso, que no se te olvide.

—Creó Dios al primer hombre...

—Y lo puso en el paraíso. Una novedad como otra cualquiera—dijo Mariquita León echándose a reír.

—¿Lo ves, mujer? Cállate, si Dios permite que las mujeres se callen alguna vez; y mira que te digo que esto no es del "Sermón del Alamo", ni tiene que ver con esa solemnidad que por un oído se os entra y por el otro se os sale. Ya sabéis lo que pasó con el primer hombre y la primera mujer. Al extenderse la descendencia sobrevino el lance funesto de Caín y Abel, y por consecuencia hubo diversidad de opiniones... Los hombres son malos, decía el infierno. Y tiró de Caín como de bienes mostrencos. Son buenos, dijeron los ángeles llorando, llevándose a Abel a las celestes alturas. Que son buenos, que son malos, tuyos o míos, el pleito siguió adelante hasta que el asunto fué so-

metido a prueba. Por permisión divina, deberían caer a una misma hora dos cosas en el mundo. De allá, de lo alto, cayeron las virtudes, llenas de asperezas y de picos que en todas partes desgarraban, daban dolor y eran rechazadas. De abajo, saltó el dinero, redondo, corriendo de canto, con un sonido que parecía una música. Desde entonces riñen por hacerse lugar, pero cada día el del dinero se agranda y el de las virtudes se encoge... hasta que éstas huyan del todo y se tornen a su patria.

—Bueno, ¿y por qué quería usted que nos tapásemos las narices?

—Porque, hija, el dinero huele a azufre: ya ves, es del infierno.

—Según eso, ahora nos están mandando un dineral, porque hay un olor de azufre que da miedo.

—Es la tormenta que rompe—dijo el médico.

Y un trueno sordo, que retumbó allá por encima de los pinares, vino a contestar a don Jacinto.

—¡María Santísima! La tormenta se nos echa encima... ¡Ay, Virgen del Alamo, que mi niño no se moje!

En esto comenzaron a repicar en la ermita.

—Vamos, vamos; arree usted al borriquillo, padre Baquero..., yo me quedo atrás..., no puedo.

El cura, sosteniendo al chiquillo con una mano, daba con la otra palmadas en las ancas del asno, que parecía volar de puro asustado. El médico ofreció el brazo a Mariquita; viéndola tan sofocada, y sin darse cuenta, repetía en su imaginación las palabras del padre Baquero: "Lo que es como guapa, es guapa!"

¡Y lo era! La agitación que sentía, el afán por que llegase presto el niño a la ermita, el miedo a la tormenta, a esas negruras compactas que los

relámpagos hendían con súbitos hachazos de luz... daban a su cara unos colores y a sus ojos un resplandor en que brillaban los átomos de la belleza clásica, algo hermosamente varonil que inspiraba amor y respeto.

—Ya estamos cerca... ¡llegó el niño! ¡Qué bueno es el padre Baquero!... Don Jacinto, ¡quién me había de decir que había de corretear con usted por el campo!... ¡Ay, Virgencita mía, qué relámpago tan espantoso!

—No hay que tener miedo, ¡vaya! Cuando se ve el relámpago y se oye el trueno, no hay que temer...

Estó lo decía mientras rodaba por encima de sus mismas cabezas un trueno de esos que estallan secos y siguen retumbando, quién sabe hasta dónde. Mariquita León se agarró al brazo del médico, con sus dos manos, enérgica y nerviosamente.

—No lo puedo remediar... pocas cosas me asustan; ¡la tormenta, sí!

Otro relámpago les deslumbró; el trueno subsiguiente fué tan estrepitoso, que parecía que se desgarraba el cielo. Y no fué esto lo peor; sino que aún seguía retumbando cuando comenzaron a caer unas gotas gordas como castañas, que humeaban en el suelo con ese olor a búcaros de la tierra súbitamente humedecida, y detrás vino una manga de granizo que les empujó a ciegas, como a latigazos... Ya en esto llegaban a la ermita.

Una de las mujeres seguía repicando fervorosamente para ahuyentar la tormenta. El granizo se entraba hasta media iglesia, como si tiraran puñados de confites. El niño los cogía...

—¡No te los comas! Suéltalos, mi alma, que estén muy fríos... ¡Padre Baquero, riñale usted!

Las mujeres empezaron a rezar a coro, arrodilladas en torno de la imagen puesta en el suelo, al pie del altar.

—¡Virgencita mía... las viñas que se van a perder! ¡Madrecita del Alamo, que no caiga más granizo!

Y la de la campana, toca que toca a rebato, como para espantar las nubes. Pasó aquella manga dañina y se quedó el suelo mojado, los árboles llorosos con gotas de luz en las puntas de las hojas y una neblina cenicienta se fué enredando en los pinares.

—Vamos, al avío, muchachas. La Señora alejó todo ese estruendo. Ahora, a vestirla como conviene para su día. ¿Qué mejor madre que ésta?

—Verdad que sí. ¡Qué hermosa es! ¡No hay en el mundo entero una Virgen como ésta, la del Alamo bendito!...

Y todas las mujeres comenzaron a requebrarla, a decirle ternezas sin fin, mientras la adornaban... y vestían.

El médico, sentado en el banco de la hermandad, miraba todo aquello como embobado. Aunque creyente, no participaba de aquel ardor, que juzgaba algo idolátrico. La Virgen del Alamo no era un modelo de escultura; si vamos a decir, era un deplorable trozo de arte... Y para aquellas gentes, por la tradición, por el sentimiento heredado, por algo impalpable, como la neblina que flotaba sobre el pinar lloroso, era la belleza ideal alumbrando con resplandores eternos la áspera verruga del mundo.

—Don Jacinto, venga usted, hombre; mire usted el Niño.

Y aquel gigantazo con sotana, acariciaba al Niño Dios, le quitaba y ponía las potencias y los

zapatitos de plata articulados, le alzaba el vestido para enseñar los calcetines de seda celeste, le pasaba los dedos por la cabecita de palo...

—¡Un primor de Niño! Como éste habrá pocos. Vaya, don Jacinto, béselo usted y verá qué bien se encuentra. Así. Ven tú, acá, Leoncillo, bésalo también... éste te pondrá bueno, porque le dará luz a don Jacinto. Este Niño, éste es el amo del pueblo, hijas; ¿qué digo del pueblo?, del mundo entero... y de todos los mundos. ¿Lo ves, Leoncillo? Esa bolita que lleva en la mano es el mundo... ¡No sé cómo no estalla, con las picardías que tiene dentro!

En esto llegó a la puerta de la ermita una vieja mojada como una gallina. Todo el chaparrón le cayó en el campo. Con las enaguas por la cabeza y dos velas en la mano, arrodillóse en el umbral, rezó un poco, y andando con las rodillas, atravesó la nave y llegó al altar. Besó el pie de la Virgen y una manecita del Niño, aquella con que estaba bendiciendo.

—Padre Baquero, estas dos velas que se las pongan delante y que ardan, que ardan todas. Son por mi hijo, el que está pallá... la Virgen lo traerá, y yo le traigo eso, quitándomelo de la boca.

Mariquita León, sin suspender la agradable tarea que como mayordoma le pertenecía, preguntó a la vieja:

—Tía Alamo, ¿qué es eso? ¿Todavía duran los disgustos?

—Ahora peor. Mi hija es la causante. Lo sonsaca cuando va borracho. Yo tengo la mitad de la choza; mi hijo, el que está en el servicio, una parte. Mi hija na más que otra, y con to eso me echan a la calle, porque no les cabe el burro ni los cochinos.

—Pues no sea usted tonta. No se deje usted echar así, tía Alamo. Dígaselo usted al juez.

—¡Como si me hicieran caso! Ese puñalero yerno es de los votos de Larán-larán, y por eso le cobija. Así judiquea ese negro. ¡Que venga mi hijo, Madrecita mía!

Y contó que la otra noche prendieron fuego a la paja para que ardiera ella, y gracias a su Patrona no la encontraron hechà un chicharrón.

Don Jacinto volvía a sentir el espanto del primerizo. ¡El interés en todas partes! ¡El vil interés, el ochavo roñoso y puerco envenenando a las familias, haciendo que los padres renieguen de sus hijos y que los hijos persigan a los padres como a bestias dañinas! Y esta gente buscando la religión como influencia en las pasiones. ¿Qué mundo es éste? ¿Acaso vendría la hija de la tía Alamo con otras dos velas para que la Virgen la librase del hermano y de la madre, por el interés de la choza, en honra y provecho del burro y los cochinos? Era verosímil. ¡Qué tristeza, Dios mío!

Y don Jacinto, que vivía en otros mundos, dijo a Mariquita León y al padre Baquero, a punto en que terminaban de arreglar a la Virgen y de colocarla sobre el trono:

—¿Saben ustedes que me marcho?

—Hombre de Dios—dijo el cura—, espérese un momento, ¿qué prisa tiene?

—No; don Jacinto dice otra cosa: quiere decir otra cosa. Es que se quiere ir del pueblo. ¿He acertado? Y me figuro por lo que es. Si es por eso, no se vaya usted. ¡Que no, le digo! Todavía no sabe usted en dónde está el poder en este pueblo.

Y por el camino, en la semioscuridad de un crepúsculo velado por brumas, mientras oían el toque de oraciones que daban querellosamente las

campanas de la torre y allá en el cielo azul brillaba una media luna sutil como de oro, y dos luceros como dos diamantes que parecían colgados de ella, el médico abrió su corazón y lo dijo todo.

—Pues no, señor: ahora no se va usted, ¡qué más faltaba! Que no. Que no. ¿Le falta a usted el Ayuntamiento? Pues tiene al pueblo. ¿Le falta a usted el pueblo? Tendrá usted mi casa. Está dicho, y punto en boca.

Y allí se despidieron, a la entrada de la población. El cura Baquero volvió a tocar con el codo al médico, a punto que se despedían:

—Lo que es como...

—Sí; como guapa, es guapa.

—No, señor; no digo eso. Lo que es como buena, es buena.

VI

Todos supieron en seguida la riña habida entre el médico y Larán-larán, así como la resolución tomada por el primero de marcharse con la música a otra parte y la de Mariquita León de retenerlo contra viento y marea. Los *güelfos* y *gibelinos* encontraron nueva materia con que tirarse a la cabeza los trastos, y el "médico nuevo" puesto como el dios *Terminus* entre ambos campos hostiles, servía de piedra de escándalo sin comerlo ni beberlo. Para unos y otros, don Jacinto habíase negado a lo que Larán-larán pretendía, por motivos puramente políticos. Alguna vez habría de decidirse, y se había decidido por la cacica. Ninguno imaginó que la honradez profesional se alarmara por una cosa tan corriente. ¿De qué se trataba? De un chanchullo más en cosas de la justicia para agravar la pena de Berrinches. ¿No era natural que el lastimado pariente, ahora que tenía la sartén por el mango, la enarbolara y tratara de hundirlo de un sartenazo? La lucha, pues, giraba sobre si el médico dejaría la titular o continuaría con la prebenda. Y entrambos bandos se batían el cobre.

Mariquita León tenía de su parte casi la mitad de los concejales, y sin el concurso de éstos era imposible plantar en la calle al médico. Lo mismo el alcalde que Brevas echaron el resto. Salieron a relucir expedientes añejos y responsabilidades más frescas para asustar a los *leonistas*, y éstos comenzaron a cerdear ante tan serias amenazas al bolsillo, con harta desesperación de Mariquita, que ya se veía vencida y atropellada por estas intrigas y travesuras de sus eternos enemigos.

—¡Estas condenadas enaguas mías!...—decía con marcado furor, bien segura de que, a tener unos calzones, siquiera fueran rotos y remendados, aunque no le llegaran a media pierna, no tendría caciques para empezar.

Pero he aquí que cuando más arreciaba la tormenta y en lo más crudo del combate estaban, vino a darla el triunfo un suceso inesperado, con el que ninguno de los beligerantes contaban.

Como se acercaban las elecciones, espectáculo que vino que ni de perilla a los españoles, harto aburridos ya con la monotonía del desastre, “tuvo a bien” visitar aquella parte del distrito uno de los aspirantes a diputados menores, con etiqueta ministerial y protegido del gobernador, naturalmente.

Llegó el *tribuno* acompañado de tres o cuatro farautes y de una maleta recién comprada para estos meneos. Almorzó en casa de Larán-larán, porque es sabido que Brevas, como viudo solitario, “no tenía la casa en condiciones”. Fué toda una solemnidad de esas que dejan angustiado el bolsillo del *anfitrión* y rendidas de cansancio a las mujeres de la casa.

Las hijas de Larán-larán, con excepción de Mercedes, se arremangaron los brazos y se metieron

en la cocina, haciendo lo que todas, a la voz de las maestras llamadas y requeridas para aquellos menesteres culinarios, en los que iba envuelto el buen nombre político del opulento alcalde. Y no faltaría quien, al ver aquellos descomunales ollones, las cacerolas relucientes como la plata labrada, las ruedas de patatas que parecían onzas de oro y todo aquel esplendor de metales, se preguntara si por acaso todo el tesoro del cura Coscales había salido andando para honrar al candidato y dejar bien puesto el pabellón de la casa.

La mesa estaba puesta en la galería. Asistieron, amén del candidato y sus acompañantes, el cacique Brevas, embutido aquel día en un casacón de invierno que databa del 54, bajo el cual sudaba la gota gorda; el secretario del Ayuntamiento, que andaba ya antes de empezar, algo repuntado, y con la confianza que da el cargo, entraba y salía de la cocina, diciendo chicoleos a las mujeres, que se refan de su cara de simio y le aconsejaban que se afeitase aquellas patillas parecidas a dos cáscaras de brevas; el padre Baquero, exuberante y magnífico, siempre dispuesto a estas bullangas en que se comía y bebía y se podían decir verdades mejor que en el púlpito; uno de los primeros contribuyentes, hombre voracísimo, que sin un solo diente ni muela revolvía tal cantidad de alimentos con una tan maravillosa flexibilidad de quijadas, que al comer, ponía el pico de la barba casi encima de sus mismos ojos; el juez municipal, una especie de San Sebastián mártir; dos o tres concejales *braquicéfalos* y algo jabalunos, que sacaban la navaja para comer y no sabían dónde meterse la servilleta; un estudiante algo avispadillo y literato, que hacía epigramas para Oblita, y el maestro de es-

cuela, como representantes estos últimos de la parte intelectual del honrado pueblo.

El almuerzo no tuvo principio ni fin; fué una especie de "gran parada" de platos, en cuyo desfile se pasaron horas... El pobre candidato, con su barbilla en punta y su calva incipiente, sudaba como un pato. Los quevedos se le resbalaban a cada paso. Era un padre de la provincia de los de media almendra, como le dijo el padre Baquero, que ingería de un modo sorprendente. Los vinos del país fueron justamente alabados y un tanto demasiado bebidos. Sobre todo, una garrafa del tinto de los Paniaguas que regaló el Sacristán, que vino a los postres a recitar su *décima*, una majadería cualquiera que se le ocurrió embutir en versos cojos y mancos, que no tenía el diablo por dónde cogerlos.

Hacía mucho calor y hubo que abrir las vidrieras. Una manada de gente curiosa taponaba las puertas, empujándose y riñendo, ávida de ver qué comían aquellos señores y de contemplar al futuro "padre" que, modestamente, rehusaba los obsequios tambaleándose sobre el sillón en que, para honrarle y enaltecerle, habían puesto dos pomposos cojines que no le dejaban asentar las puntas de los pies en el suelo.

—De modo que por aquí no habrá cuidado...

—Vea usted el espíritu de los amigos.

Los amigos estaban ya animados por el mejor espíritu; por el espíritu de vino, y tragaban como pozos insondables.

—Sí, ya veo—dijo el candidato—. Me ha dicho el gobernador que éste es uno de los pueblos que están mejor siempre.

—Siempre, sí, señor. Este es un pueblo gubernamental—exclamó Brevas muy pundonoroso,

friéndose debajo del casacón de los días de fiesta.

—Aparte de que, por mis relaciones en la provincia, sabía la adhesión de ustedes al Gobierno. Nos ha dado usted un espléndido almuerzo y tendré el gusto de hacerlo constar así en las regiones oficiales.

—Phs... en estos pueblos ¿qué quiere usted que haya? Pero lo que hay, se da con voluntad.

—¡Ah, oh!, ¡espléndido, espléndido!—agregaron los acompañantes del candidato, que comían tanto como los indígenas.

—No será ésta la última vez—dijo el cura mientras colmaba el plato de natillas.

—Cuando ustedes gusten; yo siempre estoy a disposición de mis amigos.

Y como la atmósfera se iba cargando más de lo regular, convinieron en abrir el período de los brindis. Larán-larán comenzó a repicar con un cuchillo sobre una copa vacía, y los señores de la cabecera se pusieron a sisear como los chicos cuando imitan las ruedas de fuego. ¡Silencio! ¡Atención! ¡A ver el secretario, que se calle!

El cacique Brevas se levantó abrumado por la gravedad del acto y la pesadumbre del levitón de invierno, y colorado como la grana, dió la bienvenida al ilustre candidato al que querían los amigos como si fuese de la familia... le saludó en nombre de los amigos y... y... brindó por el Gobierno, por el gobernador y por el ilustre candidato a quien querían los amigos...

El futuro padre, del todo conmovido, se dejó resbalar por los cojines, y ya de pie, se afirmó los lentes, carraspeó un poquito, cogió una copa que le llenaron y, mirando a un lado y a otro, lanzó el consabido, indispensable y elocuentísimo:

—“¡Señores!”

Pero es el caso que una de las mujeres que habían traído para la solemnidad, no queriendo holgar en la cocina, mientras las otras se agolpaban a la puerta para curiosarlo todo, comenzó a mover cacerolas, sartenes y almireces, con un ruido, que no parecía sino que por la casa corrían perros con latones.

—¿Qué es eso? ¡Silencio! ¡So burra, estése usted quieta! ¡A ver, esa tía que limpia...!

Y la indignación fué tal, que la Marizápalos huyó asustada.

Restablecido el orden, reanudó el candidato su discurso:

—“Señores: las circunstancias por que atraviesa el país... (aplausos estrepitosos), la necesidad de que el país encuentre orientación nueva... (¡Eso, eso!) hacen que yo, el más humilde de cuantos se interesan por la cosa pública... (más aplausos).

Que no lo dejaban. El estado fisiológico de los convidados parecía destilar entusiasmo. Lo mismo era una cosa que otra; todo era bueno para ellos. En vista de esto, “aquí no peco”, el candidato se enfrascó de veras, sacó a relucir todo el arsenal histórico que le quedaba de lo que almacenó en el Instituto, y largó un programa de Gobierno que, semejante al almuerzo, tampoco tenía pies ni cabeza. ¡Qué importa!, el *país* se lo aplaudía.

Habló de Venusta, de lo que era y de lo que podía ser por sus propios merecimientos. Ella y no Oblita, la ciudad romántica, debía ser cabeza del partido... (Aquí fué Troya. El escándalo se oyó en la plaza.) Continuó hablando de lo que *ellos* harían y acontecerían para restañar las heridas de la madre patria... después se enterneció por aquellas pruebas de afecto que le daban los amigos, y dale con los amigos y torna a los amigos.

En el resto de la comida y los brindis no se oyó otra cosa. Tanto que el estudiante, que había leído a "Rinconete y Cortadillo", díjole al padre Baquero cómo le recordaba aquella escena, la del principio del bailoteo en casa de Monipodio: "Nunca los amigos han de dar enojo a los amigos, ni hacer burla de los amigos y más cuando ven que se enojan los amigos. Ni hay aquí amigo—respondió Maniferro—que quiera enojar ni hacer burla de otro amigo; y, pues todos somos amigos, dense las manos los amigos. A esto dijo Monipodio: todos voacedes han hablado como amigos y como tales amigos, se den las manos de amigos."

Larán-larán habló, y alguno que otro, mas cuando el secretario quiso, ya no pudo. Estaba hecho una cabra, porque el mosto le ganó por la mano, cosa no rara en él. A bien que allí todos eran amigos.

Cuando al fin evacuaron el comedor, el padre Baquero echó al suelo seis o siete copas, al revolver del manteo; el primer contribuyente se rellenó los bolsillos de dulzajos, y el secretario lloraba amarguísimamente no sé qué desgracias de familia, limpiándose con un pico del mantel...

—¡Mire usted por lo que le da la mona!—decían las mujeres riéndose como canastas.

La habitación olía a vino, a grasas frías, a natas con canela, a aceitunas mascadas, a humo de tabaco y a lugares comunes eructados sobre aquella inmensidad de relieves fiambres, manchados de ceniza.

Procesionalmente pusieron el rumbo a la bodega del ilustre Brevas. Tuvieron que pasar por aquella casa que parecía un cuartel robado. En una sala en que podían correr caballos, no había más que un velón, un reloj de cuco y un montón de trigo.

—Ya se ve, un hombre solo, viudo...

En la bodega, llegábales la roña a la rodilla, no podían arrimarse a ninguna cosa sin sacar un calandrajo de telarañas: toda la casa era como la capa del mendigo: sucia, hedionda, mugrienta y rezumando pesos duros por los remiendos.

Allí se volvió a brindar y discursar mientras la venencia entraba y salía como sonda en el vientre de toneles venerables. El padre Baquero no se quedaba atrás, con su medio puro masculado al compás de la risa.

En uno de los momentos de mayor animación, el candidato llevóse a Larán-larán al corralillo, y allí, debajo del único naranjo, a la vera del pozo, comenzó a decir cómo traía instrucciones muy apremiantes del gobernador para que la *cosa* se arreglase buenamente entre todos los amigos... y que para eso no dejara de ver, al par que a los demás, a Mariquita León, que al fin arrastraba muchos votos y era una influencia reconocida.

Larán-larán hizo un gesto como si acabaran de hacerle tragar un purgante.

—¡Pero si no hace falta! Si la hiciera, ya se lo habría dicho.

Y del todo alarmado, fué en busca del Brevas.

Trataron ampliamente de la cuestión y convinieron, al fin, en visitarla con cierta solemnidad. Al punto lo pusieron por obra, y los tres, acompañándoles el padre Baquero, que iba como diplomático mediador, por si hiciere falta, se encaminaron a casa de Mariquita.

Llegó la embajada, que fué recibida con todos los honores de estrado y refresco. Saludáronse ella y los dos caciques cual si no hubiera otros mejores amigos en el mundo. Presentáronle al candidato, quien rebuscó cuatro o seis galanterías de

las más cursis para hacer efecto en el ánimo de la rica-hembra, y pasaron media hora en preguntas y respuestas, que comprendían desde la salud del niño hasta el parto de la última vaca. Enternecía aquel interés que los unos tomaban por las cosas de los otros.

Por fin abordaron la cuestión; venían a... eso. A recabar su apoyo, su valioso apoyo a la candidatura oficial, única que saldría triunfante... lo mismo que siempre.

Entonces surgieron las dificultades, las recriminaciones, los agravios recibidos y, por último, la cuestión palpitante, el "asunto del médico".

El candidato, que se ahogaba con un pelo, vió negro el horizonte, a pesar de las seguridades que daban los amigos; así es que comenzó a suavizar; el cura intervino, y al cabo de una buena pieza llegaron a un convenio, según el cual, el médico quedaría en su puesto y Mariquita León se "echaría a la calle" para amparar con todas sus fuerzas la candidatura del Gobierno.

Entonces Mariquita les obsequió largamente con dulces y vinos de los mejores que tenía; el candidato, otra vez resplandeciente de esperanza, enjaretó el quinto discursete, y el padre Baquero le contestó donosamente en nombre de la cacica.

Despidiéronse, no sin que Brevas diese a Mariquita cuatro o seis consejos agrícolas, y Larán-larán ofreciese enviarle, sin interés ninguno, un par de hermosos machos sementales de cierta casta albaceteña... y al ver esta perfecta cordialidad, estas deferencias cariñosas, el candidato juzgó que aquel pueblo era un idilio, un idilio político en que no faltaba ni aun el indispensable y eterno femenino.

El padre Baquero sabía la rabieta que los caci-

ques llevaban dentro y se regocijaba a más no poder con el triunfo de Mariquita.

—¡Tomad quina! ¡Hiel y vinagre a los zorros que vienen al palomar!

La última estación fué en el casino. Allí, para confirmar públicamente el tratado de paz, el candidato quiso saludar al médico, y delante de todo el mundo, le abrazó, le festejó, no quedándose atrás en estos obsequios ni el mismo Larán-larán ni el ilustre Brevas. ¡Qué triunfo para la cacica!

Cuando despidieron a la comisión electoral, que iba levantando polvo por el arrecife, traqueteada dentro de un cochecillo de pocos muelles, el cacique máximo, con su cara roñosa y su gabán de invierno, preguntó a Larán-larán:

—¿Qué te parece?

—Que ese candidato es tonto.

—Razón de más para que sea candidato.

—¡Pero esas paces con Mariquita León, que nos ponen en ridículo!

—A eso iba yo a parar.

—En el gobierno se creen yo no sé qué. Que la dejen por mi cuenta... que me den carta blanca, y al mes, ni eso—dijo señalando a una nubecilla de polvo blanquecino que subía por la carretera.

—Opino igual—dijo Brevas—. Pero ¿qué quietes? Tijeretas han de ser, y no sería mujer si no lo fuesen.

—Usted no sabe lo que esto se me resiste. Si no fuese porque... nos conviene a todos, ahora mismo rompía el bastón y lo tiraba al tejado. ¡Tragar al médico...! Un hombre que se me viene encima con tiquis miquis y con conciencias.

—Cosas todas de Mariquita, ¿no la conoces? ¿Quién sino ella anda en eso del médico y la imbecil de mi hija, que se hace la muerta?

—Mira lo que me sucede a mí—respondió Brevas—. Mi hijo, un poco más imbécil que tu hija, se me sube a las barbas, está insufrible, ¿sabes por qué? Porque Mariquita le explota, le da dinero, no sé a qué interés, pero será bueno. Viene borracho a casa y me arma la de San Quintín las más noches, pidiendo su legítima, la partición... ¡partición! Antes un tiro. De modo que lo que yo he sudado es para partirlo con ellos, porque tuve una mujer que era una burra, ahí te puse, ahí te estés, qué ni oía ni entendía, y yo agenciando... ¡Partir! Cuando reviente, porque entonces no podré impedirlo; antes, no, no y no!

—Pero ya sabe usted la ley en ese punto...

—¡Ya se ve que lo sé! Como si no lo supiera. ¿Todas las leyes son justas? ¿Quién hace las leyes? Ese zanguango que acabamos de despedir con la tripa llena... u otros como él. ¡Así anda el mundo!

—Esto hay que arreglarlo—dijo Larán-larán—, crea usted que a mí también me preocupa eso. Lo que tengo, casi todo fué adquirido en el matrimonio. Mañana se casa una hija, y ¡zas!, el papanas del yerno, con sus manos lavadas, se lleva una parte, la de su madre, ¡como si la pobre de su madre se hubiera metido en nada!

—Ahí tienes a mi yerno. ¡Buen par, él y mi hijo! Los dos me piden, los dos me acosan... es que las leyes las hacen los hijos y los yernos, no te quepa duda. En fin, que el mundo anda al revés... ya ves ahora. Diremos como aquel cura, "enaguas arriba y calzones abajo". Las de Mariquita León las sentimos arremolinarse encima de nosotros. Y esto, cuando creíamos haberla arrinconado para siempre. Ahí viene el Sacristán, que nos dará consejo.

—Lo único que dará en su vida. Es un buen hombre.

—Eh, ¿adónde va lo bueno?

—En busca de lo mismo.

—Muchas gracias por la fineza, si es por nosotros. ¿Qué te ha parecido el sujeto?

—Lo mismo que todos éstos. Habladorcillo.

—Eso mismo le decía yo a Aurelio.

—Picado de la mosca parlamentaria y con estos calores...

—Cosas de las capitales. Allí les hacen el paladar con un discurso y los destetan con esas pampinas. Pero éste viene agarrado... la carta del gobernador no tiene escapatoria.

—¿Tú, qué pensabas?—dijo el Sacristán—. ¿No te lo dije? Mira que ésa nos da el disgusto... Y tú, que si fué, que si vino, con lo del médico.

—Y ¿qué había de hacer? ¿Dejar a Berrinches haciendo de las suyas?—dijo Larán-larán del todo encrespado.

—¿Tantas cosas hace?

—No; un escándalo todos los días.

—Pues, alma de cántaro, ¿no tienes guardas?, ¿no tienes alguaciles? Pues que lo monden, que lo despellejen en cualquier calleja, en el campo... y aquí no ha pasado nada. Parecéis niños de la doctrina.

—El viejo tiene razón.

—La tiene siempre.

—Decírselo a mis sobrinos, y a ver qué dicen.

—¿Todavía andan con eso?

—Y andarán hasta que yo los cierre. ¡Chiquillo con más ruido...!

—Tú lo tienes que decidir—dijo Brevás.

—Yo; pues está claro. Y ¿qué decido? ¿Qué ha-

go, para dormir tranquilo después... allá, según dicen? Por sí o por no, las cuentas claras.

—Por sí o por no, dices bien. Pero que no nos jeringuen antes y con tiempo, para que aflojemos la bolsa.

—¡Aflojar! Cuando las manos se abran con el último frío... antes no.

—Esa es la mía.

—Y la mía también.

—¿Qué dirá el pueblo de estas paces?

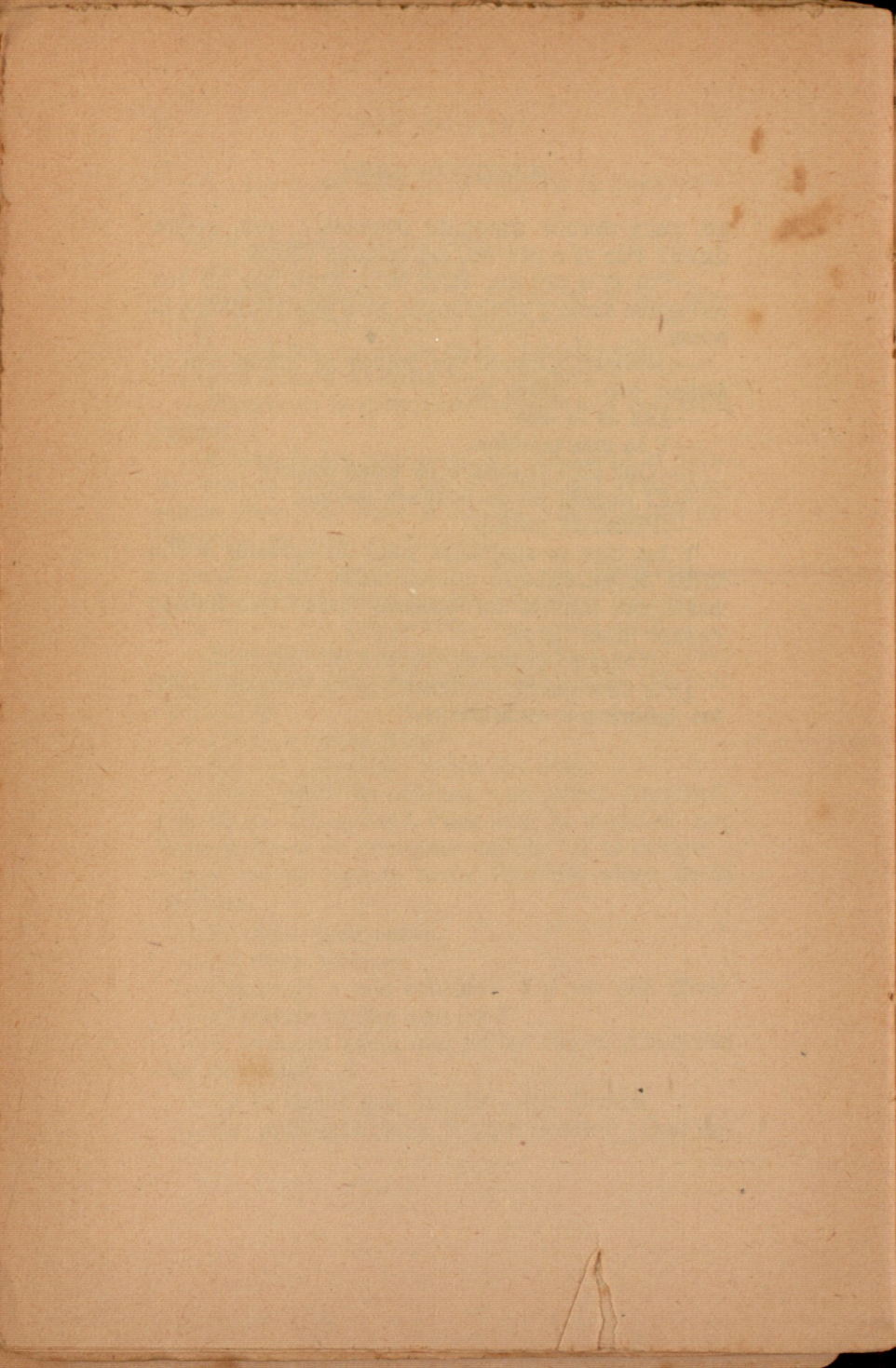
—El pueblo no se ocupará mucho.

—¡Honrado pueblo!

Y los tres se apartaron para no aplastar a una turba de escarabajos que en medio de la carretera hacía sus labores en material fresco que habían dejado unas vacas.

—¡Honrado pueblo!—repitió el Sacristán.

¿Por cuál pueblo lo dirían? ¿Por Venusta? ¿Por los laboriosos escarabajos?



VII

El día antes del de la Patrona llegó el tamboril, y con el dichoso instrumento una ráfaga de alegría loca. Estallaron de una vez las ganas de divertirse que tenía el pueblo, y que el afanoso trajín de la recolección había acallado. En todas partes holgaban y se divertían, ¡por qué habían de ser ellos menos! Parecía que el aire cálido de aquel verano metía en las mismas venas esos hormigueos que hacían dar brincos a media humanidad, mientras la otra media se disolvía entre cieno y sangre en las que fueron colonias.

Mucho se hablaba de la España dolorida, pero hay que reconocer que cual viuda un tanto alegre de cascos, llevaba muy bien su dolor sin que le faltase un trozo de blonda y un poco de colorete que echarse a la cara para llorar con un ojo y reír con el otro... Iban llegando los repatriados, como esos restos de un naufragio que empujan las ondas hacia la playa: un motivo más para estar contentos; al fin volvían los hijos al regazo de su madre, la gran tragicomedia había terminado. Había pan, había vino... dinero no faltaba; pues cada uno a

lo suyo, que "debajo de mi manto al rey mato", como decía Sancho Panza.

Desde por la mañana comenzó el jaleo; la velada llamaba gente, y el paseo, todo lleno de humo de sartenes, se vestía de fiesta. Varios puestos había de los indispensables alfajores, avellanas y cocos y dulzajos morunos, y allá, en el fondo, una gran rifa chupaba los cuartos, mientras media docena de gandules invitaban al juego con un chirrido de insectos incansables; el clarinete del "Tío vivo" llamaba a los chicos, como el tamboril convocaba a los mozos y los hacía bailar bajo los árboles, a la sombra de los edificios, en mitad de la calle... dondequiera que se reunían ellos y ellas. No dejó de oírse en todo el santo día el pito del tamborilero con aquel acompasado ¡pom, pom! que le acompañaba.

Por la noche hubo fuegos, que llenaron de chispas el paseo y de cohetes el cielo. Todas las "clases sociales" estuvieron dando vueltas por la plaza, codeándose, estrujándose, enseñándose las galas incómodas, que pronto guardarían en el arca para echar mano a la vendimia. Al día siguiente vino la música de un pueblo cercano; despertó al vecindario con la alegre diana, mientras el tamboril seguía quitando el sueño a las cigarras que se desperezaban en los olivos. Desde bien tempranito comenzó el gentío a caminar hacia la ermita. Brillaban al sol las palas de las chumberas, llenas de higos dorados y dulces; el viento movía la masa frondosa de los pinos con un rumor misterioso y doliente que parecía un rezo de la naturaleza... allá arriba la campanita de la ermita repicaba locamente llamando gente para la fiesta; y la arena parecía oro, el aire perfume de un incensario, los pomposos racimos que de las vides pendían, granos

de ámbar apretujados en turgentes carnosidades que el sol suavizaba cuajando el mosto, la gota de luz y de alegría en cada una de aquellas cápsulas transparentes.

¡Qué bien sonaba el tamboril bajo aquellos pinos! Era algo pastoral que estremecía al ganado... Ninguna música como aquélla, tan plácida y bucólica para festejar a la Virgen del Alamo, la madrecita que escogió el campo para su vivienda, e hizo su templo primitivo en el corazón de un árbol en que labraban panales las solícitas abejas. El padre Baquero andaba rondando por allí, con su sotana, que a un pino de aquéllos podría servirle, el medio puro y la caña de risa... era el día suyo, el gran día del capellán de la Virgen.

—Vamos, muchachos, ¿quiénes van a sacar a la Señora?

Todos querían. Unos por promesa, otros por rumbo, quién por esperanza de alguna curación, quién por regodeo de cierto noviazgo que “estaba al caer”. Señaló el cura los turnos y dió a los escogidos sendas ramitas de álamo.

Llegó la Hermana Mayor y camarista de la Señora, Mariquita León, que venía puesta de veinticinco alfileres, como quien iba a sentarse en el sillón mayordomal, delante de la Virgen. Brillaba en su rostro de mujer saludable, cierto orgullo sano, como el resplandor de su propio valer, que da el aplomo social necesario para estas cosas. El cura Baquero comenzó a requebrarla y a ponerla en las nubes como mujer, como cacica y como mayordoma. Dióle agua bendita y la acompañó al altar, donde oró antes de sentarse en el sillón rojo que parecía un trono; después le entregó la insignia de su cargo, una vara con un sol de plata en

el remate y dentro de él el álamo simbólico con una imagen chiquita de la Virgen.

El templo estaba lleno: en el banco de la Hermandad estaban los prohombres; en el de enfrente la corporación municipal con Larán-larán a la cabeza, aquel día muy peripuesto con una corbata color de aceituna, que era la admiración de sus vasallos. Allá fuera, la turba engalanada con los trapeitos domingueros, resguardándose del sol debajo de los pinos que se mecían quejumbrosos con un blando rumor, mientras el tamboril esparcía sus tranquilos sonos por las enramadas. La campanita seguía repicando con un parlero ruido de niño alegre o de pájaro regocijado que siente venir la primavera.

Habían llevado un armónium, y éste suplía al órgano en lo de acompañar los cantos. Dos sochantres, los mejores de la comarca, estaban allí, con sus sobrepellices almidonadas, esperando el momento. Salieron los sacerdotes al altar; celebraba el párroco; hacía de diácono el cura del Junquero, y de subdiácono un ordenado de Venusta. Comenzó la misa, y ya en esto, el padre Baquero estaba preparándose en la sacristía. Cuando el diácono acabó de leer la página del Evangelio del día, salió al altar, oró como es de rúbrica, y acompañado de Larán-larán, de Brevas, de una comisión de cofrades y de los ministros de la iglesia, subió al púlpito, cuya baranda apenas le llegaba a los muslos.

Comenzó con el manoseado tema (el de siempre):

“¿Quæ est ista quæ ascendit per desertum sicut virgula fumi ex aromatibus myrrhæ, et thuris et universi pulveris pigmentarii?” (Canticum canticorum, cap. III, ver. VI). Y derramó sobre los fie-

les el sabor amoroso de aquel cantar salomónico, de aquel idilio que sigue embriagando a las generaciones, y que de haberlo entendido los oyentes, les hubiese embriagado también en aquella ermita llena de sol, oliendo a incienso, perfumada por la resina del pinar y por el vaho de las viñas, y arrullada de lejos por el zumbido de la muchedumbre y por los ecos pastorales del rústico instrumento... ¿Qué tenían que ver las tiendas de Cedar, las viñas de Engadi, los collados de Palestina, los montes de Bether, de Galaad y del Libano, las cumbres de Amana, de Senir y de Hermon, el vino de Chipre, el olor de los áloes y los granados, con aquellos collados de Venusta templados por el sol, refrescados por los pinares, bordados por las pitas y las chumberas, arrullados por las tórtolas, perfumados por los tomillares y los romeros, y coronados por la ermita del Alamo?

El padre Baquero la tomó después con los pecadores, con los que volvían la espalda a la eterna bondad que subía como columna de humo por el desierto implacable de la vida. Aquel sórdido afán de juntar tesoros en la tierra "donde el orín los corrompe y el ladrón los hurta", en vez de juntarlos en el cielo como Cristo ha ordenado... aquel insensato olvido de todo lo ideal, para vivir como bestias, gruñendo de envidia ante el bien ajeno y defendiendo el propio como si en él estuviese íntegramente encarnado el humano destino... ¡el vil interés metido en los huesos mientras el alma está vacía! Y como Salomón, les gritaba desde el púlpito: "*¡Accipite disciplinam meam et non pecuniam: doctrinam magis quam aurum eligite!*" La doctrina mejor que el oro escogido... ¡qué cosas tenía ese padre Baquero!

Dijoles también cómo la avaricia cierra las puer-

tas del cielo, porque antes cierra las de la virtud en el alma; que la única diferencia que hay entre el hombre y el demonio, es que éste no tiene ni caridad ni esperanza, cosa que también acontece con el avaro..., en fin, que se despachó a su gusto, mientras los fieles le escuchaban con tanta pachorra, como poco propósito de enmienda. Hubo en la "súplica" su golpecillo patriótico, y cuando el padre Baquero descendía majestuosamente del púlpito haciendo crujir los escalones, entre el rumor que se produjo al mudar de postura el concurso mientras los sacerdotes volvían al altar, oyóse la voz del párroco que entonaba el *¡credo in unum Deum...!* Los sochantres tomaron la nota y, haciendo honor a la solemnidad, cantaron un Credo clásico con sus graves vozarrones, contoneándose delante de un facistol imaginario.

Después, cuando el sacerdote inclinado sobre la áurea patena decía misteriosamente las cinco palabras de la consagración del Pan, comenzó la gente a arrodillarse; los ciriales de plata salieron de sus cujas y vinieron delante del altar, puestos en alto como la llama de la Fe que arde frente al Tabernáculo; una ráfaga grandiosa parecía envolver aquel misterio que se desarrollaba a la luz del sol, en plena naturaleza, en la mansa majestad del campo lleno de olores... y cuando el cura alzó temblando sobre su cabeza la forma blanca y aérea que el humo del incienso azuleaba, una poderosa vibración sacudió la ermita como el soplo de algo eterno que pasaba, estremeciendo los espíritus y las cosas.

Repicaron las campanillas de plata en el altar; el esquilón volteado furiosamente, lletaba los pinares con su alegre tintineo; la música dió al aire las notas reposadas de la Marcha Real, y las rue-

das de fuego y los cohetes voladores estallaban con estruendo en aquellas alturas azules. Después parecieron volver a la vida real, calmosa e indiferente; sólo se oía el rumor de los árboles que mecían su fronda, el ruido de las cigarras cantando en aquellas cuestas soleadas, y el ¡pom, pom! del tamboril que seguía sonando bajo las húmedas bóvedas, como otra cigarra incansable y zumbadora.

Acabada la misa, la multitud se desparramó por el campo, y mientras unos acudían a la merienda, echados por el suelo, otros bailoteaban a la sombra. Allá, en el fondo de la ermita, que lamía el sol, brillaba un astro de plata entre fulgores de cirios; el *paso* de la Virgen y su áureo vestido, costeados por Mariquita León. Las personas graves tomaban un pisolabis en la sacristía, mientras el coro de mujeres rodeaba a la Virgen, haciéndola apremiantes ruegos sobre todas sus necesidades. Mariquita León, con su ancha cinta mayordomal al cuello, estaba en la sacristía dándole vaya al padre Baquero, que “embaulaba tasajo como el puño”, o sea anchas y no muy sutiles lonjas de jamón en dulce, cocido y almibarado en la propia cocina de Mariquita. Allí se respiraba un ambiente de paz y concordia entre los caciques cristianos, que de haber sido verdad, otro gallo le cantaría al pueblo, y no se perderían del todo las enseñanzas del predicador, el cual tenía que decir siempre lo mismo: “porque tan malos sois este año como el anterior”.

—Vaya, padre, esta copita de tinto, y Dios haga que pueda usted ponernos verdes muchos años todavía—díjole Brevas, envuelto aquel día en su noble circunspección y en el gabán de riguroso invierno que le servía de prenda solemne.

—Pues la mía no se queda atrás—saltó Larán—larán acudiendo con otra copa.

—Ni la mía tampoco—dijo Mariquita.

—¡Señores, señores!... Ustedes se proponen quitarme del mundo. para no tener quien les diga las verdades... pues las han de oír, las han de tragar como yo me trago el vino.

—Cuidado, padre, que el tinto se sube a la cabeza—le dijo el cura del Junquero.

—No se sube, no se sube... porque le echo esto encima y no tiene escapatoria.

Y se echó a pechos una lonja tal, que podría servir de lápida sepulcral a todo el tinto de los Paniaguas.

“Pasada la siesta”, organizaron la procesión: había que llevar la Virgen al pueblo, pasearla por el campo para que éste recogiera su bendición, y dejarla en la iglesia parroquial tres días. La campana, echada a vuelo, llamó a la gente que retozaba bajo los árboles. Iba delante el tamborilero tañendo sin cesar, asustando a los lagartos que tomaban el sol en los vallados; luego el concurso masculino, en dos no muy regulares hileras; la turba de chiquillos corría por todas partes, saltando, enredando, trastornándolo todo y brincando por entre las púas de las chumberas, cada vez que la caña de un cohete caía en alguna heredad. El padre Baquero iba y venía poniendo orden, riñendo, lanzando vigorosos apóstrofes, con aquella sotanaza luenga, que le vendría pintiparada al célebre “pino gordo”. Cuando había que apelar a la fuerza, el cura la emprendía con el bonete. Todos los años rompía uno.

—Oye tú, Pitito, ¿ya la tomaste? Pues como metas la pata, con dos bonetazos te compongo. Acuérdate de ahora dos años.

Iba la Virgen bajo su airoso templete de plata "Meneses", vestida de tisú y manto azul, hecha un ascua de oro. Cada vez que paraban, se remudaban los hombres, porque todos querían llevarla; el padre Baquero intervenía en ese pugilato. Delante de la Virgen iba Mariquita León con su vara de plata, contoneándose y deseando que la procesión llegase pronto a la entrada del pueblo para ver a su hijo, que la estaría esperando, cogerle de la mano y llevarlo así, que la "Señora" lo fuese viendo, así como el Niño aquel tan bonito y alegre, que iba jugando con el mundo. Dos incensarios con ascuas bien vivas, iban y venían por el aire lanzando chorros de humo azul que envolvían a la imagen como en una gasa olorosa. De lejos, parecían aquellos incensarios, en que la llama del sol se reflejaba, dos luceros venidos del espacio para guiar por el mundo el trono de la Virgen.

Detrás iba el párroco de capa pluvial, con los otros clérigos y ministros y los sochantres, entonando el himno *Ave Maris Stella*; luego el Ayuntamiento y las personas más graves y notables; después la música, y a lo último, una muchedumbre femenina que, como cinta de hormigas, llenaba el camino, se amoldaba a todos sus recodos y se perdía allá en la altura de los pinares, en que se confundían los rumores del rezo humano y los de aquel manso y misterioso rezo del ramaje ondulante.

A la cabeza de aquel enjambre marchaba una vieja descalza, con un cirio en la mano, ardiendo en guisa de voto. Era la tía Alamo, aquella que pedía a la Virgen la vuelta del soldado para que la defendiese del despojo que su hija y el marido pretendían. Lo habían consumado ya; tres noches

antes la echaron a la calle a patadas, a ladrillazos, por lo que llevaba todo un lado de la cara negro y un párpado hinchado. En cuanto la vieja salió huyendo de la muerte, metieron el burro y los cochinos en aquella choza, por cuya posesión se mataban las familias. Todo el mundo sabía esto y se compadecía de la vieja.

—¡Pobre! ¡A su edad... qué hija tan mala!

Pero allí iba el yerno cruel, en la misma procesión, riéndose del mundo entero, muy satisfecho de que al fin aquel andrajo humano hubiese huído a los golpes, dejando las tres varas de choza que necesitaban sus animales.

Al entrar en el pueblo se aumentó el ruido; los cohetes iban estallando en el aire sin interrupción; la muchedumbre aclamaba en las calles; las campanas de la parroquia repicaban con furia tal, que se hundía la torre. El pueblo todo parecía estremecido por una honda conmoción en que hasta las piedras vibraban.

—Vamos a ver... ¡que no toquen el *paso* más que los que yo diga! Mira tú, Cigüeña de los diantres, a ver si sueltas eso. Esto es para los hombres. Las mujeres a rezar y a dejarse de líos.

—¡Padre Baquero, a mí!

—Padre Baquero, que éste me está mordiendo pa que suelte...

Y el padre Baquero se balanceaba a los empujones de la multitud. Allí hubo de entrar en funciones el bonete, que era *ásaz* duro, y más, descargado por aquel brazo que parecía la rama de un pino.

Mariquita León encontró a su niño algo más pálido y tristón... Le cogió, le besó, se lo enseñó a la Virgen. Después, se revolvió furiosa. ¡A que lo habían hartado de dulzajos y porquerías!... Si

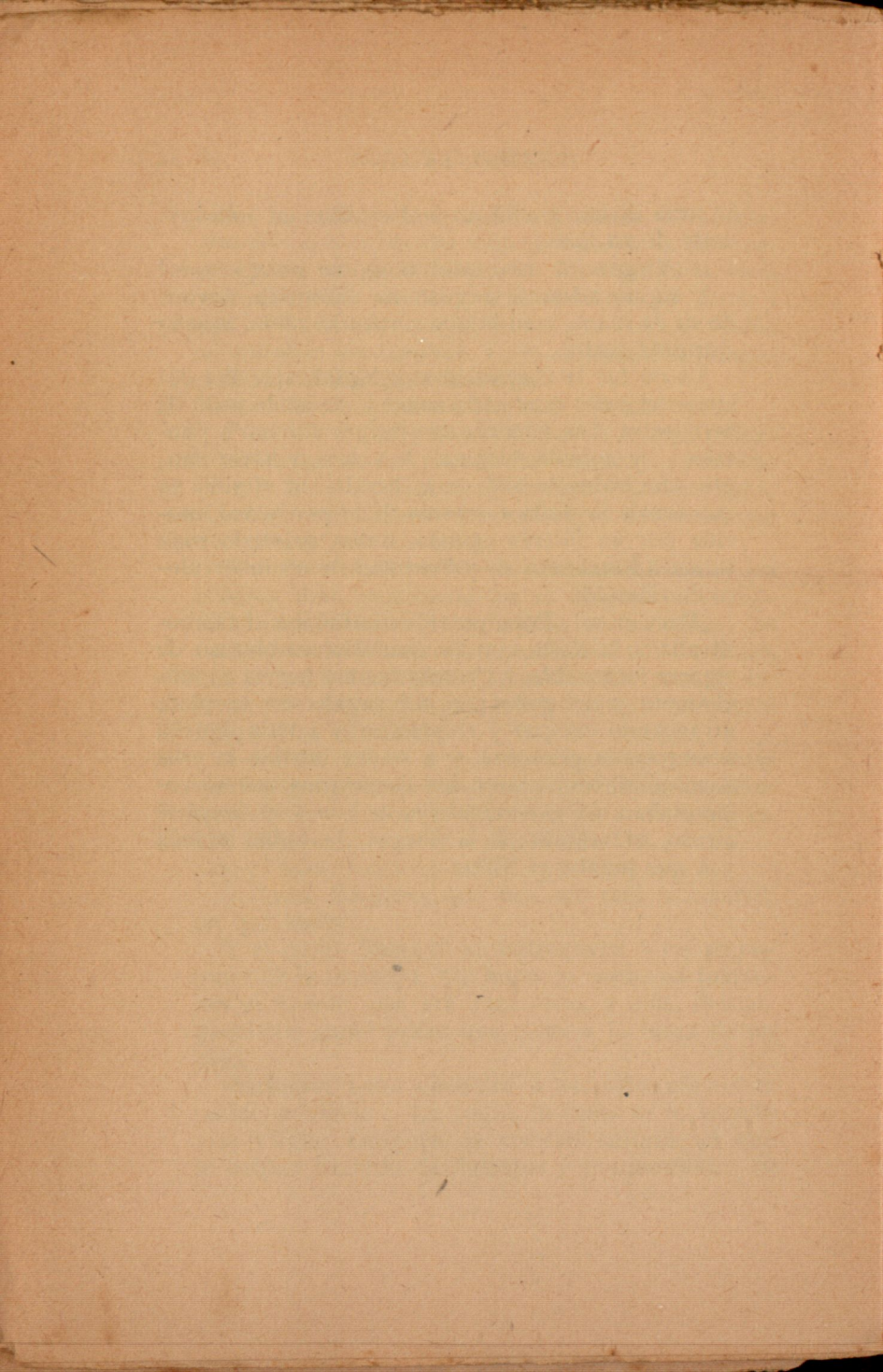
lo tenía dicho; si ella no podía faltar un solo instante de su lado.

—¡Virgencita mía, que no se me ponga malo!

Y siguió adelante angustiada, distraída, llevando de la mano a su hijo y sintiendo cómo aquella manecita ardía...

Ya no fué la mayordoma arrogante que iba delante del *paso* vendiendo salud y deslumbrando de hermosura. Los temores de siempre volvían a punzarle... y aquella "espiná" le volvía a hacer sangre, clavándosele allá en lo hondo, en el sitio en que sentía la duda corrosiva de si por acaso, movida por un interés egoísta, había prestado todo su ser a los deseos de paternidad de un tuberculoso moribundo.

¡Pom, pom! ¡Pom, pom!, refunfuñaba el tamboril allá a lo lejos, con su zumbido tembloroso de cigarra incansable. La muchedumbre hervía en movimiento y en gritos; el sol jugaba en la plata arrancando chispas y resplandores a toda aquella acompasada grandeza, y a su luz, ardían la cruz parroquial, los ciriales, los incensarios que se columpiaban arrojando chorros de humo, el templete airoso, el vestido de la Virgen, la bolita blanca con que jugaba el Niño...



VIII

Todo el pueblo sabía que el hijo de Mariquita León, desde el día de la Virgen, estaba malo y que no le ponía buena cara el médico. Principióle el mal por un tremendo empacho de golosinas y le seguía con unas calenturas gástricas, que traían al médico a mal traer. La casa de Mariquita estaba hecha un barullo, y como ésta no se cuidaba más que del niño, sus hermanos disponían y dirigían todo el trajín. Iban a comenzar la vendimia; así es que lagares, cubos, carros, capachos, todo se aderezaba aparejándolo para la faena. Y como Mariquita era la única que sabía las cosas de su casa, a ella acudían cada tres minutos para preguntarle sobre los necesarios extremos.

—Que no me pregunten nada; he dicho que no tengo mi cabeza para esto. Lo que no se encuentre se compra; lo que no se compre se pasa sin él... ¡está el amo enfermo!

Otro cáustico eran las visitas; aquel continuo zumbir de las comadres que querían ver al niño, el empaque solemne de las entonadas dueñas, el desfile de los conocimientos con el farragoso mon-

tón de consejos y medicinas caseras, todas de éxito maravilloso e infalible...

Cuando Brevas acudía también a cumplir este deber, encontróse con el Sacristán, que iba a lo mismo.

—¿Se morirá el chiquillo?

—Ya ella tiene hecho su negocio. Lo que queda es suyo.

Y entrambos pensaron en sus hijos, que sólo les servían de eterna pesadumbre. Aquel Juanito *Sinsal*, atento sólo a pedir lo suyo y a hurtar lo del padre, hecho un bigardo, arrastrando el apodo como un diploma de ineptitud... y aquel engendro sacristanesco que representaba la duda dolorosa de una paternidad senil, el fruto incierto de una cabriola de sátiro sesentón... y entre padres e hijos interponiéndose el caudal, el dinero, el montón lentamente elevado y que otros querían destruir, echarlo por tierra, desmigajarlo. ¡Mariquita León era más feliz que ellos!

Templados y graves estuvieron los dos prohombres en la visita. Vieron al niño y...

—¡Esto no es nada! Yo creí otra cosa...

—Antes de tres días le he de ver corretear por las calles, acaso pisando uvas en el lagar.

—¡Dios lo quiera! ¡La Señora lo haga!

—No te apures, tonta; los chiquillos son la flor de la maravilla; parecen que se están muriendo y de dos saltos se ponen a jugar con un mendrugo debajo del brazo.

Y bromearon un poco para confortarla.

—¡Estas mujeres que se ahogan en un buche de agua!

Y el Sacristán recordó cómo siendo Mariquita una mocosa, enfermó y la dieron por muerta y hasta le previnieron la mortaja... que ella misma lle-

vó de allí a unos días a la ermita de la Virgen, y junto del altar la colgaron.

—¡Dios lo quiera!

Y miraba al niño, que estaba como ardiendo debajo de las sábanas y se estremecía con súbitas encogidas febriles. Cuando los dos viejos salieron a la calle, anduvieron un poco en silencio.

—¿Qué opinas?

—Que están de enhorabuena esos zánganos hermanos de Mariquita—contestó el Sacristán, con tono de envidia.

—¿Eh?, ¡bestias con más suerte!

Por la noche vino el padre Baquero. A esa hora crecía la fiebre. Sólo con Mariquita León en aquella alcoba grande, charlaba el cura, procurando asordinar su voz. Desde allí oía el rum rum de la gente que entraba y salía, el trajinar de los mozos de labor que subían al granero, iban al pajar, entraban en las cuadras, y volvían a la cocina a dejar los candiles y faroles...

—¡Esto es vivir en el fondo de una guitarra! ¡Que no ha de haber nunca sosiego en esta casa!

Y se incomodaba y renegaba de la labor y maldecía de todo aquel ruido que la punzaba el cerebro.

—A ver si no exageras... que hasta con eso se ofende a Dios. Ni tu hijo es el primero que cae malo, ni será el último que se pondrá bueno. No hay que alborotar así a tontas y a locas como te pasa siempre. Yo no le veo tan malo.

—Pero es que... ¡Usted lo sabe!

—Lo mismo te digo. Esas son ñoñeces, ea; el chiquillo vino al mundo porque quiso El que todo lo puede y no hay en esto "aquí lo puse". No parece sino que ahora el mundo se vuelve un puro escrípulo... Al Sacristán, un mal pellejo con más bota-

nas que pesetas, todo se le vuelve poner en duda el regalo que le hizo el diantre; si será, si no será... cuando aquel chiquillo lunanco y más malo que la peste trae la ejecutoria al descubierto. Tú, que para ser tonta no te falta nada, andas con que si sería el interés o el cariño o la compasión... ¡miren qué caldo hará todo eso en el puchero!

En esto vino el médico.

—¡Don Jacinto!...—clamó la triste madre como si entrara por aquellas puertas la salvación.

Vió al niño, preguntó, se enteró de todo, recetó.

—¿Está grave? ¿Hay peligro?... A mí me lo puede decir todo...

—No; *todavía* no. Pero hay que estar alerta; esta enfermedad es sigilosa, traidora...

¡Cuán mezquina esperanza! Aquellas cuatro palabras la dejaron fría; se la vió palidecer...

Don Jacinto no era sólo el médico, era también el amigo. Sentado a la cabecera de la camita permaneció un buen rato sin hablar, como saturándose de aquellas tristezas entre las que el médico vive. Allá en el fondo veíase una cómoda antigua con grandes tiradores de metal; encima un ejército de cacharritos y detrás una Virgen del Alamo, metida en un fanal, entre un bosque de flores de trapo e hilillo de oro. Una luz ardía encerrada en un vaso de cristal azul y alumbraba el fanal y un extenso círculo del techo. La gran cama matrimonial parecía tener colgaduras de sombra; el luto de una viudez rígidamente guardada. A la vista de aquellos dos lechos silenciosos, de aquella luz que alumbraba a la Virgen, de aquella penumbra angustiosa en que la alcoba se hundía, saturada del acre olor de los medicamentos, pre-dispuesta por la impresión recibida poco antes, exaltóse la imaginación de Mariquita, recordando

escenas de dolor, que parecían desgarrarle el alma.

—Una noche como ésta... por el mismo tiempo; estaba yo ahí, con la cabeza echada sobre la cama... no podía llorar, para que no me viese. Parecía un esqueleto... largo, descarnado, casi transparente. Vivía con los ojos, ¡qué ojos, Dios mío! Ya no tosía ni tenía fuerza. Para entenderlo, tenía que pegar su boca a mi oído... y algunas veces en vez de hablar, me besaba. ¡Cuánto sufren las personas!, quería decirme con aquellos ojos que agrandaba el miedo. Sí; tenía miedo a la muerte, que veía venir sin poder huir de ella; se sofocaba, mordía la sábana, se hacía aire con las manos... y me miraba rencorosamente como pidiéndome cuentas de esta salud insultante que para nada le servía. ¡También a mí me daba mucha rabia de tener salud, de estar fuerte, sin poderle dar al pobrecito ni un soplo de vida! Y qué sudor... el de la muerte. El me miraba en silencio, siguiendo paso a paso el trabajo de la muerte que lo derretía por dentro. ¡Qué escalofríos tan largos... que lo sacudían desde los pies a la cabeza! ¡Qué congojas! Después parecía que se iba durmiendo, sin dejar de mirarme... arañaba las sábanas con un compás lento, continuo, que yo sentía como si a mí me estuviera arañando el corazón... después unos suspiros hondos, que desgarraban el alma, ¡acabemos ya! Si no hay otro remedio, cuanto más pronto mejor, quería decirme con aquellos suspiros de una desesperación a que se entregaba entero... le cogí la cabeza, me miró sin verme... le estiró los labios una sonrisa, que todavía estoy viendo, rodaron los ojazos turbios para arriba... por última vez... y se quedó así, inmóvil para siempre.

Y Mariquita siguió llorando, mirando al lecho en que el padre Baquero y don Jacinto creían ver, con algo de espanto, la sombra rígida de aquel cadáver que evocaba con sus tristes recuerdos la viuda.

—¿Qué locuras son éstas? A ver si te alimentas y no hablas más tonterías. Ahora, a cuidar del niño y... nada más. ¡Estamos frescos!

Aquella excitación de Mariquita asustaba al padre Baquero y quería volverla a la realidad con revulsivos de palabra, con esas brusquedades suyas que parecían ventosas. ¡Demonte de mujer! Aquella hormiga hacendosa, que no parecía mirar más que al suelo, salía a lo mejor despuntando por todo lo alto y ¡vaya usted a pararla! Harto le había dado que hacer en el confesonario.

—Pero ¿tú qué eres, Mariquilla del diantre: una cacica o una monja?—le había dicho mil veces—. Apenas dejas de arrastrar las sayas por esos barrizales buscando votos y ruidos, como dice Brevas, cuando ya te vienes con que si fué, con que si vino, con tiquis miquis, como si con agua pasada molieran molinos... y todo esto revuelto con un geniazo y tratando a bramidos a tu gente. ¡Quien te entienda que te compre!

En esto una zafia criada comenzó a golpear con verdadero furor en el almirez, con unos bríos tan sólo comparables a los del señor cura que estaba presente.

—¡Bestias, salvajes!—salió diciendo Mariquita, que iba para la cocina hecha una vaca brava.

—¡Allá va la leona! Mejor. Verá usted cómo ahora se le pasa todo eso—dijo el cura a don Jacinto.

Y era verdad; porque cuando volvió, respirando indignación por todos los poros, era la mujer

dueña de su casa, la rica-hembra algo despótica que tiene fuerzas bastantes para hacer que la obedezca el mundo entero.

—¡No faltaba más! Que a mi hermano se le antojó comer ensalada, y en seguida encontró una bestia que se pusiera a escandalizar repicando... no sé cómo no echó a cantar a voz en grito, ¡para lo que faltaba! Mi hermano que se vaya a comer a su casa. ¡Les interesa mucho la salud del niño! Como si no nos conociéramos. ¡Ni una sola vez han asomado el hocico por esas puertas!

—Y al que lo hubiera asomado le largas un bufido que no vuelve por otro. ¡Ni que tampoco te conociéramos! Lo que tienes que hacer es comer, alimentarte, descansar y dejarte de aspavientos. ¿Tendré que traer el púlpito de la ermita y venir a predicarte a todas las horas del día?

Salieron juntos el médico y el cura; iban calle abajo hablando y haciendo conjeturas sobre el desenlace de aquella enfermedad, que más que el hijo, la sufría la madre.

—Ya se lo he dicho a usted, lo que es como buena, es buena. Un poco rara, mandona, al fin viuda y rica, pero un alma de Dios. ¡Así fuesen todas como ella!

En la puerta de la botica se despidieron. Había resplando en la rebotica aquella noche.

—¿No entra usted, don Jacinto?

—No puedo. Voy a estudiar, si es que me dejan...

Y habló un momento con el boticario sobre ciertas recetas delicadas que vendrían.

Al embocar por la plaza, destacóse una luz que descansaba en la puerta del Ayuntamiento.

—¡No hace falta, sereno; buenas noches!

Pero la luz siguió andando hasta ponerse a dos pasos del médico.

—Estoy esperando a usted de orden del alcalde.

—¿Qué pasa? ¿Otro herido?

—No, señor; el hijo de la tía Alamo, el soldao, ha venio esta tarde. Viene mu malito, muriéndose a peazos, y el alcalde me ha dicho que lo viera usted y que toas las medicinas corren por su cuenta.

—Pues, nada, ahora mismo.

—Pero ¿ánde va usted?

—¿No vive allá?

—La tía Alamo está recogida en el portal de la Misericordia. La hija la echó la otra noche y el yerno le tiró dos ladrillazos que en poquito se quean con ella.

—¡Qué congojas, Dios mío! ¡Cómo se vuelven fieras estas gentes por el vil interés, el ochavo roñoso que envenena las almas!

Y alumbrado el camino por el farol del sereno, emprendieron la marcha éste y el médico hasta la salida del pueblo, donde está, todavía en pie como un sarcasmo, el antiguo hospital de la Misericordia.

Vendido el edificio allá en los tiempos de la desamortización, en él tenían Brevas una bodega y el Sacristán un depósito de aceite. Para los pobres, para la misericordia, sólo quedaba el atrio. Abierto a todos los vientos, con sus arcos ruinosos, aquél era un ruin albergue, pero la mendicidad trashumante lo convertía en palacio. Aquella noche había mucha humedad: caían las primeras blanduras y al sereno se le hacía la boca agua, porque tenía sus millares de cepas y la uva tomaba caldo. Cuando llegaron allá, el médico sintió

todo el frío horrendo de la miseria al aire libre, de aquel desamparo comunicado con las estrellas. Junto a uno de los arcos, tapiado a medias con un mantón y unos cuantos sacos tupidos por la tierra del campo, encima de un mal jergón de hojas de panizos, que a cada movimiento refunfuñaba, cubierto hasta la cintura con unos andrajos de sayas rotas, estaba, echado boca arriba, un soldado español moribundo, que venía de allá lejos, de aquellos sitios traidores en que se hundió la bandera... Brillaba en su pecho una cruz que parecía un agujero por el que asomaban internas claridades. Había llegado aquel mismo día, agónico, robado por cariñosos compatriotas explotadores de toda esa laceria que el mar nos devolvía; deseando morir bajo las ramas secas de su choza, respirando el vaho caliente del estiércol, recibiendo las ásperas caricias de la familia enternecida, lejos de aquel sol asesino, de aquel hambre homicida, de todas esas vergüenzas ensangrentadas con que los venían azotando...

Y al llegar, encontróse sin choza, sin familia, sin amparo; sin más abrigo que aquella madre aporreada y hambrienta y aquel atrio abierto a todos los vientos y a todas las miserias. ¡Cuánto más valdría haber muerto *allá abajo*, donde quedaban tantos! ¡Al menos, aquéllos los enterraban o los tiraban al mar con una ilusión dentro! Parecía mentira que aquel hombre hubiese podido arribar. Ahora estaba en las últimas, agonizando lo mismo que el marido de Mariquita, según ella había descrito... largos escalofríos sacudían al esqueleto terroso que se debatía en los andrajos; asistía con dolorosa estupefacción al siniestro trabajo de disolución que hacía la muerte... no bre-

gaba con ella, ¡para qué!, no había más que entregarse entero; ¡cuanto más pronto, mejor!

—¡Tiene frío... tiene frío!—decía la tía Alamo, viendo que su hijo agarraba puñados de aire como queriéndose tapar con una manta imaginaria. Y la vieja enclavijaba los dedos cual si quisiera rezar, o se tiraba de los pelos en súbitos espasmos de desesperación.

A la luz del farolillo que iba y venía por aquel antro, aquella vieja desgredada, que llevaba en la cara el livor de la reciente afrenta; la mancha cárdena en que pusieron sus hijos la caricia definitiva, parecía un pajarraco aplastado de una pedrada entre las espinas de los zarzales.

—¡Qué espanto de mundo!—pensaba el médico—. ¡Así se muere la gente en este desierto, en que no hay más hilo de agua que el interés!

La tía Alamo conoció al médico, irguióse y comenzó a plaguearle:

—¡Don Jacinto!... ¡No hay justicia!... ¡quiero mi choza! ¡Quiero mi choza pa que mi hijo se muera en ella!—Y luego, cerrando los puños, que parecían de guijarros, amenazaba a la húmeda noche—. ¡Perros, judíos! ¡Permita Dios que se os junda encima!

Allá en el otro rincón del atrio había dos mendigos, hombre y mujer, que guisaban algo apestado en una candelilla de dos tizones. Llegaban cansados, querían comer y dormir, y se encontraban con aquella escena que les ponía de mal humor. Refunfuñaban como perros amenazados. ¿Acaso aquel plácido lugar de recogimiento, horro de ruidos y de alcabalas, iba a convertirse ahora en asilo de moribundos y en recinto de clamores? La candela medio tapada por haraposos envoltorios,

parecía una puñalada abierta en la negrura de la noche.

Llegaron dos o tres comadres, gente pobrísima: la una traía un candil y en una alcuza una lágrima de aceite; otra, un torrezno metido en un bocado de pan: ¡lindo alimento para un agonizante!

—Serenos, vaya usted a la botica, que le den esto; allí estará el padre Baquero, dígame usted que venga, *que hace falta...* él sabrá lo que hacer.

Y como hombre caritativo, que al fin era pobre, sacó unas monedas y se las dió a la vieja. Los mendigos, que todo lo observaban, comenzaron a rozar de pura envidia:

—¡Sopla... vaya una limosna! ¡Nunca nos la dan así a nosotros!

Y más que la candela, brillaron en la oscuridad los dos pares de ojos avarientos.

Desde el cauce negro de la callejuela, por donde regresaba al pueblo, seguía oyendo el médico el grito desesperado de la tía Alamo, que pedía su choza. Volvió la cara y sólo vió la masa oscura del antiguo hospital: a un lado del atrio, la lucecilla temblorosa del candil, que alumbraba la agonía del soldado; al otro, el resplandor rojo de la candela del mendigo, que parecía el ojo de un monstruo enfurecido parpadeando en las sombras. ¡Cuántas tristezas! ¿Cómo había de figurarse lo que era el mundo, cuando estudiaba en Cádiz, en aquella alegre "tacita de plata"? El título se le subió a la cabeza, apenas le cogió en las manos; quería ejercer, practicar, hacerse de un nombre al mismo tiempo que paseaba por el mundo la honradez heredada... el anuncio de una vacante, cuatro informes vagos, datos atropellados de un Dic-

cionario geográfico, lo echaron para aquella Venusta que ahora le espantaba. ¡Con qué parsimonia hacían trizas lo más santo! Con una aterradora naturalidad, sin ponerle un solo viso trágico ni aparatoso, dejaban que la pasión fuese labrando, carcomiendo... el interés roía, hasta que se desplomaban esos muñecos de carne y al acabar con unos comenzaban otros, generación tras generación. Los unos sabían los pecados de los otros y todos vivían al exterior, mansamente; pero dándose puñaladas feroces por la espalda.

Y luego, ¡qué indiferencia de brutos por todas las desdichas de España! ¡Qué egoísmo tan bárbaro y vergonzoso! Ahí se conocía: aquel pueblo en que todos tenían bienes, dejaba morir bajo el portal de la Misericordia, abandonado como un perro, al soldado de la patria. ¡Aquello es lo que la patria le ofrecía!

Con estas cavilaciones marchaba el médico, cuando de una puerta saltó precipitadamente un hombre, que se quedó plantado en medio de la calleja, como cerrando el paso. Don Jacinto se detuvo, sin saber qué hacer. La hora, el sitio, la oscuridad, aquel bulto pasivamente amenazador, eran causas más que suficientes para tamaños recelos.

—¡No hay que asustarse, que con usted no va na!

—¿Quién es usted?

—Soy Berrinches, pa servirlo ahora y siempre que pueda.

—Bien. ¿Y usted, qué desea?

—Darle a usted las gracias. Porque yo seré malo, pero agradeció. Sé lo que pasó con el ladrón de mi tío y esas cosas no son pa olvidarlas, por lo mismo que tos los días no pasan entre nosotros.

—Pues no tiene usted que molestarse en darme

gracias por una cosa que no va con usted. Esos son asuntos que yo tengo con mi conciencia. ¿Y ha escogido usted este sitio para esa demostración?

—¿Qué quiere usted? Sabía que estaba usted allá abajo y que vendría por aquí... yo no puedo andar por toas partes... me buscan *esos* pa afeitarme la última vez y pa siempre. Mi tío lo manda.

—Esas son habladurías, hombre. No puedo creer que su tío mande esas cosas. Siempre hay chismosos que gozan echando leña al fuego.

—Bueno: usted no lo conoce, yo sí. Y por si acaso, recojo los huesos en el pellejo. Ahora, oiga usted. *Ese hombre* robó a otro los dinerales, que quizás habría robado también; conforme. Dejó a mi padre que se repudriera trabajando y comiendo arenques; dejó a mi abuela, su propia madre, que se muriera comía de miseria y que la enterrasen de caridad... ¿Sabe usted lo que me dejó dicho mi padre? ¡Mátalo! ¿Sabe usted lo que me decía mi abuela? ¡Mátalo, mátalo como a un perro! Y ¿sabe usted por qué no está ya mordiendo tierra? ¿Porque me faltan hígados? No. Por su hija Mercedes; ¡si yo le contara!... Yo sé que la quiere usted y que ella también le quiere... no me lo ha dicho, lo he conocido. Bueno; pues ahora él se ha empeñado, me acosa como a un zorro al que le dan jumo, y ¡lo que es ahora, lo mato! Vamos al tanto de por qué lo digo: cuando *la cosa* suceda, dígame usted a mi prima que la única persona, la única, ¿oye usted?, que yo quiero que me perdone, es ella... no ahora: cuando pasen años que yo me haya muerto o ande roando por los presillos.

El médico quiso templar aquella crudeza de un alma exasperada, traerla a buen camino, hablán-

dole de algo mejor que todo ese agrio afán de sangre y de dinero.

—No, no. ¡Ahora lo mato! Con tanto así que hubiera hecho por mí, *cuando era tiempo*, le juro a usted, por éstas, que yo hubiera sido bueno. No digo que le quisiera... pero hasta le habría obedecido. Ya ¡se acabó!, usted no sabe de esto. Nacer en una casa sin un pan, no ver más que miserias y no oír más que berríos y siempre con la misma cantaleta... Quearse más solo que un hongo, sin oficio ni beneficio, y por toas partes, “¡anda allá, so ladrón!” “¡Largo de aquí, borrachete!”, ¡y ver al tío que trunfa y tira y jala y se gasta en un día lo que yo necesito pa tres meses! ¡Vaya una cochina joventú! Y pa remate de cuentas, esto de son-sacarme pa quitarme de en medio, como se quita un trasto que está estorbando, pa no oír el aullío de la casta diciéndole a toas horas: “¡So ladrón, suelta una parte!”

—Bien, sí; todo eso es muy triste. Pero ¿a qué matar? Usted es bueno... en el fondo. Seguramente. ¿Sabe usted para qué está el hombre en el mundo? Para trabajar. El trabajo es lo único digno, lo único decente. Trabaje usted, y cuando tenga usted un pan suyo, cómaselo a sus anchas, diciéndole a su tío: todo ese lujo es basura, ¡esto sí que es honra!

—Yo lo he pensao así muchas veces... pero ya es tarde. Me acosan, ¿no se lo estoy diciendo a usted? Estoy como apregonao... aondequiera que voy van a buscarme pa eso; pa afeitarme... y le digo a usted que ésa es grilla; que lo que es a mí no me afeitan.

—Pues a otra parte con la música. El mundo es grande y en todas partes hay trabajo. ¿No me ve usted? ¿Qué es lo que hago? Soy de allá lejos;

criado en capitales, acostumbrado a otra vida, a otro ambiente... ¿pero hay que trabajar? Pues a Venusta, al pueblecillo chico y enredoso, al terruño miserable donde se mata la gente por un ochavo.

—Usted sí, que tiene un título y los señoritos van a toas partes. Pero ¿aónde voy yo? A morirme por esos caminos; a dejar los cuatro huesos podríos en algún hospital, si no los deajo en la cárcel. Pa yo vivir, tiene que ser aquí, aonde como a un árbol sin fruto me plantaron. ¿No me dejan vivir? Pues mato. Y adiós pa siempre, que viene pacá el sereno y alguno vendrá por las espaldas.

Y Berrinches, con asombrosa agilidad, saltó la tapia de un huerto que había a su mano derecha y se perdió en la sombra, a punto que por un lado de la calleja asomaba el farol del sereno y por el otro se oían los pasos de alguien que venía en dirección contraria. Cogieron en medio al médico, y

—¡Buenas noches!—le dijo el sereno—. To se hizo como usted mandó y allá va el padre Baquero con los avíos.

—¡Buenas y santas!—agregó el alguacil, aquel de los arañazos, que traía un retaco debajo del brazo y una bufanda liada al cuello.

—Vaya, acompañaré a usted—dijo el sereno.

Y el médico se lo agradeció bastante, porque no le sabía bien quedarse en aquella solitaria calleja con un animal que traía el retaco cargado de rencores.

Al salir del callejón, dijole el sereno:

—Era Berrinches, ¿verdad?

—Berrinches era.

—Pues una cosa le digo a usted y usted lo tome como quiera.

—¿Cuál?

—Que no ande usted mucho con Berrinches por las callejas.

—¿Por qué?

—Por na...

¿De modo que era cierto lo que decía Berrinches? No era manía persecutoria, sino convencimiento de la realidad lo que le hacía andar a salto de mata, huyendo como si *estuviera apregonao*. ¡Qué abismos! Estaba condenado a muerte por su tío y él apelaba ante el mismo Tribunal... ¡el de la fuerza, el del crimen! Una y otra sangre venían del mismo vaso... Y todo esto pasaba a la faz del mundo, a la luz del día, como un incidente natural de esta cacería de hombres en que el más fuerte o el más astuto lleva el gato al agua...

Al pasar por la puerta del casino, oyó un coro estúpido de carcajadas. De seguro andaba por allí Currito, el conserje, haciendo de las suyas. En la botica oyó una discusión acalorada... habían dado un *codillo* infame, una chambonada que clamaba al cielo. El padre Baquero no estaba allí, salió hacia un buen rato *con los avíos*, como dijo el sereno. Estaba encaminando un alma hacia las alturas eternas, enmendando en lo posible la crueldad humana que dejaba morir a los hombres, abandonados como los perros.

—¡Qué mundo éste!—iba pensando el médico—. Y ¿no habían de levantarse hasta las piedras? ¿Es posible seguir así? ¿Llegará el tiempo en que la Teología se traslade a la Numismática? ¿El vil ochavo, roñoso y todo, ha de ser el *Deus ex machina* de esta sociedad podrida desde los cimientos? Pues a no asustarnos de crímenes; a tomar la fuerza como elemento social y a escribir en las tablas del Decálogo nuevo el *¡Væ victis!* como uno de los preceptos más piadosos.

Estaba tío Francisco sentado en el suelo a la puerta de la choza remendando y aderezando una albarda. Era aquélla una elegante choza, con su tronco de pino en medio, sus tapiales alrededor, sus camastros de estacas rellenos de hojas secas y bien olientes y su fogaril de barro que iba curando al humo el techo, los palos y todo el menaje de la rústica vivienda.

—Pa mí y el zagal, como si fuera un palacio.

Como la puerta daba al mediodía, se entraba el sol que era un contento; y como la edificaron en la loma más alta, al abrigo de los recios pinos, desde allí se veía medio mundo. Venusta, con su blanco caserío, parecía un racimo apretado; al lado allá las lomas negreaban: eran las últimas que caían hacia el mar por encima de Oblita. Saliendo del pueblo se veía el camino amarilloso que luego se bifurcaba y más adelante se dividía en veredas, en sesmos, en angostos carriles, como un río cuando vamos hacia sus fuentes. A la mano derecha, allá en lo hondo, serpeaba una cinta blanca que era la carretera; al otro lado, o sea por donde nace el sol, se descubría a trozos la línea

férrea, estrecha y económica, que como una arteria floja llevaba y traía perezosamente la blanda palpitación del comercio humano.

Tío Francisco se quedó parado al oír un tiro de escopeta, que sonó un poco lejos, a espaldas de la choza.

—¡Dos! En el tomillar ha sío...

Y volvió a su faena con una perfecta indiferencia de pastor acostumbrado a vivir en aquellas amplitudes bravías del campo. A poco oyó unos pasos que conocía de sobra, y no alzó la cabeza hasta que por un cabo de la choza apareció Berrinches con la escopeta al hombro y una pitorra y un conejo pendientes de su mano.

—¡Se iba a ir, tío Francisco!

—Anoche con la luna lo vide y mia tú si te dije aónde podrías matarlo.

—La pitorra pa usté—y se la tiró sobre la albarda—. Su peseteja vale.

—Pa mí no vale na; quiero decir que vale mucho, porque va pa en ca el ama esta noche. ¡Pochito que agraece ella estas cosas pa ver si el crío come!

—¿Echó ya el rebujo fuera el chiquillo de Mariquita?

—¡Qué ha de echar, si ahora es cuando yo creo que está malo! Se lo dije, digo, dame el zagal que me lo lleve a la choza. No procures por él en to el tiempo que yo lo tenga y antes de que se acabe el mes de las ánimas te lo traigo hecho un becerro. ¡Vaya si va hecho un becerro! Con estos aires, este tufo de juncias abajo y de los pinos arriba, los calentones del sol que se meten en la carne, cuatro tragos de agua de la fuente blanca, pan con aceite a toas horas, de cuando en cuando un conejo asao con tomillos y con mastranzos y aluego

las carreras que dé con el ganao, y no le conoce la mesma que lo parió.

—No quedría.

—¡Qué había de querer! Me puso de bruto... y yo callao. Porque esa Mariquita tiene un ángel y es más buena que el pan.

—Sí que lo es. Tiene así un relumbrón de fantesiosa que luego se quea en na.

—Si la hubías visto hogaño haciendo quesos conmigo... y eso que yo le había faltao por mor de mi mujer. A las mujeres hay que tirarles el cayao como a las cabras cuando se encaraman pa allá arriba... Total: que con el aquel y al tanto de que el hijo no fuera a servir, servimos a tu tío, a ese don Larán-larán o don nadie, que es el mandón por lo que respeta al pueblo.

—Mire usted qué tripas tiene.

—Mu malas, hijo, ¡mu malas!

—Si le digo a usted las que tiene el conejo. Está ensebao.

Y después de abiertó y rebañadas las entrañas, comenzó a desollarlo con la presteza del que sabe lo que hace.

—¿Aónde partimos esto?

—Espérate, voy por el barreño.

Y tío Francisco sacó un plato de Talavera, un cuenco verdoso con garabatos amarillos, lo limpió con agua, meneándola en redondo, y en seguida lo dejó en el suelo.

—Agarre usted ahí.

Y con la navaja bien afilada fué partiendo el conejo, en tantas presas como los cazadores saben.

—Lo que es éste no alza más el rabo a la luna.

¡Bien que saltaba anoche!

—Pues verá usted los saltos que da luego en la

barriga. A salarlo y en seguida a la candela con él.

Mientras tío Francisco entraba y salía ocupado en estos menesteres, Berrinches, con la mano puesta sobre las cejas para hacerse sombra, se quedó un rato mirando allá al camino aquel amarilloso que salía del pueblo.

—¡Ajo! Como si yo fuera un gazapo.

—¿Qué estás mirando?

—Tío Francisco, lo que es el conejo no lo como ya... por una cosa o por otra. ¿Ve usted aquello que negrea por el repecho de la ermita?

—Son dos. Uno a caballo, el otro a pata.

—Pues verá usted cuando lleguen a la era del Gallo... ¿Lo está usted viendo? El guarda repuja por lo derecho; el alguacil se aparta por el sesmo pa caer por ahí por dentro del pinar. Vienen de caza... ¡anda salero! Como si el venao que ellos buscan no tuviera buenos vientos.

—Mira, por sí o por no, amóntate en el pinar. Como no traigan perros no te encuentran.

—¡Y luego dice usted! Las asaúras tengo que comerme... ¡si no me dejan! ¿No estoy aquí con usted? ¿Le faltó a naide? ¿Me he metió con naide? ¿No ando cazando un bicho pa mantenerme? ¿Por qué me acosan como un zorro? ¿Quieren quitarme de en medio, sea como sea? Pues arrieros somos y el camino andamos. Tío Francisco, deme usted la escopeta y hasta más ver.

—Eso sí que no. La escopeta no. Es del ama, y aunque no lo fuera. Na de matar al prójimo. Si te ves apurao, dos pedrás o un garrotazo seco. Si quiera así matarás como la gente.

—Bueno: pa el pinar me voy; pero si oye usted un tiro allá dentro, vaya usted a recoger lo que haiga quedao: a mí o al otro.

Y se agachó para recoger una cosa que estaba a la vera de los tapiales.

—Tío Francisco, me llevo el rayo.

—Llévatelo; ése no tiene más que un golpe.

Y se llevó para el pinar una piedra verdosa, ancha de un extremo y picuda del otro, que parecía un lagarto hinchado. Una hermosa hacha de diorita, pulimentada por el hombre de las cavernas, el arma prehistórica que la reja del arado había devuelto al hombre para que siguiera defendiéndose. Los campesinos creen que estas piedras son los rayos que caen y se enfrían en la tierra.

Tío Francisco echó los aliños al conejo, cubrió toda la carne de agua y puso al fuego la cazuela. Después volvió a sentarse a la puerta, cogió la albarda vieja entre las piernas y, cose que cose, silencioso e indiferente como un indio, se estuvo así hasta que, al cabo de un buen espacio, oyó las pisadas de un caballo que casi se le echa encima.

—Dios guarde a usted, tío Francisco, y la compañía.

—¿Eres tú?

—El mismo—dijo el guarda de campo apeándose de un brinco—. ¿Cómo andan estos alreores desde la última vez? Vaya tabaco.

—Lo mesmito que los dejastes. Aquí no ha pasado na. Digo, miento, que se me han reventao dos ovejas con las rociás.

—¡El ama tiene!

—Eso digo yo: que el ama tiene.

—Así tuviéramos nosotros la mitá.

—Con algo menos te contentarías, ¡carrizo!

—¿Tiene usted candela allá dentro? Voy a encender.

—Entra, hombre; y no te equivoques con la ca-
zuela, que el bicho todavía está verde.

El guarda entró, y a juzgar por lo que trastea-
ba, más parecía registrar que encender el cigarro.

—Y, diga usted, ¿por casualidad no ha parecido
por aquí ningún ropasuelta, vamos al decir, algu-
no del pueblo que viniera roaizo?...

—Alguno del pueblo, sólo y así como dices...
me parece que..., sí: no... yo he visto alguno, qui-
zá fuese ayer. Ya me acuerdo. Sí; vide al Sacris-
tán que iba a las viñas.

—¡Buen lagarto está usted, tío Francisco!

—Tos semos algo; a mí me habrá tocao ser **eso**
que dices.

—¿De modo y manera que por aquí na?

—Na.

—¡Buen tiro! ¿Esta pitorra la mató usted vo-
lando?

—Mia tú lo que son las cosas y lo que los años
hacen. ¿Quedrás creer que ya no me acuerdo si la
maté volando, naando o arrevolcándose? Se me
figura que estaba al sol con los espejuelos pues-
tos leyendo un papel cuando le aticé candela.

—Pues buen provecho. ¿A que toma usted por
ella cinco reales?

—No, porque se la voy a dar al alcalde pa que
me traiga al hijo.

—Ya vendrá... ¡como vienen toos!

—Pué que le pase lo que al hijo de la tía Ala-
mo: anocheció y no amaneció... ¡que críe uno hi-
jos pa esto!

—Este es el mundo.

—Verdá que sí. ¡Puñalero mundo! No sé cómo
no se junde.

Y los dos se quedaron pensativos, como hacien-
do consideraciones filosóficas sobre la maldad del

mundo. El guarda, al cabo de un rato comenzó visiblemente a impacientarse.

—¿Qué tienes, hombre?

—Na. Que espero a un amigo.

—Si quieres, mira si está blando aquello y toma una presa.

—No tengo gana.

—El amigo ése, ¿anda cazando?

—Cazando anda.

—Mia tú, ¡si yo no mato la pitorra, cómo me la espabilan! ¿Por qué lao anda?

—Por el pinar andará a estas horas.

—Ahí, como no sea algún rabúo...

—Le da por los rabúos.

—¡Gusto más raro! Ca loco con su tema. También podrá matar algún gato. Digo, si le da por los gatos.

Y pasó más de una hora. Tío Francisco fué por la burra, que la tenía amarrada en un rellano; la trajo cabeceando y haciendo sonar la esquila, con un son apacible y dulce, que se esparcía por aquella cumbre templada por el sol, que ya caía en su ocaso. El guarda seguía sentado en un troncón, a la puerta de la choza, con la escopeta sobre el muslo, tirando chinarrros a un pinabete que tomaba por blanco... Mientras el viejo aparejaba la burra para que el zagal fuese al pueblo, retumbó una detonación en el pinar, que ya principiaba a estar oscuro. El guarda dió un salto y se quedó escuchando.

—Ese es el amigo. Pue ser un rabúo, o pue ser un gato... singún por lo que le dé—dijo tío Francisco calmosamente.

El guarda se impacientaba, mudaba de color y siguió esperando. Pero el amigo no parecía.

—¿Sabes lo que te digo? Que el amigo ése

debe haberse perdido... Tarda y el tiro no ha sido mu lejos. Vamos a recoger lo que haiga quedao.

El guarda, que no tenía muchas ganas de ir solo a meterse por aquellos huecos húmedos y sombríos, aceptó la oferta de tío Francisco, echóse la escopeta al hombro y...

—Vamos andando, que pa luego es tarde.

—Espérate una miaja, que amarre la burra. Vamos.

Y los dos internáronse en el pinar, lleno de sombras. Caía de lo alto una frescura húmeda que calaba los huesos; resbalaban los pies en la alfombra de filamentos secos que cubría el suelo, y como las raíces se entrelazaban dejando oquedades subterráneas, los pasos resonaban como si anduvieran sobre tumbas... ¡Nada más triste que un pinar a la caída de la tarde! Tira por aquí, anda por allá, llegaron a un claro, hecho en el bosque por la última corta, y allí, casi en medio, vieron negrear algo como un rebujón de trapos.

—¡Ha sido gato!—dijo tío Francisco, dándose la de buena vista.

Pero el guarda, que la tendría mejor, echó a correr escupiendo interjecciones.

—¡Corra usted! Me paece que está muerto... ¡Ese pillo, ese granuja ha sido!

—¿Quién? ¿Pero esto qué es?... Toma, ¡el alguacil! ¿Este era el amigo?

El alguacil era. Tumbado sobre el lado derecho, con las piernas encogidas y la cabeza sobre el brazo, ni tugía ni mugía ni daba la menor señal de que estuviese vivo. El lado izquierdo de la cara, desde la sien a la mandíbula inferior, lo tenía magullado, hinchado, negro, mordido por el porrazo, hecho una carnaza; a un lado estaba el sombrero, al otro yacía el retaco descargado.

—Pedrá ha sío—dijo tío Francisco examinándole—; un garrotazo no coge tantò.

—Por aquí andarà la piedra.

Y se pusieron a buscarla como quien busca una moneda de cinco duros. Nada. En todo el pinar había una sola piedra capaz de haber causado aquel destrozo.

—¡Paece esto cosa de encanto! Y el caso es que hay que llevársela al juez.

—Si acaso, que el juez se pase sin ella, ¿no te paece? Porque aquí, como no pintemos una...

Después buscaron el rastro de la bala. Estos detalles son interesantísimos cuando hay que dar una declaración.

—Figúrate que éste estaba así... Bueno: busca por allá. No hay más que ver cómo ha caído éste. ¿La encuentras?

—¡Aquí está!

—¿No había de estar?

En el tronco de un pino bastante viejo vieron, tangente a él, la huella fresca de un balazo, que sacó una viruta de corteza de más de un palmo.

—Bueno: ya sabemos que ahí se escondió el tal. ¿Ves el jundío de las patas?

—Aquí está señalao, tío Francisco.

—Pues no lo toques y vente pacá. A llevarnos el muerto o el vivo, que sólo Dios sabe lo que esto será.

—¿Usted sabe quién lo ha matao? Berrinches.

—¿Sí? Hombre, ¿y tú cómo lo sabes?

—Es una figuración.

—Pues yo tengo otra figuración. ¿Sabes qué lo ha matao? Un rayo.

—¡Que no estamos pa bromas! Usté será testigo de que lo esperaba pa matarlo *uno* que es-

taba ahí escondido, y que soltó el lapazo y lo tumbó conforme está.

—Justamente. Y después del lapazo, éste apuntó y tiró y en seguida se tomó un refresco. A ver, ponte tú ahí con la escopeta, deja que yo te suelte otro en el mismo sitio y después me tiras. ¿Quién te figuras tú que tiró antes, el del retaco o el de la piedra?

—Si vamos a decir las cosas como son, el del retaco.

—Pues yo no las digo más que como son, ¡inocente! El que quiera líos, que se moje el traste.

—Casi va usted teniendo razón.

—Y luego, ¡la curia! Anda con ella. Verás la que se arma. ¿A qué hora pasó lo que pasó? ¿Dónde estaban ustedes? Hola, ¡conque el guarda tenía escopeta! Vaya; pues pue ser que el guarda soltase el tiro y tío Francisco la pedrá. ¡Si no había naide más que ellos! Y si no, que digan quién fué...; tenían que verlo; eso, porque sí. A ti te dice Larán-larán: no tengas cuidao; verás cómo te saco. Lo mesmo que me decía del hijo..., ¡y por eso que no fué a servir! A mí me dice Mariquita León: yo te conozco, sé que eres honrao y no te apures, vete a la cárcel, que aquí estoy yo. Y ¿sabes lo que nos pue pasar? Que los dos nos pudramos los huesos en la cárcel, y luego *¿a mí, qué?*

—¡Ajo!, que está usted hablando como un libro.

—Este no se menea..., decimos la verdá. Que lo encontramos así: que se resbalaría y se daría con la jeta en un pino de éstos, y que al jocular se le escaparía el tiro..., que así pudo ser. Si revive, que él cuente las cosas, y su alma su palma.

—Que sí, que sí, y que ése es el evangelio. No hable usted más, tío Francisco, y bastante tiene el

hombre que sirve a cuatro... y no hablo más. Agarre usted por las patas y yo por la cabeza y a sacarlo al raso; lo terciaremos en la burra, y aquí no ha pasao na... na más que este infeliz soltó la pelleja pa dar gusto a... ¡que Dios nos perdone a toos!

—Amén.

Y cogieron al alguacil, que no era muy liviano, y emprendieron la marcha entre dos luces. Iba el muerto o herido formando con su cuerpo un cucharro; el tío Francisco llevaba puesto encima del suyo el sombrero de la víctima, y el guarda llevaba el retaco. A medio camino comenzó el alguacil a roncar y a dar resoplidos.

—Lo que yo te dije: como está vivo, que él lo cuente. Nosotros, na.

—Ande usted pa lante, que me ha echao usted un puñao de luz en la mollera.

—¡Bastante falta que le hacía!

Salieron del pinar. Ya en la choza, el alguacil comenzó a quejarse con un clamor flauteado: parecía un niño chico. No hablaba; a lo que le preguntaban decía que sí o que no con la cabeza, pero sin tino, como quien está alelado. Pusiéronle un pañuelo bastante sucio tapándole el porrazo y lo terciaron en la burra; llamaron al zagal para que fuese al cuidado, y, montando el guarda, echó el triste convoy camino abajo en demanda del pueblo.

Entró tío Francisco en la choza, y acudió primeramente al guiso, ya casi frío sobre las mortecinas ascuas. Partiendo ramas y metiéndolas estaba en el fogón, cuando un bulto quitóle la claridad que entraba por la puerta.

—Tío Francisco, lave usted ese chisme y no lo

pierda usted de maneras ningunas, que ya ve usted cómo ha servio.

—Entra, Berrinches, que no creí que tuvieras la mano tan dura, condenao. Lo has dejao hecho una torta.

—El se lo buscó. Yo le vi venir con el retaco, y al verme dice: “¡De ésta no te escapas, so ladrón!” Doy un brinco como el de un gato cerval y me estampé detrás del pino. A esto, ¡pum!, las cáscaras me rociaron la cara. Bueno; asomo la jeta y lo veo cargando, y le digo: “¡Tú sí que no te escapas, sinvergüenza!” Y, ¡pam!, el rayo en la misma carátula. Cayó como un toro... En seguida recojo el lapo y dije: “¡Pa el otro!” Y me subí al pino más alto. Desde allí vi la faena, y cuando ustés cargaron con la res, y aquí estoy con más hambre que un lobo. Menee usted esa candela, que pa comer me darán tiempo.

Y soltó el hacha de piedra, ensangrentada otra vez al cabo Dios sabe de cuántos siglos. Aquel arma tosca, labrada por el hombre de las cavernas y devuelta al mundo por la reja del arado, seguía realizando su destino eterno, aplastando, matando, defendiendo, interviniendo en las cruentas luchas del interés y la familia.

—Ya está esto. Arrímate y a ver cómo lo escondemos mu jondo.

Y entre los dos se comieron el conejo tranquilamente, con unas ganas que les hacían mondar los huesos.

Cuando acabaron, Berrinches salió liando un cigarro y dió algunos paseos por delante de la choza. La luna iba asomando por encima del pinar, y sobre su disco de plata el ramaje parecía una blonda negra que el viento movía. No tardó

en rebasar la masa ondulante y comenzó a subir derramando luz por aquellas cumbres que parecían estremecerse. Allá abajo, la neblina azulada borraba los contornos de las cosas, y detrás de esa niebla que subía del terreno brillaban las luces de Venusta como estrellas pálidas cuyo fulgor se bebía el ambiente.

—Me voy, tío Francisco. Ahora vendrán los civiles en cuanto el otro haiga hablao. Tantas gracias por to y que no falte salú.

—Llévate el rayo.

—No. Ahora la cosa se va a jugar con otro rayo: ¡con éste!—y sacó a relucir una daga hecha con medio estoque, que parecía una aguja de coser albardas—. Con éste, ni sangre ni escándalo, ni na... mata como las víboras; un saetazo, y en paz.

Y aquella aguja relumbró un momento a la luz de la luna, con un resplandor blanco que se perdió en el aire.

—¡Berrinches, no seas bruto! Deja roar la bola y viva la gallina con su pepita.

—¡Hasta más ver! Paecé que se me ha quitao un peso de encima con pensarlo sólo... Lo que es los titeres de esta tarde en el pinar no vuelven a hacerse.

Y ya vereda abajo, entre los resbalones que daba al llegar a la sombra, oyó el tío Francisco que Berrinches, como para darse ánimos, remedaba la voz de la abuela enfurecida: "¡Mátalo, mátalo como a un perro!"

Los altos pinos, movidos por una ráfaga de viento, despidieron un son quejumbroso, en tanto que la luna subía por aquella cuesta azul en que brillaban algunas constelaciones. Allá en lo

hondo cantaban las ranas, y en el pinar, oscurísimo, un mochuelo; los velos ondulantes de la niebla subían enredándose en los árboles, envolviendo mansamente aquella choza, que sudaba humo...

X

Contra lo que el médico creía, no le hicieron indicación alguna sobre el estado legal del alguacil, tumbado de largo a largo y, a juzgar por las señales, entre la vida y la muerte. Por esta vez, Berrinches estaba perdido: con dos causas encima y un auto de prisión a rajatabla, no tardaría en caer. Aquel honrado y pacífico vecindario estaría muy pronto libre del eterno perturbador. Y con esta seguridad y confianza en la humana justicia, las "clases directoras" pudieran entregarse buenamente a ciertos trabajos de regeneración... Habían puesto de moda esa palabra, y todo el mundo no pensaba más que en regenerarse. Y como llegasen ciertos cartapacios con programas y recetas, bien así cual si preparasen los pañales para envolver la España nueva que había de nacer presto de aquella preñez angustiosa, alborotáronse grandemente los caciques.

—Esto me huele a partido nuevo—dijo Brevas.

Y Larán-larán contestó asintiendo:

—Partido nuevo y con agarraderas.

—Por sí o por no, bueno es que nos agarremos

nosotros. Nada se pierde con hacer otra ceremonia.

—Y ¿a quién ponemos?

—Pues... mira, al Sacristán sé yo que no le sabría mal hacer la figura. Después coges a los que te parezca; metes a mi yerno y al maestro de escuela para hacer bulto... y formamos la junta, ¿no es eso?, la junta de regeneración, o como haya que ponerle.

Y por eso, una de aquellas noches hubo reunión en la casa capitular. Desde el casino veían ir y venir a los regeneradores, y los pollitos tenían con esto su migaja de regodeo. Uno de éstos, que cencerreaba en el piano trozos de zarzuelas chicas, preguntó con chuleo a Currito:

—¿Cómo se llama eso que están haciendo allí?

—Tapas y medias suelas.

Tapas y medias suelas serían, pero no carecieron de solemnidad. El secretario, en uno de sus períodos lúcidos redactó el acta de una reunión imaginaria, decorando los conceptos patrióticos con todo el lujo de floreos retóricos que pudo haber a mano. Después fueron llamando a éste y al otro, y "firma aquí". En cuatro palabras los ponía el secretario al corriente, y los firmantes se reían a boca llena, con esa risa sanota que arrancan siempre los disparates.

—¿De manera que yo... soy ahora de otro partido?

Y firmaban torpemente, diciendo en voz baja las letras antes de hacerlas, con el pulso temblón, como hecho a esgrimir más pesada herramienta que la pluma.

—¿Estoy despachado?

—Despachado, tío Fulano.

—Ea, pos que haiga salud y a ver si rempuja pronto ese partido.

Así nació en Venusta la primera junta para la regeneración del país.

Claro es que Mariquita León no tomó carta en este juego. La respetaban..., por su parte guardaba bien una de las cláusulas del pacto, no dando un solo céntimo a Juanito *Sinsal*, que daba saltos como galgo hambriento. Amén de esto, el chiquillo seguía malo, en una convalecencia lentísima, en que más bien que adelantar, se consumía. El germen morbosos en que fué concebido parecía desarrollarse en una sigilosa explosión orgánica que lo invadía. En vano querían darle sangre: aquella naturaleza blanda y fofa se declaraba en rebeldía burlándose de esos esfuerzos.

—¡Qué hacer, Dios mío!

Cuando se acabó el ir y venir y firmar, el secretario expidió certificación del acta en que constaba que todo el pueblo, loco de entusiasmo, había concurrido a elegir la junta. La certificación y una expresiva carta fueron enviadas a cierto personaje que traía entre manos eso de la regeneración a plazo fijo.

Larán-larán habló con el secretario de la causa que a la sazón instruían contra su deudo Berrinches por lesiones al alguacil, delito que a la vez envolvía el concepto de desobediencia y resistencia y atentado..., por cuanto el susodicho agente iba aquel día por orden y mandamiento de la autoridad...

—Ya se pasó al Juzgado la certificación aquíella y el parte de conducta: no tenga usted cuidado.

—Bueno, no se entretenga usted esta noche en el casino; por la mañana lo espero con esos libra-

mientos que le dije. Hay ahora unas rachas de moralidad que, larán-larán, yo me entiendo.

—¿A qué hora?

—Vaya usted a las nueve. ¿Qué hora es?

—Las diez y media.

—No se ve un alma. Parece de madrugada.

—Echa adelante—díjole al sereno que lo aguardaba sentado en el umbral.

Todavía insistió cinco minutos en hacer advertencias al secretario, mientras éste cerraba la puerta y se guardaba la llave en el bolsillo.

El sereno siguió andando por un costado de la plaza, llegó a la callejuela de la torre que tiene unas dos varas de ancho y estaba oscura como boca de lobo, por la sombra que daba la iglesia. Y como no oyera los pasos del alcalde se paró a la mitad de la calleja, frente a un "pie de amigo" que reforzaba el muro, junto al que había un gran montón de piedras sueltas. Sacó un cigarro, abrió el farolillo, se lo arrimó a la cara y encendió a grandes chupadas. En esto oyó pasos, cerró el farol y siguió andando, dejando el callejón en profunda oscuridad.

Larán-larán sintió su migaja de recelo al entrar por el tubo negro y en curva; pero vió allá, al otro extremo, el resplandor del farolillo alumbrando un trecho de las tapias, y, con súbita entereza, como quien va seguro, entróse para allá dando con la contera del bastón sobre las piedras. Al llegar frente al pilar en talud, vió salir de la rincónada uno a manera de tigre que saltó y se le echó encima.

—¡Qué es esto! A ver, ¿quién eres?...

En aquel instante lo conoció. Despedía una especie de luz lívida aquella cara descompuesta, que aun en medio de la sombra se veía.

—¡Berrinches!... ¡Tú!

—Cállate... ¿creías que no? Ya sabes lo que siempre me han dicho: ¡mátalo!

Un momento forcejearon. Berrinches alzó el puño, lo bajó y salió huyendo pegado a la pared, como una sombra, sin ruido. Larán-larán quedóse como atontado.

—Me ha dado un porrazo... Menos mal; creí otra cosa. Y esto me quema... Bah, no será cosa...

Y quiso andar; entonces sintió que las piernas se le blandeaban, como si fuesen de trapo; le vino un sudor frío, algo como un aura mortal que le vaciaba el cráneo.

—¡Ah, qué es esto! ¡Pepe... Pepe!

Y él sabía que con aquella voz no podría oírlo, y seguía llamando con una especie de gemido que pasaba con suma dificultad por su boca pastosa. ¿Acaso iba a morir así, tendido en la calleja, víctima de aquel accidente que no podía ser efecto de un simple porrazo? Llevóse una mano al sitio en que le escocía, y la sintió mojada en un líquido tibio que comenzaba a enfriarse. Entonces le pareció que le apretaban las sienas con una cinta de hielo: un zumbido espantoso lo aturdí... Quiso mover los brazos y no obedecieron, como si fuesen de otro... Las tapias, la iglesia, el pedazo de cielo estrellado, que con la luz de la luna parecía verdoso, comenzaron a girar hacia la izquierda con un movimiento lento, como resbalando..., y Larán-larán se quedó inerte, sin saber si vivía o estaba muerto; minutos, horas, siglos...; el pensamiento parecía que le pasaba impreso en una cinta por debajo de la frente, con una rapidez que daba vértigos.

—¡Voy a morirme!—pensaba.

Y en seguida acordóse de cómo firmó un ganapán el acta de la junta regeneradora, comiéndose dos letras del apellido... Y del chiquillo del Sacristán, que estaba feísimo con la nariz hinchada. Y vuelta y pasa y torna..., aquello aturdió. En medio de aquel laberinto, en que los sesos parecían una devanadera; tenía momentos de reflexión.

—Me voy a morir ¡y estoy tan fresco! Ni me apuro siquiera. Al contrario, parece que estoy mejor, porque no peso nada, como si estuviera en el aire. ¡Pero qué frío!... El de la madrugada ha de ser. ¿Qué pensarán en mi casa? ¡Cómo estarán de tranquilos!

Y a este recuerdo sintió una congoja que le quemaba el pecho.

—¿Por qué he de morir? ¡No quiero! Y menos así... como un animal. ¿Por qué me abandonan? ¿No me ven? ¿No me oyen? ¿Así dejan a la gente horas y horas mirando a las estrellas y desangrándose en la calle?

En esto vió cómo las tapias se iluminaban y oyó unos pasos...

—¡Al fin llega un alma! A poco más amanece.

Era el sereno, que volvía sobre sus pasos no viendo al alcalde tras de sí. Hacía dos minutos que Berrinches hundió la daga y salió corriendo. El espanto del sereno al ver a Larán-larán tendido en el suelo, pálido, inerte, ensangrentado, se tradujo en un temblor que hacía bailar el farolillo. Después pensó prudentemente que debía llamar, que no era bueno que le encontraran sólo con aquel muerto delante... Y ya se marchaba cuando Larán-larán angustiosamente lo llamó:

—¡Pepe... a mí! Cállate... no escandalices...

Sentía como una especie de rubor, no quería

que lo viesen así, ensangrentado, agonizante. Y por un verdadero esfuerzo de voluntad emprendió la caminata, medio colgado del cuello del sereno. Lo que quería era huír de aquella calleja infame que ahora le causaba horror. Pero no pudo ni aun llegar a la plazoleta. El sereno sintió que aquel cuerpo pesado se le escurría. ¿Se le iría a morir entre los brazos? Dió voces, pidió auxilio, con unos gritos que ponían el pelo en pie, y de aquí y de allí acudieron; el clamor llegó a las nubes. Trajeron una silla, acomodaron al herido y lo llevaron en lúgubre procesión hacia su casa. En un minuto cundió la noticia.

—¡Berrinches ha sido! ¡Berrinches ha sido!

A todo esto, Larán-larán no había dicho a nadie una palabra; pero el suceso *estaba descontado*, como entonces se decía.

Cuando el rumor llegó a casa del herido, la rebufina fué espantosa. Sus hijas pusieron los gritos en las nubes y se arañaron la cara. El novio de la mayor, que tenía el cuerpo muy corto y las piernas larguísimas, por lo que parecía andar en zancos, quiso hacer una hombrada aparente al caso, y tiró de una faca, con la que amenazó "al cielo, a la tierra y al abismo", sin otro resultado que la amenaza. La entrada de Larán-larán en su domicilio fué todo lo solemnemente escandalosa que podía esperarse de una multitud que rivalizaba en el deseo de mostrar su dolor por todos los medios exteriores de que Dios nos ha dotado. Llamaron al médico.

—¡Ese tiene la culpa! ¡Si hubiera hecho lo que mi pobrecito padre quería!...

—¡No estaría ese mal bicho suelto para traernos esta desgracia!

—Mi padre se pasaba de bueno... ¡Ahí lo tiene!

—¡El médico, el médico tiene la culpa!—clamaban a coro las dos hijas, las criadas y alguna que otra vecina de las que se van con la corriente.

Aquí tuvo otro arranque el zancaslargas del novio, que volvió a sacar la faca "para partir al médico en dos pedazos". Espantáronse las mujeres, chilló la novia, arremolinóse el concurso... En esto entraba el médico.

—Bueno—dijo el bravo—; ahora, que lo cure. Ya hablaremos después.

Y se guardó la inofensiva herramienta.

Tendido en la cama estaba Larán-larán con el busto al aire, enseñando el agujero chiquito, apenas coloreado por la sangre, que muy lentamente salía como rezumándose por aquella angostura traidora. El golpe fué certero, sobre la tetilla derecha, y, como había dicho Berrinches, la aguja mordió como las víboras: "un saetazo y en paz".

En pos del médico entró un grupo en la alcoba.

—A ver, ¿qué es esto? Aquí sólo los que hagan falta, y poco ruido.

Tuvo que imponerse, con ese gesto breve del médico que entra en funciones. Miró al herido y después a Mercedes que, tan pálida como su padre, le calentaba las manos; quería calentárselas, porque ella también parecía agonizar con otro agujero en el pecho...

—Alumbre usted así. No, que usted tiembla mucho.

Larán-larán tenía copiosos sudores fríos que corrían por el torso; el rostro estupefacto, la boca pastosa, en que se desmigajaban las palabras; en los ojos turbios pintábase una espantosa expresión de miedo, de un miedo infinito a la muerte, que la sentía filtrándose hasta en los tuétanos, amarrándolo con lazos sutiles, poco a poco, cada vez

más... Sentía en el pecho como el peso de un pedazo de roca fría que alguien fuese apretando mansa e implacablemente, y entre estas congojas la sensación de una leve gota de agua hirviendo que se movía allá dentro, en lo hondo, quemándolo un punto de los pulmones, como una chispa encendida que cae en un plano de hielo.

—¡Muero!—dijo al médico, que estaba sonriendo.

Y lo dijo con la esperanza de oírle decir que no, con la necesidad de una afirmación reanimante, como quien tira un cabo a las rocas por ver si agarra.

—No, no. Esto no es para tanto. Anímese usted, no tenga miedo.

·Pero ahora desconfiaba.

—Me lo dice por obligación. ¿Por qué entonces este peso y esta congoja fría? Yo no lo sé, pero así deben ponerse los que van a morir... No puede ser de otra manera...—Y como sintiese que con el pánico le volvía aquel rodar sin tino del pensamiento por debajo de la frente, se puso a pensar cosas absurdas, apenas anunciadas sustituidas, al mismo tiempo que mirando las vigas del techo las contaba de un modo mecánico y regular, una, dos, tres...

Alarmaba al médico aquella postración casi comatosa del herido. Después de sondar hizo la cura con escrupulosidad, conforme a todas las reglas, con el afán nobilísimo del profesor que tiene que rendir un tributo a su conciencia y otro a la suspicacia vulgar y aviesa de las gentes.

Dos o tres veces vinieron a interrumpirle.

—Que está ahí el Juzgado.

—Primero es esto.

Y recetó y explicó a Mercedes la dieta que ordenaba.

—¿Lo está usted viendo? Lo que me daba el corazón—decíale con los ojos la triste criatura.

—Lo menos posible—dijo don Jacinto al juez, a punto que con el secretario entraba en la alcoba.

Principiaron las diligencias.

—¿Quién fué?

—Berrinches.

Quiso recordar toda la escena... No le dejaba aquel pasar de cosas sin sustancia por la memoria.

Cuando Brevas llegó con el secretario del Ayuntamiento, el Sacristán y hasta una docena de amigos, ya estaba allí el padre Baquero.

—¿Qué barbaridad ha sido ésta? Tanto va el cántaro a la fuente...

—Esto ha sido—contestó el novio, en nombre y representación de la familia doliente—que cuando a los pillos se les deja sueltos, porque en un pueblo no hay justicia ni na, los hombres honrados no pueden salir a la calle: ¿se va usted enterando?

—Oye, tú, procurador: ¿quién te dió el título? Que te devuelvan el dinero, hijo, porque tú no sirves para estas cosas. ¡Mire usted qué filosofazo nos ha salido en un dos por tres!

—¡Ay, qué desgracia!—lloriqueaban las hijas del herido.

—Pero, ¿cómo ha sido?

Y se pusieron a contar por vigésima vez cómo trajeron a su padre, lo que dijo al entrar, lo que ellas plañeron por la calle mesándose los cabellos, lo que el vecindario gritaba, sin olvidar el arranque heroico de Constantino, que faca en mano parecía querer comerse al mundo y hacer chorizos del médico.

—¡Ojalá y hubiese yo ido detrás de tu padre!

—consideróse en el deber de decir el bravo aludido.

—Bueno, sí. El caso no es para andar diciendo tonterías. Si tú vas detrás, te lo pasas por entre las zancas, y de un salto te comes la calleja. ¡Que no te conocemos! ¿Vas ahora a estudiar para valiente? Pues que te enseñe el Manquillo, el que te dió el piporrazo.

—¡Maldito sea!...

—Voy a ver a ese hombre.

Y como le advirtieran que acaso le alteraría su presencia, empezó el padre Baquero a amostazarse.

—¡Como si él fuera un chiquillo que no supiera las cosas! ¡Vaya unos remilgos! ¡Después que se viene a las casas para hacer favores! ...

Y entróse para allá sin que nadie fuese osado de ponérsele por delante. Ya en la alcoba sintióse sobrecogido por aquel cuadro. A la luz de la lamparilla, que apenas alumbraba, vió la figura inmóvil del herido aquel que hacía pocas horas había visto sano, alegre, dominador, ejerciendo un señorío positivo. Su hija Mercedes, sentada a la cabecera, lo miraba con ansia; no se ocupaba sino en él, como si en él estuviera su propia vida. Brevas y el Sacristán, mudos y envueltos en la penumbra, lo miraban también, pensando Dios sabe en qué cosas, sobre la fragilidad de las grandezas humanas y sobre ese espanto de muerte que viene sin saber cómo y cuando menos se la espera..., y ante aquella desdicha, el padre Baquero, que tenía un corazón con arreglo al cuerpo, sintió derretirse su brusquedad externa en una tibia oleada de caridad. Acercóse al herido, le cogió la mano y la retuvo algún tiempo, mientras pensaba:

—Ahora sí que eres mi hermano, mi prójimo...

Algo mío, como mis propias entrañas. Has pecado, pero sufres... Ya llegaste a lo hondo de la copa, donde está lo amargo. ¡Cuántos principian a beber por abajo y no llegan a lo dulce! El dolor es un reino donde no hay jerarquías, amigo; el dolor lo iguala todo, ¡como la muerte!

El herido sintió el contacto de aquella salud que de la mano amiga pasaba del uno al otro, como los pensamientos... El caso es que el lastimado Larán-larán abrió los ojos y miró al padre Baquero con un agradecimiento infinito.

—No te vayas, no me sueltes—parecía decirle con aquella mirada—. ¡Me encuentro tan bien así!... Siento esperanzas.

Y como si aquellas tres almas estuviesen en silencioso contacto, Mercedes miró de igual modo al padre Baquero, con igual agradecimiento, con mayor ternura.

Afuera se oía el barullo de las visitas; pues, aunque tarde, pocos querían dormir sin enterarse de aquella tragedia. Y las dos hijas estaban allí para eso, para relatar con las mismas palabras el suceso, para comentarlo y hacer exclamaciones, llevando cuenta exacta de cuantos entraban y salían. De vez en cuando decíanse una a la otra:

—Oye, fulana que no ha venido, ¿qué te parece?

—Pues fulano tampoco...

Y Constantino escupía amargores contra fulano y fulana, con un afán adulatorio que daba náuseas. Dos veces fué al cuartel a pedir noticias. Todo el puesto de la Guardia Civil, los guardas municipales y hasta el sereno estaban en movimiento dando caza a Berrinches. ¿Se lo habría tragado la tierra? ¡Eso faltaba! Y como una vieja métomentodo preguntó si había testamento, hablaron un

poco de esto, así de pasada, porque aún no era ocasión de decirlo todo.

Larán-larán había comenzado a sentir golpes de tos, que parecían abrirlo en canal.

—¡Malo!—pensaba—. Aquí hay algo partido. Y esta condenada losa que me sigue aplastando...

Y volvió a sus temores:

—Si me muero, ¿cuántos días duraré? ¿Tres? ¿Una semana?... ¿Ha de doler mucho? ¡Qué raro!, pienso en la muerte sin espanto...

Y de pronto sintió el miedo invencible:

—Sí, la temo. ¿Acaso no vale la vida? ¡No quiero morirme!—gritaba furiosamente con el pensamiento, para que lo oyera alguien, ¿quién? El mismo no lo sabía.

Y volvía a contar las vigas, sintiendo el sudor frío que le caía en los ojos:

—Una, dos, tres...

—Levantadle un poco la cabeza—dijo Brevas.

Así pasó una hora. En la alcoba no se oía más que el quejido del enfermo y algún chisporroteo de la lamparilla. De cuando en cuando se levantaba Mercedes y daba a su padre la dosis de un medicamento. El enfermo volvía a caer en angustioso sopor, y todo quedaba en silencio.

Era ya muy tarde cuando volvió el médico y, como lo viera así, se retiró de puntillas.

—¡Silencio!—dijo poniéndose un dedo sobre los labios.

En esto comenzaron a oír un clamor prolongado que venía del corral, y concluía en un quejido dulce, lloroso, de una profunda desesperación. Mercedes levantóse sobresaltada.

—¿Mi hermana?

No; porque súbitamente rasgó el aire otro maullido espantoso, apasionado; la nota clara y aguda

de un animal que recorría las tapias, haciendo vibrar con el ímpetu de su celo la atmósfera húmeda de aquella madrugada de otoño.

El herido empezó a removerse.

—Ese gato—dijo el Sacristán—, que le lastima.

Y como el gato soltara otro clamor desesperado, con inflexiones suplicantes de voz humana, a todos les entró frío, y se miraron, comunicándose el mismo recuerdo. ¡Así andaba maullando, loco de atar, el cura Coscales! Y a Larán-larán le entró más miedo, y buscó como pudo la mano amiga del cura y se la apretó poco a poco, con toda la fuerza que tenía, en un verdadero espasmo de muda sinceridad, con una angustia sin voz en que se le iba el alma.

—¡Se ha confesado!—dijo para sí el padre Baquero, que también mentalmente le absolvía.

Y el demonio del gato seguía con su lamento, cada vez más fuerte, cada vez más cerca... ¡Oh, Dios, qué congojas, qué ahogos, qué gemidos en aquella oscura alcoba en que chisporroteaba la agónica lamparilla!

XI

Había dudas sobre si vendría; tres días llevaba en cama Larán-larán, y acaso la única persona que no había pisado aquellos umbrales era Mariquita León. Verdad que hacía años que no los pisaba; pero ¿las pasadas luchas y escarceos políticos habían de enconar hasta ese punto las heridas? ¿Su justificada preocupación por su chiquillo no le dejaría de hueco el instante preciso para ir a casa del amigo nuevo, del conocido viejo, del vecino de siempre? Las dos hijas de Larán-larán, que estaban al frente de la estadística, sufrían lo increíble. En vano desfilaba por su casa el mundo entero: como si no. Faltaba alguien.

Por fin, aquella noche se agitaron al verla entrar, guapa, arrogante como siempre, aunque algo tristoná. Hiciéronle los honores con muchas ceremonias y sonoros besos. Hubo lágrimas, sollozos, todo lo que traía consigo el relato de la desgracia, declamado con extraña identidad una y otra vez, sin olvidar la nota trágicamente valerosa de Constantino, allí presente a todas horas...

—¡Cómo ha de ser!... ¡Las cosas que ocurren! Cada casa es un mundo, hijas mías. Ya ven uste-

des lo que a mí me pasa... El niño malito, cada vez peor el alma mía. Tengo aburrido al médico, y no dejo a la Señora ni un minuto: y nada, a ojos vistos se va consumiendo como una lucecita falta de aceite.

—No me hable usted del médico. Si no fuera por él...

—¿Qué? ¿Don Jacinto?... Hija, pues lo que es médico como ése no lo vuelve a catar el pueblo.

—Sí, pero es otra cosa lo que digo. Mire usted si él lo sabe y si le roerá la conciencia, que apenas se separa de aquí. Parece que sueña con mi padre.

—Eso es lo que conviene: un médico que sueñe con los enfermos. La Virgen del Alamo le dé acierto para todos. ¿Y Mercedes?

—Allá adentro. Ella no sale. Ahora la verá usted.

Y la acompañaron a la sala, y en ella la dejaron mientras salía Mercedes. Desde aquella pieza grande y sombría, oíase la respiración fatigosa del herido, que parecía un estertor.

—Aquí me tiene usted. ¡Ay, Mariquita de mi alma, cuánto sufrimos!

—¡Animo, Mercedes! Si usted no lo tiene, se pierde la casa. Hija mía, cuente usted conmigo para todo, para todo, ¿entiende usted?

—¡Cuánto le agradezco su visita! Mire usted, yo seré al revés de todo el mundo, pero cuando ustedes andaban en todo eso que yo no entiendo, vamos, en lucha por esto y por lo otro, yo siempre pensaba en usted, y decía: pues, a pesar de cuanto digan, yo creo y digo que Mariquita es muy buena, una santa, no tiene afán más que por su hijo.

—¡Cómo me gusta oírte decir eso! Sí, hija mía; para mí no hay más que una persona en el mundo: mi niño.

—Yo, mi padre.

Y se abrazaron aquellas dos mujeres llorosas, que habían hablado en voz baja, en un cuchicheo íntimo, en aquel rincón oscuro al que llegaba siniestramente la respiración del herido. Mercedes, conmovida por aquella manifestación de cariño en que Mariquita había concluído por tutearla como una madre, sintió el calor humano de la amistad, rompiendo el hielo en que todos la dejaban.

—¡Ay, si mi padre se muere!... ¿Qué podré esperar?

—Mucho. Aunque Dios no querrá eso...—y suavemente, como quien va a rozar una llaga dolorosa, le habló del médico.

—¡No, no, no! Eso nunca... ¿Por qué?

Apenas se daba cuenta. Sentía primero aquella hostilidad grosera de su misma familia, con la que tendría que reñir escandalosamente. La idea del interés los movía a todos. Después, ella ¿quién era para don Jacinto? La hija de Larán-larán, la prima de Berrinches, el vástago enfermizo alimentado con la savia del crimen y la codicia... ¡Para él era el mundo!

—El te quiere.

Eso lo sabía. Pero, ¿la querría siempre? ¿Soportaría la lucha de interés que habían de provocar los suyos? Le había visto una vez avergonzarse, huír de su casa a raíz de una de esas confesiones que sólo arranca el amor... ¿Para qué unir sus suertes? ¿Para que esa vergüenza volviera más tarde? ¡Primero una puñalada más honda que la de Berrinches, en el mismo corazón, para concluir en un minuto!

—...¡Cedes!—clamó el enfermo.

—Voy, papá.

—...¡Esto se acaba!...

—Ahí está Mariquita León. ¡Si supieras! Te quiere, te quiere, papaíto; nos quiere a todos.

—Que entre.

—Mariquita, venga usted, mi padre la llama...

—Hola; chis... no hay que hablar, ¡cómo ha de ser!, a ponerse bueno.

—¡Ya ves... ya ves!

—¿Está usted contento? Todo el mundo ha venido: ¡hasta esta Mariquita, que es más buena!

Larán-larán empezó a toser con unos golpes que lo sacudían desde los pies a la cabeza.

—¿Y a *ése*, lo encontraron?

—No, todavía no.

—¡Mejor!—Y sintió como una tranquilidad que lo inundaba—. Ya sabes... ¡perdón!... Hay que perdonar... ¡ésta es la vida!

Mercedes rompió a llorar sin poder contenerse. Ese cambio, esa placidez caritativa que mostraba su padre, era un síntoma mortal... se acercaba el momento y comenzaba a despojarse, como quien se desnuda, de aquella dura corteza de odios y de intereses. Después, como recordando súbitamente algo que le afligía y que cada noche le traía su pena, dijo el herido con verdadero y angustioso temor:

—¡Y ese gato que no lo cogen! A *ése* sí... ¡que no lo oiga más!

—¡Delira!—dijo Mariquita León, pero Mercedes le dijo que no con la cabeza.

De pronto sintió Larán-larán que le volvía una de esas crisis en que parecía acabarse. Un frío mortal lo iba invadiendo; tenía la boca pastosa y torpe, mientras algo se disolvía allá dentro... brillaban sus ojos con un esplendor turbio de vidrio cuajado.

—¡Ahora sí! ¡ahora sí!—quería decir con aquella mirada de espanto.

—Llama...

—¿Al médico?

—No.

—¿A ellas?

—Sí.

Mercedes llamó a sus hermanas, que seguían relatando el lance con la fidelidad de dos fonógrafos.

—Padre os quiere ver... ¡está acabando!

Alzóse un clamoreo que se hundía la casa; ambas empezaron a desmelenarse, y en su plañido decían todas esas cosas que al vulgar dolor se le ocurren. Mercedes, con una fuerza de alambre distendido, las rechazaba impidiendo que fuesen a la alcoba.

—No; así no entraréis: ¿queréis matarlo?

En esto entro el padre Baquero.

—¿Qué es esto? Siempre será una exageración. ¿Vive? Pues a callar, y si no, a tomar el fresco en el corral, que es ancho.

—Mi padre las quiere ver... y ya ve usted de qué manera están.

Por fin se apaciguaron un poco y entraron. Larán-larán las miró, quiso hablarles y... no podía. El padre Baquero vió aquel gesto de moribundo, miró aquel velo aterciopelado que rodeaba los ojos y parte de la frente, el tinte azulado que caía de la nariz a los labios, y aquella ansiedad infinita del semblante en que asomaban los trágicos terrores de la última hora.

—¡Fuera todo el mundo! Este hombre va a confesarse.

Dominados por la gravedad del instante y la firmeza sacerdotal del padre Baquero, le dejaron solo con el moribundo. Mercedes, que no comía ni

dormía desde que hirieron a su padre, temblaba como un azogado, hasta hacer crujir la silla. Había llegado el momento imponente de la separación definitiva...; la daga de Berrinches había cortado de un golpe feroz todos aquellos vínculos que atan una familia. ¿Por qué no morir ella también? ¿Qué le ofrecía el mundo?

Mariquita León, mientras confortaba a Mercedes, pensaba también, influida por aquella solemnidad espantosa, en lo poco que la vida vale. ¡A qué luchar, a qué odiarse como si fuéramos eternos! Aquel hombre, que ahora veía hecho una oveja, bajo la garra implacable de la muerte, lo había visto mil veces lleno de soberbia, acometiendo, imponiéndose al derecho, al interés justo, a la paz del pueblo. Oían la voz grave del padre Baquero, fortificando aquel alma que se iba, y algún sollozo, un leve hervor del pecho, seguido... En aquel instante entró el médico.

—No entre usted, se está confesando.

Pero, impaciente, alzó la cortina a punto que el padre Baquero hacía la señal de la cruz sobre la cabeza del agonizante.

Don Jacinto lo examinó, y con esa desolación de la ciencia imponente ante tantos misterios de la naturaleza, dijo al oído del cura:

—Corra usted... quizá no lo alcance.

No fué dicho cuando ya estaba el cura en la puerta de la calle. Entraron en la alcoba y allí permanecieron silenciosos, sobrecogidos. En pocos minutos habíase transformado el semblante de Larán-larán; costaba trabajo reconocerlo. Era el rápido trabajo de disolución; la última jornada que anda la muerte como un relámpago.

—¡Ay, Virgencita mía!—sollozaba Mercedes, mirando el cuadro alumbrado por la lamparilla. Y

le pedía un milagro, ¿por qué no había de hacerlo? Ella podía... y al mismo tiempo le pedía otro milagro al médico. ¿Por qué no mandaba algo? A veces los médicos tienen inspiraciones súbitas, aciertos en los postreros instantes. ¡Mientras el alma está en el cuerpo!...

Y don Jacinto recetó sin la menor esperanza, sabiendo que ya el herido no tomaría lo recetado, sólo por dejar caer esa gota de esperanza equivalente a otra de consuelo en aquellas almas afligidas. Y no queriendo asistir al desenlace de aquella tragedia en que moría un hombre, salióse de la alcoba y poco después de la casa.

En aquel momento, los que rodeaban al moribundo, oyeron un toque de campanas que los estremeció; dos campanadas graves y el clamoreo de una esquila que parecía un llanto de la torre. Apresuradamente arreglaron algo la alcoba, convirtiendo en altar la mesa donde estaba la estampa de la Virgen. Sacaron dos velas sin estrenar y las encendieron. A la luz de aquellos dos altos y delgados cirios, la alcoba comenzó a salir de las sombras. Veíase bien el lecho revuelto y en él la figura rígida, inmóvil, lanzando el ruido del estertor como un hervor del pecho. Aunque abría desmesuradamente los ojos, se conocía que no veía ya. Hablaba, pero tampoco se entendía; eran migajas de palabras, sonidos dislocados, que salían amasados en aquellas humedades pegajosas que entorpecían la lengua. La casa estaba llena de gente; oíase el zumbido de aquella multitud que charlaba y rezaba.

No tardó en presentarse el padre Baquero, que venía dando trancadas por la calle. Apenas podían seguirle Brevas, el Sacristán y los demás acompañantes. Los más amigos entraron con los faroles en la alcoba; los otros quedáronse en la sala. To-

dos se pusieron de rodillas; un silencio sepulcral se fué extendiendo... y cuando el padre Baquero, con su voz robusta, que dominaba el ruido del estertor, pronunciaba clara y solemnemente aquellas sacramentales palabras que son las últimas que suele oír el moribundo católico, un escalofrío sacudió al concurso de gente como el soplo de la muerte que pasaba... *Per istam sanctam Unionem el suam piisimam misericordiam, indulgeat tibi Dominus quicquid peccasti per visum... auditum... odoratum... gustum... et tactum.*

Un clamor desesperado rasgó el viento allá hacia la parte del corral. En medio de aquel silencio de muerte vibraba más clara y más aguda la nota de aquel animal que recorría las tapias, estremeciéndose con el ímpetu de su celo la atmósfera húmeda de aquella madrugada de otoño.

¿Lo oyó el moribundo? ¡Quién sabe! Abrió los ojos, se le hinchó el pecho, le tembló el labio de arriba... eso fué todo. No se oyó más el hervor ronco; no movió más los ojos, que se quedaron abiertos, cuajados por el supremo espanto del último minuto.

Las luces de los faroles trazaron una danza lúgubre sobre el muro; los cirios chisporrotearon; una mariposa blanca comenzó a dar vueltas en torno del lamparín... Empezaron los llantos y los clamores: las rezanderas la emprendieron con las oraciones de difuntos dichas en alta voz como pregón fúnebre; la casa se hundía a gritos, llantos, rezos, exclamaciones y barullo, en tanto que calle abajo volvía el *Santo óleo* a la iglesia en medio de un resplandor medroso, furtivo, de faroles que parecían empañados por las lágrimas. Antes de llegar a la plaza tuvo un grupo que detenerse para que la triste procesión pasara. Una pareja de guardias

civiles a caballo, y un guarda de campo a pie con la escopeta al hombro, traían a un hombre amarrado por los codos y las manos esposadas. Al pasar el cura, los guardias presentaron el sable; el otro le derribó el sombrero al preso. Era Berrinches, cazado, cogido al fin, convicto y confeso, entregado al brazo inexorable de la justicia humana.

—¡Qué horror de mundo!—pensó el padre Baquero ante aquel grupo que sólo vió un instante—. Cuatro ochavos por medio y ahí queda un hombre tendido con el agujero en el pecho, dando cuenta de sí en este momento, y otro aquí, amarrado como una fiera, perdido para siempre.

Presto cundió la noticia. ¡Berrinches está en la cárcel! Las hijas del muerto escupieron el amargor de la venganza.

—¡Que lo maten... que lo ahorquen!

Mercedes lo supo a punto en que entregaba la ropa para amortajar a su padre. ¡Dios mío! Ella que sabía... ¡mejor que su padre no lo hubiera sabido! Tenían todos gran necesidad de perdón, ¡todos! Y ella, por lo menos, perdonaba; creía obedecer a aquel muerto querido que había entregado el alma perdonando.

Era ya muy tarde cuando Mariquita León salió de la casa. No quiso que la acompañasen; tenía que pensar, que rumiar, como ella decía, aquel gran dolor ajeno que le recordaba dolores propios. Al llegar, fué desatinada, acometida de un gran temor, a la camita del niño. Una mujer dormía con la cabeza apoyada en el barandal.

—¿Cómo está? ¿Ha despertado muchas veces?

Y luego, al ver aquella alcoba triste, la Virgencita medio alumbrada por la lamparilla, aquel ambiente tan semejante al otro de donde salía, sintió

una pena tan grande, que comenzó a sollozar; después cogió al niño, que se despertó asustado...

—¡Pobrecito mío! ¡Pobrecito mío!

Estaba en una de esas crisis sentimentales que hacían exclamar al padre Baquero:

—¿Pero tú, qué eres, Mariquita del diantre, una cacica o una monja?

No era monja, no. Ella temía que Dios la quitase aquel hijo porque acaso fuera concebido en un impulso de interés... Cuando toda su familia le gritaba a coro, como una turba de mendigos hambrientos:

—¡Un hijo... si tuvieras un hijo! Que ella lo viese bueno y sano y maldito lo que se acordaría. Pero quitárselo, ¡ahora!

Y lo apretó de modo que parecía defenderlo. El chiquillo comenzó a llorar.

—¡Qué burra soy! Tanto te quiero, tanto te aprieto... ea, a dormir, ¡mi alma!

Y lo acostó y lo arropó y le cogió la manecita, aquella manecita que estaba siempre ardiendo.

En el corral cantaban los gallos saludando al alba. Comenzó el trajín. Los pasos que daban con los zapatones de campo hundían la casa desde la cuadra al pajar.

—A ver, la llave del granero.

—Aquí está—saltó Mariquita separándose de la cama del niño.

—Que se siembre toda la tierra de la cañada; que las yuntas principien por la de más arriba; los podadores, a ver si acaban hoy el majuelo; es una vergüenza que estén ahí toda la semana; ¡así vengan bombas!

—Mi ama, no sa podío entrar por la vera de abajo...

—¡Nunca se puede! Creen que en esta casa fal-

tan calzones... pues no faltan, ¡los tengo yo! ¿Y el zagal? A que a mi hermano le da el sol en la cama... ¿Esas mujeres van a estar durmiendo todo el día? ¡Dios mío, qué casa ésta!

Y a su voz de mando, toda la casa ardía. Las campanas tocaron a misa; a poco empezaron a doblar. ¡Qué tristeza de vida! ¡Qué contrastes! Allí todo era soledad y muerte... aquí todo movimiento. ¿No era bueno aturdirse un poco, entregarse al afán diario, sin comer, sin dormir ni descansar, a trueque de que los mozos digan:

—¡Qué codiciosa es el ama! ¡Cómo mira por el ochavo!

Las campanas seguían doblando. Los que se levantaban y no sabían lo sucedido, decían:

—Eso es por Larán-larán, estaba acabando.

Y Berrinches, encerrado en el calabozo, a solas con su conciencia, aporreado como una bestia que no ha comido en tres días, sentía entrar con el frío de la mañana aquellos dobles tristísimos en la prisión, y con ellos, como una gota de arrepentimiento que le ahondaba en el alma, en aquellos senos oscuros que nunca suavizó una lágrima. .

Le importaba poco la justicia... para ella no tenía más que el orgullo del crimen y un gran desprecio que necesitaba escupir.

—Sí; lo hice. Porque me dió la gana, y en paz. ¿Qué va jugao? ¿El pescuezo? Aquí está. ¿La cadena? Venga. No se me arrugan los hígados por eso.

Pero allá, en lo que nadie veía, sentía un latido desesperado.

—Debí matarlo defendiéndose, dándole tiempo... ¡Si al menos le perdonara algún día aquella

Mercedes que él quería como sangre de su sangre,
y ahora más, que estaba sola!...

No sabía el triste que su misma víctima y Mercedes también, le habían perdonado.

7 2 3 4

La trágica muerte de Larán-larán influyó, como era de temer, en la reciente paz y concordia pactada entre los caciques. Quedaba la administración municipal acéfala, y a poco de echar las cuatro paletadas de tierra en aquella sepultura que el interés convertido en pasión y la pasión en rayo, habían abierto, ya se disputaban el cargo y sobre sus vestiduras echaban suertes.

El zorrón de Brevas fué a conferenciar con Mariquita. El primer teniente de alcalde no servía para el caso. Buen muchacho, eso sí, pero rudo y bravo como un chaparro, sin más luz que la del día ni más letras que las diez que mal pintaba para poner un "José García" que rompía los corazones. Había que hacer algo y por eso venía a ponerse de acuerdo, para caminar honradamente con la verdad... como caminaba siempre. Larán-larán tenía sus cosillas, que no había para qué revolver ahora que estaba muerto, pero él no. A todo el mundo le constaba. La formalidad política la llevaba hasta el punto de rigidez, porque ¿donde no hay formalidad, qué podrá haber?

—Bueno; todo eso está bien. Pero, ¿qué le pa-

rece a usted que debe hacerse? Yo no tengo mi cabeza buena.

—Pues verás tú. Como a los elementos esos que dirige el Sacristán... un partido nuevo que va a regenerarnos...

—Y del que usted ha plantado la estaca aquí... adelante.

—¿Lo ves? El día menos pensado me cuelgan el milagro de la sequía o de la lluvia. Bastante hice para quitárselo de la cabeza, y él que no. Ya sabes que es de los que clavan el clavo del revés. Parece que tiene cartas de un personaje y hay probabilidades de que entren. Yo también tengo noticias de eso. Total: que por fas o por nefas hay que dar entrada a esos elementos.

—Bueno, ¿y qué?

—Ya puedes comprender que no me agradan tantos grupos y que el pueblo estaría mejor mandando tú y yo, pongo por caso, o tú solita; porque a mi edad nada de eso me enfría ni me calienta, pues para lo que uno ha de vivir, bastante tiene, sin andar quitándose el sueño por el bien del vecino. Pero ya sabes, los compromisos ahogan... así, he creído lo mejor para ahora y para después, toda vez que las quisquillas se acabaron y pelillos a la mar, que hagamos con el Ayuntamiento lo que se suele hacer con las campanas cuando se cascan.

—Fundirlo.

—Eso mismo. A esa campana le falta ahora el badajo y además el saetazo de Berrinches la dejó cascada. Pues vamos nosotros, la cogemos, la fundimos, la echamos en el molde y sale que ni de plata. ¿Qué dices?

—Que ya estoy oyendo el repique... para usted.

—¡No, hija! Para todos. Para todo el mundo. Aquí no se quiere más que el pueblo viva; que no

nos beban la sangre los gandules de por allá... sobre esto de la moralidad a rajatabla tengo mis ideas, que por lo antiguas son bien conocidas.

—Ya está la campana en el suelo. Mande usted.

—Todavía no. Falta lo principal. No te impacientes, querida.

—¿Impacientarme? Pues si estoy oyendo a usted con un gusto...

—Gracias, Mariquita. Siempre lo he dicho: ella es la que debía mandarnos, por discreta. Tendría el pueblo como tiene su casa.

—Ahora me toca a mí devolverle las gracias, y si seguimos así, pienso que la campana van a tener que tocarla en el suelo, cascada o conforme está.

—Siempre despuntaste un poco de graciosa, y esto es miel sobre hojuelas. Vamos andando; lo primero es lo primero, ¿no te parece? Bien; pues lo primero es enviar al gobernador unas cuantas dimisiones, unas ahora, otras luego, así, a la deshilada... allí está todo hablado: el gobernador las espera. Te digo esto para que veas que no es hablar por hablar; todas las cosas mías son formales. Tú, por ejemplo. ¿cuántos concejales tienes?, ¿cuatro?, ¿cinco?, yo no lo sé fijamente. Pues aquí tienes otras tantas dimisiones, que en diciéndoselo tú, firman como en barbecho.

—Vengan. ¿Y qué más?

—¿Cuántos tengo yo? Ya ves; tampoco lo puedo decir a punto fijo, porque esa gente anda de acá para allá en busca del sol que más calienta. Pues lo mismo; dimisión y tente tieso. Y ya con estos huecos abiertos...

—Fundimos la campana.

—Y a nuestro gusto la ponemos badajo. Al Sa-

cristán le damos un puesto, cualquier cosa, lo bastante para que figure y tenerle cogido; nosotros nos entendemos mejor; vengo y te digo: Mariquita, ¿cómo arreglamos esto? ¿Quieres el alcalde? ¿Hay alguna dificultad? Pues a echarlo a suertes. Nos jugamos el alcalde a cara o cruz, y verás cuánto se ríe tu chiquillo. Los demás puestos, uno para ti, otro para mí, como quien pica del racimo... ¿Que los quieres todos? Anda con ellos; para lo que yo he de vivir, bastante he vivido. ¡Si no fuera porque hay que dar entrada a esos elementos!...

A Mariquita le entró una risa que la hacía dar saltos de nuca...

—Vaya, mujer, no es para tanto. Sosiégate. ¿Me has entendido bien?

—Desde que entró por ahí lo entendí todo.

—Me alegro. Así es que esos documentitos los empezaremos a enviar desde mañana.

—Esos documentitos no los enviará usted mañana... ni nunca. Ea, ya estoy seria. ¡Es el tema de siempre! Ustedes, que no hay calzones aquí; yo, a que los hay y muy retabién puestos. Usted dice: ahora le doy paz a esa tonta con eso de los elementos, ¡los elementos del Sacristán! Seguimos partiendo entre tres al parecer, entre dos en realidad, y si hago que los suyos se vayan, no hay más que uno. ¿He calado bien?

—¡Chiquilla, chiquilla!... pero, ¿qué estás diciendo?

—De este modo, y por arte de birlibirloque, porque sé más que la regencia—seguirá usted pensando—, quito de en medio este estorbo, ya que Berrinches fué tan bueno que me quitó el otro, que ya se subía a las barbas, y vuelta otra vez a ser lo que era: don José Miguel I, emperador de Venusta y sus arrabales, por la desgracia del uno y

la tontería de los demás. ¡No y no! Funda usted todas las campanas que se le antojen, ¡ésta no!

—Si no supiera que a las mujeres se les amon-tona el juicio y echan ustedes por los vericuetos más estrambóticos, diría que en este momento tienes el tuyo del revés. ¡Miren por dónde sale a bailar la moza! ¡Un plan tan claro, tan sencillito, tan conveniente para todos! Que no hay más que decir que sí, como Cristo nos enseña...

—Pues yo digo que no. Para que vea usted lo que son las cosas. El alcalde ése era de Larán-larán y usted cree que ahora es mío. Eso es lo que motiva el plan. Tan rudo es hoy como ayer, tan torpe ayer como hoy; entonces no hubo reparos, todos saltan ahora.

—Pero, mujer, si es un leño.

—¿Quién habla de leños, ahora que viene el frío?—dijo el padre Baquero, que a la sazón entraba. Enterado de la conversación, metió su baza con no mucho gusto de Brevas.

—Como ustedes han puesto de moda esto de que los alcaldes no sean para el pueblo, sino para la casa tal o la casa cual, creo que Mariquita tiene razón. Que el pobre teniente, ahora capitán, es un zoquete y más áspero que un cerdo... bueno, pero es alcalde, él sabrá para quién. Y aquí quiero recordar un cuentecillo que leí hace mucho tiempo, quizá cuando estaba en el seminario. Era una noble viuda en buena edad, bastante rica y con todas las gracias que son apetecibles, mejorando lo que está presente, que también tiene un poco de todo eso.

—Vaya; hoy ha salido el sol con cara de requiebro.

—Esta tal viuda, en buena edad, etc., al cabo de su viudez, enamoróse de un zángano de baja con-

dición, ignorantísimo, más pobre que las ratas, pero más joven que ella, con una salud que le rebosaba por los carrillos, y más fuerzas que un toro. La parentela, que era toda hidalga, se alborotó sin más ni menos. ¡Oiga! ¿Conque te vas a casar con ese tuero? ¿No te da vergüenza? ¿No pudiste poner los ojos en hombre de condición y linaje, despejado, de buenas partes y entendimiento?—Cállense—dijo la viuda—, que para lo que yo le quiero, sabe ese mozo más que Aristóteles.

Rieron el cuentecillo y no fué menester poner en claro la moraleja. Brevas volvió a insinuar el compromiso en que estaba con el gobernador, y como nada alcanzase, se despidió con suaves y zalame-
ras palabras, aunque por dentro iba bramando.

—No hay nada perdido. ¿No quieres avenirte? Pues siga todo conforme está. El mal será para todos. Esto traerá una perturbación seria... Adiós, piénsalo; no es puñalada de pícaro.

—De ésas nos libre Dios.

Cuando Brevas se fué soltó el padre Baquero una risotada de las suyas.

—¡Eso se llama venir por lana y salir trasquilado, amigo!

Y habló de lo emperrado que estaba Juanito *Sinsal*, queriendo casarse con la mocetona aquella... ¡una mujer de un golpe! Sus ocho arrobas, un ruedo de caderas como una canasta de colar, otro ruedo de pechera en proporción y una cara morena y graciosa, con su bigotuelo que remataba el poco juicio que tenía el galán debajo del casco.

Pero si emperrado estaba el muchacho en pasar a nuevo estado, más lo estaba el padre en no darle un real de lo suyo... ¡Partir él! Primero lo harían tacos de escopeta. Aquel día le había hablado el mozo que no tenía otra esperanza sino en Mariqui-

ta. Si ella quisiera... él firmaba todo.—Con esto del amor está el hombre para hacer un disparate —concluyó diciendo el padre Baquero.

—No doy más dinero. No sé dónde tiene usted la memoria ni para qué le sirve. Cuando lastimada de su abandono le daba cuatro picos, una miseria, ¿qué decía la gente?, que yo le explotaba. ¡Buen negocio! ¿Qué decía su padre?, que yo le llevaba la guerra a casa. ¿Qué decía usted?, que era echar leña al fuego y que eso no es de cristianos. Ahora les doy a todos la razón, echo un nudo a la bolsa y que Juanito despunte el vicio como pueda.

—Digo, que el que entre contigo bien puede amarrarse los calzones. Para todo tienes salida. No vayas a creer que soy procurador de este negocio; hablóme el muchacho; está sin un real, derrotado de ropa y con el nuevo aguijón, pensando disparates a todas horas. No tiene ánimos para irse a la curia; tratar con el padre, cosa imposible; en la bolsa tiene su alma y su vida.

—Pues lo mismo que a la bolsa quiere tener al pueblo. ¿Qué le pareció el golpe de hoy?

—De los suyos. Sólo que ya van siendo viejas esas artimañas. Eso, antes.

—Ahora veo que en vida de Larán-larán estaba-se más quieto. Le temía.

—No sabes la que hay armada en aquella casa. El reparto de la olla va a dar que hacer.

—¿Sí?

—Constantino se ha enderezado en los zancos y es el que manda allí. Ya han ido a Oblita para hacer el expediente o lo que sea, a fin de partir cuanto antes. Entre el largazo y la novia han hecho inventario; no dejan ni un trapo de la cocina que no se apunte. ¡Una vergüenza! A Mercedes la tratan al puntapié; la llaman la médica, y cuando les

parece la registran, temiendo que atrapase algo en las últimas horas.

—¡Criatura más tonta! Ella sí que podía reírse del mundo. ¿No la quiere don Jacinto? ¿Pues a qué esas pamplinas?

—Aplicate el cuento. Donde se cae el burro se le dan los palos. De ese color tienen muchas un vestido. Parecéis mujeres hechas y derechas, y a lo mejor saltáis con que si fué, con que si vino, ¡pamplinas y remilgos!

—Bueno, vamos andando, padre Baquero, que usted no entiende de eso.

—¿Cómo que no? No falta más sino que tú me examines. Verdad que hay hombres que os dejan atrás. Ahí está el médico, con sus escrúpulos monjiles que empachan. El otro día me habló... porque a mí todo el mundo me habla de lo que no me interesa. Y estuve por decirle: pedazo de atún, ¿tú la quieres? ¿Ella te quiere? ¿Sois libres? ¿Queréis casaros como Dios manda? Pues vas allá y dices: a ésta la paso por la iglesia, y *pax Cristi*. Que chillen, que digan, que se remonten por las nubes. Que dicen: "éste vino por el interés", tú contestas: "no, que vengo por el capital". ¡Como si fueran tales, que por su linda cara, vinieran príncipes al pueblo!

—Lo que yo siento es que se nos va, padre Baquero, se va huyendo de todo eso, y más que nada, de ese poco o mucho cariño que tiene a Mercedes. Hay que saber lo que es la gente criada por allá. A nosotros, que vivimos aquí y todos nos conocemos, no nos espantan cosas como esa de Laránlarán, que esté en gloria. A otros sí. Una familia matándose por el interés... parientes en presidio, una historia que hay que tirar de ella como de una cadena que no se rompe... todo eso asusta a los

que no viven aquí, respirando, y a pesar de todos los pesares, queriendo a este pedazo de tierra con todos los quererres del mundo.

—Yo creí que estaba a gusto.

—Me lo dijo ayer: Mariquita, si no fuera por el niño, ya me habría marchado. Esperaré a curarlo si Dios me da acierto. Pienso lo mismo que Mercedes. ¡Yo entablar una lucha de insultos y groserías, y tener que ponerme colorado veinte veces en una hora! Y luego, ¿para qué? Para que Constantino no me deje en paz ni Berrinches tampoco. ¿Para que tengan derecho a pensar que vendí mi corazón, mi alma, como quien dice, por un plato de lentejas... peor aún, por un plato de esa olla, que es el baldón de una familia entera? Yo la quiero, y por eso me voy. Hay *allá* una casita pobre; en cada ventana un rosal, en cada tiesto una enredadera. El jardín de los humildes. No tengo más que una hermana, casada con un hombre de bien... ¡si usted la viera!, no sé qué resplandor sano da la pobreza, qué ráfaga de alegría mete en la casa donde corretean los chiquillos rubios como su madre, y buenos y sanos como el padre. Aquello me atrae, me llama...

—Es lo que yo digo: que hay hombres que se remontan como vosotras.

—Pues no sabe usted que cuando así me hablaba yo sentía una envidia atroz por aquella casita con rosales, por aquella pobreza limpia y alegre, y por esa mujer rubia que ve jugar sus hijos sanos. ¡Cualquiera es capaz de saber en dónde está lo bueno!

Y se quedó pensativa, mirando aquel corralón enorme con sus establos vacíos, sus pilas de leña llenitas de gorriones y los montones de estiércol en que escarbaban una turba de gallinas. El pa-

dre Baquero fuése para casa de Joselito Ridoro, donde había cierto guiso de liebre con arroz. Las liebres de aquel país son justamente alabadas: saben a tomillo. .

—Echalo, que ya está aquí el padre—gritó Joselito a su mujer. Y el papelón de arroz se quedó vacío sobre aquella cazuela célebre que también tenía sus leyendas de apuestas, festines y jiras de campo.

—Milagro que no acudieras. Venteas más que los perros—dijo el padre Baquero a Juanito *Sin-sal*, que se entraba por las puertas.

—¿Qué son? ¿Liebres?

—Para ti, aunque fueran gatos. ¿Qué más te da? Siéntate y harás tercio.

—Por no desairar...

—¿A que si te apuran algo, dices que tu padre te engorda con lomo? ¡Bien se cuida!

—El sí. ¡Mal rayo!

—Mira, a dejarse de palabrotas, parte pan y arrímate el vaso. ¡Ajajá!

En esto vino Joselito con la cazuela humeando que era una bendición.

—Padre, ¿habló usted con ésa?

—Sí. Pero a otra puerta. No suelta un céntimo.

—¡Ajo! ¿Y tengo yo que estar así hasta que mi padre reviente?

—Tú lo has dicho.

—Bueno. Ya sé lo que hacer.

—Alguna barbaridad. ¿Tienes más que aguantarte? Pídele a tu hermana. .

—A ésa, menos. ¿No la conoce usted? Setenta mil veces peor que el otro. No me puede ver porque se cree que saco... ¡un cuerno saçaré yo de aquella casa, que volando la vea!

Las liebres estaban exquisitas, el arroz de re-

chupete. A media cazuela acordáronse de Currito. A ver, que lo llamen. ¡Pues si es verdad! Vino, ¿no había de venir?, y con su guitarra debajo del brazo. A los postres, que fueron de granadas y nueces, hablaron de todo. La cuestión política les preocupaba. Tratábase de averiguar si Brevas lograría refundir el Ayuntamiento, o si éste había de continuar tal como estaba, dominando ahora Mariquita León.

—Brevas es un reo de consideración—dijo Currito—, y es el que llevará el gato al agua si se empeña.

Hubo sus dares y tomares y salieron a relucir todos los trapos sucios.

En tanto, por aquellos días, España se quedaba en cueros. Todo el poder colonial se hundía entre el estrépito de los banquetes de París. La Comisión enterradora lloraba el *champagne* oficial a lágrima viva... un viento manso de desolación venía del Pirineo trayendo desdenes compasivos de todo el mundo. Y todo aquel plan de despojo madurado durante medio siglo, en secreto a voces, que todo el mundo sabía, menos nosotros, habíase consumado al fin, inexorablemente, con exactitud matemática, con la implacable frialdad de los números trazados por una ambición enorme.

¿Y a nosotros, qué? La cuestión es saber si Brevas seguiría mandando. El Sacristán había enviado cierto escrito a una asamblea de *elementos neutros* tronando y maldiciendo de la política y los políticos. El primero que firmó el escrito fué, ¡naturalmente!, Brevas.

Currito templó la guitarra y comenzó a rascar como si tuviera sarna. ¡Viva lo flamenco! ¡Olé lo bueno! Y echó su copla al aire, como quien aventá el sombrero en un instante de alegría... Y si-

guió la zambra en el corral, debajo de la parra, que goteaba cual si llorase tristezas ajenas en aquella serena tarde, bajo el cielo de un azul intenso y limpio, que parecía, extenderse como un manto de gloria sobre tantas desdichas y vergüenzas, alegremente sobrellevadas.

El infatigable Brevas andaba removiéndose entre el corral y la bodega, y ya entraba y salía con una jarra en la mano, hablando con alguien que estaba dentro; y como oyese llamar a la puerta, gritó desde el corral:

—¡Miajitas!...

—¡Mande usted!—le respondió una voz que parecía salir de una tinaja o tonel de aquéllos.

—Abre, que están llamando...

Y salió un hombrezuelo medio gafo, andando a reculones y haciendo ruido con los zahones, que le llegaban al pescuezo... ¡la zupia del mundo!, como todos los que llevaba Brevas a trabajar.

Desde el sitio en que estaba, vió entrar al Sacristán, con su facha de hombre de bien, un poco torcido de hombros.

—¡Buenas y santas!

—Adiós, hombre, ¿qué tripa te se ha roto?

—Quizá no lo sepas. ¿Vino ése?

—Ni sombra.

—¡Malo!

—Espérate. ¡Miajitas!

—Voy pallá.

—Llégate en un salto a casa del juez y le dices

que venga, pero en seguida. Si no está, lo buscas, ¿eh?

Mientras el bien poco ágil emisario cumplía su encargo, Brevas y el Sacristan hablaron largamente de la operación que en la bodega hacían. El relleno de los toneles es cosa delicada, si se quiere asegurar el mosto y que llegue a la primavera sin novedad en su importante salud. La merma de la fermentación y el rezumo dejan un hueco arriba que es menester hencharlo de alcohol. Brevas lo ponía puro, pero el Sacristán manifestó que lo hacía mezclando mosto y alcohol. Se gasta menos. No era preciso darle otra razón a Brevas. ¡Qué bien se entendían en todo! Ambos gozaban con aquella sordidez en que vivían, en aquellas casas tan destartaladas y sucias, trabajando a puerta cerrada en los corrales, al lado de la ciénaga, en que se revolcaba el cochino, espantando a los gorriones que venían a comer el grano que le echaban; en aquellas bodegas lúgubres con tapias de telarañas seculares y guardando el *gato*, ¿quién sabe dónde?, en el hueco de alguna pared maestra...

Brevas tenía una mujer que le hacía los pocos menesteres de la casa, y al concluir, íbase a la suya. Pagábale dos o tres pesetas al mes y las sobras de su comida. Era viuda, con siete chiquillos, y a fe que si los angelitos no tuvieran otro conqué que las sobras ésas, ya estarían en el cementerio. El Sacristán era un sibarita: tenía a la señá Matea a mesa y mantel, y criando tocino con sus setenta años a cuestras.

Como siempre que se juntaban, hablaron de los hijos, como quien habla de sus achaques. El Sacristancillo había hecho una de las suyas... era malo de nativitate, cada día más perverso. No se

sabe para qué demonios hincó el morro en una tinajuela llena de borras de aceite, se le escurrió el cuerpo, y cataplum, de cabeza en el fondo. Perneando como estaba, volcó la tinaja, que se rompió al porrazo y los salpicones llegaron al techo. Y fué lo peor que huyendo de la azotaina que el padre iba a darle, según prometían sus encarnizados ojos, el caballero se fué brincando y dejando la casa hecha un primor. ¡Lo menos media arroba se llevó consigo!, decía el Sacristán; y menos mal, que entre él y la señá Matea lamieran el suelo con aljofifas y recogieron el resto.

El de Brevas era otra cosa... bastante peor. Ahora le había dado por casarse, ¿qué tal?, y andaba hecho un lince a ver qué cogía. ¡Coger! El cielo con las manos. Cásate, le había dicho; busca para mantener a tu mujer y lo que venga. Y extremaba la vigilancia, comiéndose con los ojos a Miajitas, por ver si descubría algún indicio... ¡los que hurtan son tan dadivosos!

—¿De modo que Mariquita ya no arría nada?

—¡No me la nombres! Si por algo quiero que el lance salga bien es por hundirla, por asarla a contribuciones, por hacerla arder a denuncias, por derretirla de una vez, a ver si nos deja en paz esa buscarruidos de los calzones.

—Larán-larán, Dios le haya perdonado, tenía sus cosas. No es oro lo que reluce. Tampoco le convenía que mandásemos solos y me hacía sus gatadas, llevando un ten con ten, que ahora te lo digo, me sabía a quina.

—¡Pobre!—dijo el Sacristán—. Más de una vez se lo dije o quise decírselo. No acoses a Berrinches, déjale. Una hormiga es hormiga, y si la aprietas muerde. Pero él, que no. Se figuró que en el mundo hay que echarlo todo a barato, y así le sa-

lió ella. ¡Bendito sea Dios, que todo lo que tengo lo he ganado con estas costillas y estos sudores, y no tengo ni quien me pida ni quien me amenace!

—Lo mismo digo. ¿Qué me dejó mi padre? Una miseria, y ésa, ganada a pulso, amigo, que en mi casa no se comía. Engañábamos el estómago; los chiquillos, con palo dulce que en el campo cogíamos a manojos; los grandes, con bacalao seco que llama al agua; pan, duro y negro, que raspaba el cielo de la boca, y trabajo mucho y aprovechado. Vi morir a mis hermanos, hoy uno, mañana otro... caían reventados a la vera del surco, al pie del cañón como quien dice. ¿Médico?, no entró por las puertas; nos aviábamos con cuatro purgas del campo y cuatro emplastos de ruda y beleños... ¡Iba yo a tirar, sabiendo cómo se gana! ¡Con sangre de mis venas!

—Y los hijos piden...

—¡Es muy bonito eso! A ver, padre, acabe usted de reventar, que nos hace falta. Y con sus manos limpias venir a disfrutar lo que otro ha sudado. ¡Vaya una justicia! ¡Qué bien dispuesto está el mundo!

En esto entró el juez seguido de Miajitas.

—Sigue tú rellenando hasta que llegues al rincón. Después me avisas.

—¿Qué pasa?—dijo el juez.

—Nada. Enterarnos de si ese mozo ha parecido a decir algo.

—No ha parecido. El juicio es a las ocho y ya era tiempo de que se hubiese descolgado con alguna razón.

—Lo que te dije—manifestó el Sacristán—. Es un golpe en vago. Tengo un corazón que acierta siempre.

—¿A las ocho? Todavía es tiempo. Tú, como

juez, lo tanteas un poco; le dices que todo se arreglará si se viene a buenas, ¿entiendes?, y te dejas caer con las demás cosas que pueden traerle a mal traer; por lo pronto te la das de padrino; al final le hablas fuerte; ¡el bolsillo es muy cobarde, no creas!

—Veremos, veremos y veremos—murmuró el Sacristán.

Tratábase de una demanda que el Sacristán había puesto contra el alcalde, ese que cerdeaba. Debíale unos cinco mil reales entre capital y réditos, pero allí dividían las deudas en porciones de a cincuenta duros para que el juez del pueblo fuera el único competente. Habían roto el fuego con el primer documento; era el cañonazo que abría la batalla. Y nada, el hombre no había venido a parlamentar; no tenía un cuarto y eso lo sabía todo el mundo.

¡Estaba tan bien combinado el asunto! El Sacristán estaba resguardado con la firma de Laránlarán, pero esa firma era un secreto para el deudor. Aquél buscó el dinero, garantizó a sus espaldas y lo tenía así cogido, preso en las garras de la obligación. Para estas cosas, ni Brevas ni Laránlarán daban un cuarto. Lo más que hacían era buscar, recomendar, garantizar en secreto... la política y el dinero no deben andar juntos. Para eso estaba el Sacristán, que no tenía que ver con nadie. Prestaba, cobraba, y en paz. El alcalde interino tenía razones para temer: había por medio sus cuatro o cinco fanegas de sembradura y un par de mulos, y no acertaban a comprender cómo no había venido ya a hocicar ante Brevas, a ponerse a sus órdenes mediante un nuevo plazo en el asunto.

Y como el Sacristán dejase caer la sospecha de si por acaso Mariquita...

—¡Quita allá! ¡Cinco mil reales! ¿Tú crees que la gente está loca?

—Pues nada, señores, yo le apretaré y esta noche queda todo resuelto—dijo el juez—. Esta noche vuelve usted a tener alcalde.

Antes de que se fuesen quiso Brevas darles una copa del bueno, del que bebían como mosquitos aquellos politicastro que acompañaban al candidato de los discursos.—¡Una calamidad el tal candidato! ¡Si supieran ustedes cómo se ríen de él! —¡Miajitas!... ¡Miajitas!, nada, como si llamaran a un muerto. ¡Este me la está dando!—Y Brevas se fué para allá hecho un basilisco. Dicho y hecho; encontróse a Miajitas con la venencia terciada, par de la boca, como quien toca la flauta. El vino se le derramaba por la barba y le caía en el pecho; estaba más que a medios pelos y maldito si oía las voces.

—¡Toma, cochino! ¡Toma, ladrón! ¡Borrachín, indecente!—y le dió de porradas y con la cabeza afirmó las duelas.

—Mi amo... yo...

—Sí, yo... y beberemos tus babas. Vete, quítate de mis ojos—y de refilón se llevó dos cañazos—. Todos a caer en lo dulce, todos a robar. No hay de quién fiarse. A ese escuerzo lo tengo bien pagado, bien comido y bien mantenido, y en cuanto vuelvo la vista ya está atracándose, como si el vino no valiera, como si cayera de las tejas... ¡y se va a lo peor el nene!

Después vió el reguero que la mano temblona había dejado caer en el vientre del tonel, y ¡aquí fué Troya! Quiso ir por él, acogotarlo, sacarle el pellejo a túrdigas, si no le sujetan.—No sólo lo que bebe, sino lo que derrama. Ven acá, sapo estripado, te acabaré de llenar.—El sàpo habíase

metido en el pajar, como en sagrado, y allí, tumbado panza arriba, con esa beatitud del borracho que tiene buen vino, despreciaba todas esas cosas que no son más que viento, humo, vanidad de vanidades. Después de filosofar un rato, fué durmiendo y a cada ronquido temblaba el pajar. Un gato, asustado, saltó por encima y le rozó la cara con el rabo.

—No quiero más, ¡gracias, compadre!

Y se volvió del otro lado, en el colmo de la felicidad.

Cuando ya anohecia, vino Juanito *Sinsal* dando porrazos.

—Hum...—dijo por vía de salutación gruñida.

—Hum...—le contestó su padre.

Encendió el veloncillo, trasteó un poco...

—¿Dónde está eso?

—Búscaló.

—¡Por vida del!...

Y al cabo encontró lo que buscaba. Un poco de tocino fiambre y unos arenques más salados que los perros. Cuando acabó de engullir en cinco o seis tragantadas, asomóse al corral y llamó a *Miajitas*.

—A otra puerta. ¿Sabes lo que ha hecho? Hartarse de vino. Aquí todo el mundo roba.

—Mucho que sí.

—¿Qué se han figurado? ¿Que esto es un campo sin puertas? ¿Que no hay amo? Pues lo hay, y mientras el ojo baile no darán más que pellizcos, ¡pobreterías!

—Bueno. ¡Los pellizcos que se den!... Y no hablo más y me voy, porque el mejor día digo allá va y arde la casa.

Comenzó a encrespase.

—¡Que uno ande así mientras que otros triun-

fan! ¡Dinero, ochavos cochinos! Le voy perdiendo el cariño a toa esa porquería. ¡Riqueza! Pa saber lo que vale no hay más que ver quiénes son los ricos.

Y se fué refunfuñando, dando un portazo que tembló la casa.

—Muy bien, despreciador de la riqueza... ¡No te dará en el pico! Por eso no tengo que andar haciendo centinela a ver qué buscas.

Y después de asegurarse de que todo quedaba en orden, guardándose un manojo de llaves en el bolsillo, fuése Brevas para casa del juez. Allí encontró al demandante departiendo con la jueza, una pobre mujer que tenía dos ruedas de patatas pegadas a las sienes, "porque el dolor se le metía en el sentío". Brevas era el amo de aquella casa. En un cuartucho con puerta al zaguán tenía la justicia sus estrados. Un quinqué con el tubo resquebrajado, todo lleno de pegaduras de papel de goma, alumbraba al secretario en su faena. Pasó algún tiempo, y el leño del alcalde no venía. Dieron las ocho.

—Ya no viene.

—¿No comparece?—dijo el juez—. Pues en rebeldía.

Entraron en el cuarto: el Sacristán, como demandante; un vecino redicho que le gustaban estas cosas, como asesor o acompañante, aunque el "actor" no necesitase de estos auxilios, y tres o cuatro curiosos partidarios de Brevas. Cuando el secretario doblaba el papel, requería la pluma y comenzaba el acta, entró el demandado con su capa puesta y resollando como un toro.

—Vaya, leeremos la demanda, puesto que el demandado comparece.

—Pa mí no tiene usted que leer na...—Y enca-

rándose con el Sacristán le preguntó a quemarropa: —¿Cuánto le debo a usted?

—Ahí está el documentito. Doscientas cuarenta y...

—Y las costas—agregó el secretario.

—No pregunto eso. ¿Cuánto le debo a usted por to?

—¿Todo lo que me adeudas entre unas cosas y otras?

—Eso.

—Espérate. Son... cuatro mil quinientos... cuatro mil setecientos... Cinco mil cuarenta y tres.

—Bueno; pues a cobrarse, y al avío.

Y derramó sobre la mesa un taleguete de duros, que sonaron como una carcajada de alegría.

El juez miró hacia la puerta, y vió la cara de Brevas, lívida.

—Aquí no admitimos eso—dijo—. ¿Está usted demandado por cincuenta duros? Pues a eso nos atenemos.

—Y yo digo—contestó el alcalde, de mal temple—que el que quiere pagar, paga adonde le coje, adonde quiere: aquí o en la iglesia...

Y dió tan tremendo porrazo sobre la mesa, que bailó el tintero, bailaron los duros, derramóse la arenilla y la luz del quinqué salió por el tubo como el resplandor de un escopetazo.

—Tiene razón... En eso tiene razón. La razón no se le quita a nadie—decía el Sacristán, que ya estaba apañando duros con cada ojo como una llama.

Hecha la cuenta, embolsado el dinero, devueltos los documentos, satisfechas las costas a qué quieres boca, porque el secretario trincó la ocasión por el pelo, fué el alcalde sonando las mo-

nedas restantes y subiéndose la capa, que se le había ido resbalando.

—Señor juez, ya que no he hablado, quisiera hacer constar en el acta...—dijo el vecino redicho, que no se iba conforme con el discurso en el cuerpo.

—Aquí no hay acta, ni juicio, ni hay que escribir una palabra. Se acabó. ¡Todo el mundo a la calle!

Cuando Brevas y el Sacristán salieron de allí, no se dijeron ni una palabra. Iban rumiando el suceso. A poco hicieron una paradilla, y el Sacristán, que apretaba el talego con la alegría del padre que vuelve a ver a un hijo, exclamó:

—¿No te lo dije? Mariquita. ¡Anda con ella!

—Pero se necesita haber perdido el juicio...

—Esa nos pone al parto. Que no te se olvide.

—¿Sí? Pues ya lo veremos. En buenas manos está el pandero, y tañendo me salieron los dientes. ¿Conque me compras alcaldes, doña buscavotos? Ya te lo dirán de misas.

—Opino que éste ha sido un mal paso... según se mire. Tú tienes la culpa.

—En peores lances me he visto. ¿Te acuerdas cuando se vendió tío Curro por una yunta de bueyes en la víspera de la elección?

—Eso fué..., espérate, cuando la Unión liberal. Entonces éramos pocos y se votaba.

—Por eso es ahora mejor. Somos muchos y no se vota. Bueno. ¿Y qué pasó? Que a los quince días vino tío Curro, y con la yunta me labró la tierra en que ahora tengo el majuelo. Y si quiero, él también ara, ¡no había de arar!

—Ya veremos. ¿Ves aquel bulto? Tu hijo que habla con la novia. Dice que para tener mujer, por arrobas. Está atontado con tantas gorduras.

—Me voy por la calleja. Aquí te dejo. Se me revuelven las tripas viendo eso.

Los dos amigos se separaron: el uno sintiendo el calor de los duros en el costado izquierdo, confortando su corazón de sátiro viejo con aquel efluvio tibio y suave de la plata y pensando que es más hermosa la moneda que todo ese asco de papeles que suelta el Gobierno...; el otro, hosco, irritado, contrariado por aquella charranada que clamaba al cielo.

En cuanto el alcalde salió del Juzgado, fué a media rienda a casa de Mariquita León.

—¿Ya?—le preguntó ésta.

—Hecho, y usted mande.

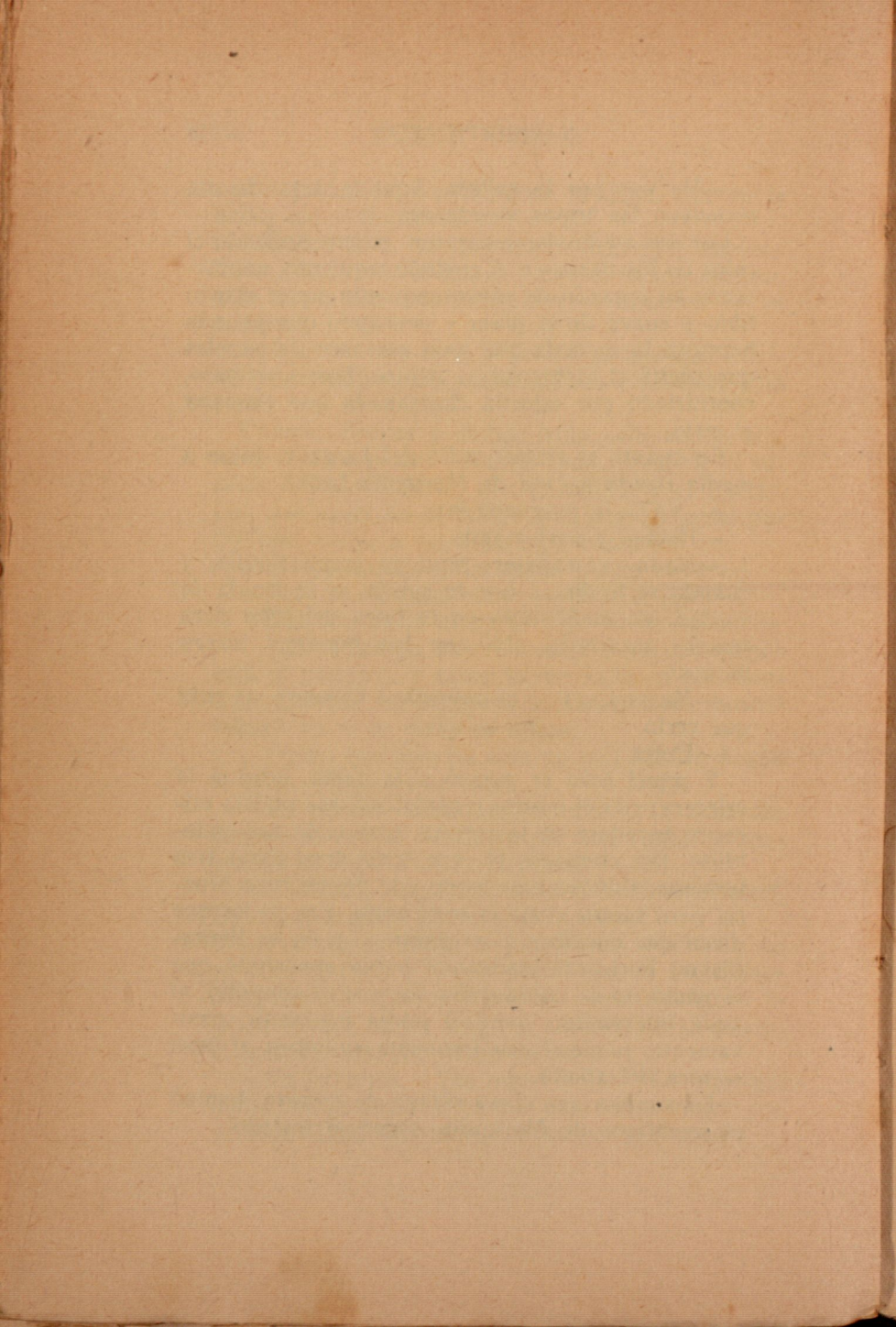
—Nada, a trabajar; aquí se juega limpio, y cuando se le dice a uno te ayudo, se le ayuda de verdad, no metiéndolo en la boca del lobo para tenerlo amarrado. ¡Ni que los hombres fuesen monos!

—Me voy. ¿Y... el chiquillo? Quisiera na más que verlo.

—Entra.

Y aquel *leño* se acercó a la cama, miró a la criatura, con el mismo respetó con que podría mirar al heredero de la corona, y al verlo tan endebllillo, tan chupado, él, que tenía tres como tres terneros, sintióse conmovido y le dió un beso brusco, pero sanote como la fruta recia. Era de los que dicen que conciben y no paren..., y en su limitadísimo horizonte intelectual había concebido que el pacto no se consagraba sin que el chiquillo, el amo, interviniese como él podía intervenir, pasivamente, poniendo su frentecita sudorosa al beso sonoro del aliado.

La sonrisa que como ráfaga de ternura iluminó el semblante de Mariquita, signó el tratado.



XIV

Don Jacinto sentía una especie de fiebre carcelaria que le impulsaba a huír del pueblo. Sabía que jamás llegaría a entrar en aquel ambiente, a conformarse con la vida tal como allí iba discutiendo. Puede decirse que su estancia pendía de un cabello..., del hilito de vida que quedaba al niño de Mariquita León. Por lo demás, nada le retenía ya en el pueblo. Aquel positivismo codicioso, aquel correr tras del ochavo con ansias de mendigos sedientos, aquella brutal indiferencia por todo lo que no fuera el *número uno*, la cruda egolatría de un pueblo de bestias que ni aun el látigo de la desgracia colectiva mueve, repugnábanle a él, que tenía ideal, que se había criado en otra atmósfera y guardaba el culto a las ideas como uno de los menesteres de la racionalidad. ¡En algo nos hemos de distinguir de las demás especies!

Y sin darse cuenta de ello, iba como despidiéndose, visitando lo mismo a los enfermos que a los sanos. Una tarde de aquéllas entró en casa de los herederos de Larán-larán. La verdad es que él mismo no sabía con qué propósito había ido allí. Constantino apenas le vió entrar dió un resoplido

como una res, una *rejustrada*, como allí dicen, y salió de estampía. La novia le recibió con mediana atención, y de pronto le plantó dos excusas como un par de banderillas.

—¡Qué habrá dicho usted de nosotros! Pero estamos partiendo... ¡usted no sabe! Con el primero que tenemos que cumplir es con don Jacinto. Eso hemos dicho todos... todos.

¡Qué vergüenza para el médico!

—Piensan que vengo a cobrar. No les pasa por el pensamiento que pueda yo venir a otra cosa. Y a Mercedes, ¿se le ocurriría lo mismo? No.

Estaba allí envuelta en su mantón negro, tiritando, con fiebre. En sus ojos leía el médico una gran alegría mezclada con una gran contrariedad.

—¡Si no puede ser, Dios mío, para qué vuelve!

Los dejaron solos en aquella galería que doraba el sol, como incendiando los cristales. Como estaba ya muy bajo, pintaba de color de rosa los bordes de unas nubes grises que estaban paradas en el aire. Y en el fondo calmoso de aquel silencio, pensaba el uno: “¿Cómo principiaré?” Y la otra: “Sé lo que va a decirme..., y por eso estoy temblando.”

Ahora sabía bien don Jacinto por qué había entrado allí. Lo que tenía que decir era muy sencillo, una sola pregunta:

—Mercedes, yo me voy. Espéranme allá en una casita humilde, etcétera, etcétera. ¿Quiere usted venir a ser el alma y la alegría de aquella casa? Sí, o no, y en paz con todo el mundo.

¡Pero qué sencillez tan tremenda! ¡Qué de escollos en torno de una interrogación que ocasiona un estremecimiento de todas las fibras con que se quiere!

—¡Qué clima más hermoso! ¡Cualquiera diría

que estamos en invierno! Sí, porque ya estamos en invierno. He cogido lirios en los vallados. Yo no sabía que había lirios en este tiempo, ni que las cunetas de la carretera se cubren de flores, de margaritas blancas...

—Aquí, siempre. Es lo único bueno que tenemos. El sol.

—No sé cómo hay quien padezca... Cuando leo que hay infelices que se mueren de frío estos días, ¡con qué ganas haría limosnas de sol, de éste, que calienta los huesos y hace a la sangre arder!

—Dicen que el sol sale para todos..., pero no es verdad. ¿Qué dice usted?

—Al sol, como todos los bienes del mundo, hay quien lo bebe hasta por los poros, y hay quien sólo lo ve a través del hielo, de la soledad y la miseria. En el mundo hay dos castas, Mercedes.

—Verdad, verdad. La casta de los que rien y la casta de los que lloran. Hace tiempo que lo sé. Y con la mirada quería decir: “¡Yo soy de ésa!”

“Vaya...—pensaba el médico—, que no sé cómo demonios he de ir derecho a la pregunta.”

Y, arrancándose de golpe, dijo:

—A usted le convendría mucho salir de aquí..., quitarse de esta casa llena de recuerdos. ¿No le agradaría a usted?

Y se quedó esperando la respuesta. Mercedes miraba al cielo, a las nubes grises que iban perdiendo el color rosáceo de sus bordes...

—El alma tiene sus enfermedades también; son las más graves. Hay un sol para el alma...

—Pero es como el otro. Sale para unos; para otros, no. Ya lo dijo usted: en el mundo hay dos castas.

—Para eso, no. El sol del alma, el que calienta y conforta por dentro, es para todos. Mire usted,

mi hermana es pobre...; pero *en lo demás* es riquísima. Tiene un marido que es el hombre más de bien que se conoce, y dos chiquillos rubios que parecen manzanas coronadas de espigas... Pues para ella sale el sol y la inunda por dentro; afuera sale convertido en salud y en alegría. ¿No le agradaría a usted tener esas dos cosas... como mi hermana?

—Sí. ¡Ya lo creo! Pero, ¿cuándo podría yo tener esas dos cosas? ¡Salud y alegría! Nunca.

—Como usted quisiera...

—¡Querer, querer!... ¡Apenas es hondo esto! No sabe usted lo que yo daría algunas veces por ser como los pájaros, que tienden las alas y no hay mundo para ellos. ¿Para qué? Después de todo, siento una cosa que me amarra, que me clava aquí, como acabará por clavarme en esta butaca. Algunas veces pienso si yo habré caído por equivocación en este huerto... ¿No ha visto usted cómo en un macizo de flores sale una col, y en un campo de coles un rosal? ¿Quién dejó caer la semilla? ¿Quién se equivocó? ¡Vaya usted a saberlo! Yo seré la col... El caso es que a mí me tocó beber lo amargo, como dice el padre Baquero: por mí pasan todas las penas que vienen enristradas unas con otras, sabe Dios desde cuándo.

—Pero ése es un fatalismo absurdo. Usted se imagina que la luz no tiene más que dos colores: no, hija, tiene muchos. Usted no ha visto más que un lado del mundo: el negro. Mercedes... dígamele usted con seriedad, como se dicen las cosas que no se repiten nunca, como si yo fuera su... hermano, con la gravedad de lo que influye en la vida... ¿Quiere usted ver el color blanco del mundo, el resplandor del alma? ¡Yo puedo hacerlo!

Y tras este "yo puedo hacerlo", en que un alma

amorosa esparcía su voluntad con toda la fuerza del afecto humano, el médico esperó la respuesta decisiva, seguro de que Mercedes lo había comprendido y no era menester clarearse más. En aquel momento el rumor de mujeres que charlaban en la cocina alzóse más en risotadas bestiales. El comentario zafio de alguna noticia, algún cuento verde, acaso un accidente burlesco de la murmuración, ¡quién sabe! Pero Mercedes sintió como un latigazo despiadado... Parecióle que esas risotadas eran las primeras explosiones de una lucha encarnizada y odiosa, en que el interés tomaría forma de insulto; el despecho, ropaje de grosería; la innoble ambición, tonos burlescos..., y para eso no tenía valor. No. ¡Antes la muerte! Sacar a la plaza lo íntimo de su espíritu; arrastrar por las cocinas las delicadezas de su amor, hacer trizas su afecto, convertir en materia de donaires lo que para ella tendría que ser culto y religión y fuente sellada de goces tranquilos, ¿eso querían? Pues eso nunca.

—No quiero ver más color que el que vi siempre. No saldré nunca de aquí..., es decir, saldré cuando vaya con mi padre, que me está esperando.

—¿Esa es la decisiva?

—La decisiva. ¡No hay otra!

Y no quiso mirar al médico, porque temía que, si le miraba, podría no ser tan decisiva la respuesta.

Hubo otro silencio, un poco más largo. Mercedes, con una rara persistencia, miraba al jirón de nubes que cambiaba de forma: seguía el risoteo de las mujeres en la cocina, y el médico parecía que había tragado algo muy doloroso que le im-

pedía hablar. Por fin rompió allá como Dios quiso.

—Efectivamente, éste es un clima muy hermoso. Sólo así se comprende que haya en la tierra lirios. ¡Qué buena es la tierra, y qué agradecida!

—Sí. Es lo único bueno que tenemos: el sol.

—Por eso digo ¡qué agradecida es la tierra! ¿La besa el sol? Pues da flores. Eso no se puede remediar.

Y bastante conmovido, haciendo por aparecer sereno e indiferente, levantóse, tendió su mano, un poco fría, que estrechó, que la rozó mejor dicho, con otra más fría la triste Mercedes, y no encontrando fórmula adecuada para una despedida eterna, que por lo mismo había de ser desgarradora...

—¡Adiós!—la dijo.

—¡Adiós, adiós!—le contestó Mercedes con la voz temblorosa.

Y así se despidieron dos almas que ya no debían encontrarse nunca.

.....

—Ya no tengo ese peso: se rompió el lazo. Después de todo, en la raíz de un berro se enreda un alma. No debía marchar sin aclarar este punto... Ya no puedo desear más que dos cosas, que vienen a ser una misma: paz y olvido. A trabajar, a saber, a tirarse de cabeza en el estudio, única cosa que emborracha decentemente al hombre... ¡Fuera de aquí! ¡Arriba! ¡A buscar oxígeno!

El padre Baquero venía calle arriba, hablando mano a mano con los podadores.

—Me alegro de encontrarle. Ya están éstos ahí; lo esperan.

—¿Quiénes?

—Parece usted tonto. Los médicos. Los de la consulta.

—¡Ah!, es verdad.

Ni se acordaba. Sintió un gran consuelo en tener que hablar y ocupar su espíritu en cosas cruelmente serias: en hacer que el médico acallara al hombre, con un gesto científico, seco, brutal. Mariquita León le había indicado:

—Una consulta..., ¿qué le parece a usted?

—Sí. Corriendo.

Y sintióse aliviado de otra responsabilidad. ¡Cómo pesa ese misterioso vacío de la ciencia, ese andar tanteando en las sombras! ¿No conoce uno la ley? Pues le piden que la tuerza, que la amolde, que la apañusque al caso.

—¿Por qué, por qué?—grita el enfermo.

—¿Por qué?

Y el médico tiene que pensar: “¡Desgraciado! Si yo lo supiera... Bastante hago si averiguo el cómo.”

—¿De modo, que vinieron los compañeros?

—¿No le digo a usted? Flautilla, el de Oblita, y don Cesáreo. Mariquita no vive. Yo creo que la pobre la tiene tragada. Pero hay que hacer todo, todo.

—Voy para allá. Si usted quiere, véngase y me la entretiene. La consulta va a ser para ella una desesperación. Y luego, ¡hablamos tanto los médicos!

—¿Los médicos? Ahora habla mucho todo el mundo. Es la enfermedad del tiempo. ¿Cómo dijo usted que se llama? No me acuerdo... Ah, sí: *Verborrea*. No está mal dicho.

Llegaron a casa de Mariquita. Allí esperaban los médicos. Empezó la consulta, y en tanto el pa-

dre Baquero distraía a la madre, que no quería separarse del niño.

—¿Tú ves esto? Pamplinas. No digo que cuatro ojos no vean más que dos..., pero los cuatro no bastan para ver la verdad muchas veces. Hay que confiar en cosas más altas..., en Dios. El no necesita consultar, porque es el único que sabe lo que hace. Así, que nosotros punto en boca. Lo que nos parece malo puede ser bueno, y viceversa, porque ¿nosotros qué diantre sabemos?

—Bueno, sí. Estoy conforme. ¡Dios! Pues a Dios le pido. ¿Usted cree que Dios querrá quitarme este angelito? ¿Por qué había de quererlo?

—¿Ves tú? Ya comenzamos. “¿Por qué?” ¡Es mucho cuento! Si un cavador o un podador de éstos te dijera: “Mi ama, ¿por qué manda usted que esto se haga así o asao?” ¿Qué le contestarías tú? “Porque me da la gana.” ¿No es eso? Y ya ves que no tiene comparación.

—¡Qué ha de tenerla! Pero yo, al que le digo eso, le pongo en la mano el jornal y lo dejo ir para su casa, y si tiene hijos los besa, y si tiene mujer le da el dinero, como diciéndola: “Toma, so tonta: ya ves que mis brazos sirven.” Y se comen el potaje a cucharadas de gloria.

—Que te remontas, que desbarras, Mariquilla. ¡Si supieras qué amargas son esas cucharadas de potaje! Hazte cuenta que vivimos en un valle de lágrimas. Unos lloran porque tienen; otros porque no tienen. Al que se encarama, leña, y abajo de cabeza. Al que se agacha, más leña. ¡Qué mundo sería éste, si no hubiera otro después! Y mira que allá no hay tío pásame usted el río, ni más moneda que las obras.

Los dos médicos forasteros llamados a consulta tenían cada uno su método para estos casos. Flau-

tila el de Oblita, ya se sabe, era de los que jamás prescindían del exordio: "Conforme en un todo con el parecer del distinguido compañero que me ha precedido en el uso de la palabra..." Don Cesáreo, por el contrario, servíase de gestos más que de voces, procurando hacerlos con la mayor majestad posible. De haber sido músico, se las hubiera compuesto a calderones.

Tardaron mucho en salir de la sala, y cuando lo hicieron quedó todo en su punto. Había que seguir con lo mismo, salvo tal cual variación sin sustancia en el régimen dietético.

—Pero se salvará, ¿no es esto?

—¡Oh! De eso tratamos, señora.

A los dos minutos estaba Flautilla en el casino, delante del piano, dispuesto a dar una conferencia. El temperamento helicense—es sabido que Oblita era la antigua Hélice de los griegos—se reveló aquella noche en la respetable persona del médico Flautilla, apodado así por su desmedida afición a silbar todo lo silbable. Habló de regeneración, según un programa que las *clases neutras* de su pueblo habían estudiado; de un porvenir de pública tranquilidad, que el país gozaría a la sombra protectora del susodicho programa...

—Y patatín, patatán—agregaban, coreando, aquellos escépticos venustenses.

—Yo soy republicano, pero templado, de los que quieren orden y paz y sosiego...

—Bien; eso no nos interesa. ¿Aprendió usted la jota de "Los falsificadores"?

—¡No la había de aprender! En cuanto se estrenó, a Madrid por ella.

—¡Venga de ahí!

Flautilla puso las manos en el teclado y, jota va, jota viene, no quedó hueso sano al repertorio

chico. Con ese pan artístico se nutría la generación que capituló en Manila y en Santiago y firmó la paz de París.

Era ya tarde cuando don Cesáreo llegó al casino. Diéronle bromas sabiendo que andaba empujado por cierta moza... "¡Vamos allá, que todo se sabe!" No le disgustaban tales indirectas a él, que estaba en buena edad, tenía un abdomen majestuoso y un pelo reluciente, que parecía untarlo de tocino. ¡Qué bien se peinaba, y qué frente tan bombeada, tan tersa e inalterable tenía!

—Don Cesáreo—díjole uno—, ¿es verdad lo que cuentan de aquel que le acompañó a usted?...

—¿Cómo que si es verdad?—dijo otro.

—Chis... Lo contaré—saltó Flautilla, que se precia por hacer de narrador—. Ustedes saben lo que es el condenado pueblo donde mi compañero ejerce. Cuestas por aquí, barrancos más allá, un pedazo de población abajo, otro pedazo arriba... Era en el mes de julio. ¿Qué visitita, eh? Estaba el compañero recién llegado, y molestábale la inversa costumbre de llamar al médico cuando va por la calle. A lo mejor, cuando se retiraba de un barrio, salía una mujer de aquellos despeñaperros: "¡Don Cesáreo, venga usted!" A lo mejor, para nada. Total, que el compañero dispuso no visitar más que a los que avisaran en forma, y no recibir los avisos más que en su casa. Una de las mañanas más picantes, en que a las cuatro echaron a cantar las cigarras, iba el compañero sudando la gota gorda, con un solazo que le achicharraba las espaldas, y entró en una casa del barrio alto, allá junto al cementerio. Al salir, un vecino de la casa contigua preguntóle: "Don Cesáreo, ¿va usted a su casa?" "Cuando acabe." "Pues vamos allá, porque tengo que hablarle allí." "Andando."

Y le acompañó por los demás barrios, de ceca en meca, ahora un cigarro, luego otro, hasta que dieron las diez y entró el médico en su casa. ¡Con qué gusto se quitó la ropa, mudóse de camisa, calzóse las zapatillas y pidió el almuerzo! “Usted dirá, buen amigo.” “Pues nada: que tengo un chiquillo malo, bastante malo, y quiero que lo visite usted.” “¿Ahora?” “¡Pues y entonces!” “Por vida de... En fin, vamos allá. ¿En dónde vive usted?” “¡Qué gracia! ¿No me vió usted salir de casa?” “¿En el barrio?” “Mismamente.” “Grandísimo... bellaco, ¿conque paso por su misma puerta y aguarda a decírmelo...?” “Pero como usted no recibe avisos más que en su casa, a estilo de capital, a su casa vengo, y ya está usted avisao. Conque vamos pa arriba, que es un paseillo y el tiempo está fresco.”

Rieron el relato de la novatada, hasta el punto de mosquearse don Cesáreo, que todo lo tomaba en serio. Gracias que en aquel momento llegó don Jacinto y hubieron de variar el tema de conversación. Estuvo obsequioso con los compañeros. Después de todo, sentía un alivio en adormecerse con toda aquella garrulería, en trasnochar un poco escuchando las jotas de Flautilla y mirando el pelo reluciente y la frente tersa de don Cesáreo, frente virgen, que no podía arrugar la contracción de un pensamiento, y acaso de ningún dolor, que parecía una hermosa laguna tranquila siempre, que no la riza el viento ni la inquieta el ala de ningún pájaro.

Cuando a la puerta del casino despidióse de sus compañeros, que tenían que marchar por la mañana, apenas amaneciese, siguió don Jacinto para su casa, entre la niebla sucia que llenaba las calles. Cada farol parecía un globo hundido en una caldera de vapores. La humedad podía mascarse...

Sudaban las piedras, sudaban las paredes, el aliento hendía la masa vaporosa como un chorro caliente, y como la niebla venía de allá abajo, del mar, tenía un sabor salado, como de lágrimas que llorase el cielo, inundando la tierra de una tristeza silenciosa y amarga.

Y entre aquel incierto caos en que todo se veía temblando, el médico creía oír sólo dos cosas que le saturaban de angustia el alma: la firme negativa de Mercedes y el quejido débil del niño de Mariquita León. ¡Los dos lazos rotos! ¡Los dos únicos rayos de sol, ahogados, apagados para siempre en aquel montón de nieblas saladas!

Una prima de la novia de Juanito *Sinsal*, casada con cierto labrador joven, robusto, y, en punto a agenciar y a cuidar de lo suyo, agonioso como el que más, tuvo la satisfacción de ver en sus brazos el primer fruto de su matrimonio, venido al mundo a los nueve meses y tres días después de aquella ceremonia. Desde que entró en meses mayores quedó concertado que Juanito y su novia apadrinarían lo que viniese, con gran gusto de entrambos, que estaban agradecidos a la prima, por ser favorecedora constante del noviazgo. Cuando llegó el punto y hora de cumplir esa obligación espiritual, esperaron a que el padre Baquero estuviese de semana en la parroquia, según hacían casi todos los vecinos en este caso.

De qué ignorados filones extrajo Juanito la plata necesaria para el lustre de aquella solemnidad, fué para todos un misterio; pero el caso es que allí no faltó de nada. Apenas oscureció salió la comitiva para la iglesia. Allí esperaban al catecúmeno una turba más que regular de caballeros cristianos de entre cinco a doce años de edad, que pa-

recía una bandada de vencejos piando y llenando con su inquieto revuelo el porche de la iglesia.

Sentáronse las hembras en un largo escaño que había en la nave principal, y los hombres, unos pasaron a la sacristía, y otros se agruparon al pie de las columnas, en tanto que el sacristán se las entendía gentilmente, en la misma puerta, con aquellos caballeros que trataban de forzar la entrada y de seguir su bulliciosa escaramuza en el templo.

La iglesia estaba casi a oscuras. Caía de las bóvedas como un viento frío que helaba las sienas. Delante del sagrario se columpiaba una lámpara en que chisporroteaba una luz; otras dos lámparas hacían el papel de alumbrar las naves, y en el fondo, al lado del coro sombrío, tres cirios encendidos dejaban caer un resplandor mate, mortecino y muy triste, sobre los bordes de una pila de mármol sucio. Parecía el templo más grande: los retablos se prolongaban con la sombra hasta la altura en que no se veía nada, y las imágenes, a las que un blando reflejo de carne pintada o de oro viejísimo descubría, parecían cadáveres en pie, momias impasibles, conservadas en aquel ambiente frío en que se condensaba el incienso.

En el coro alto, a la luz de un cabo de vela, veíase una masa negra, indeterminada y enorme, alargando sus tentáculos de sombras por los muros. Aquello resollaba, bufaba con una respiración espantosa, pero regular y mecánica, como un monstruo en plena salud que llena los pulmones. Era lo único que parecía vivir en aquel recinto medroso que un aire de gruta henchía y enfriaba. Las mujeres no alzaban la voz, inconscientemente cohibidas por el imponente aspecto de la iglesia.

Al asomar por la puerta de la sacristía, el refle-

jo de las luces que llevaran los acólitos, precediendo al padre Baquero, que traía puesto un roquete que de alba podría servir a los otros curas, levantáronse las mujeres y fueron a colocarse frente a la entrada, al pie de la pila del agua bendita. Diéronle a la madrina un rebujón de ropas blancas, entre las que el cachorro se rebullía. Desde el coro alto, envuelto en sombras, cayó como sonora catarata una marcha triunfal, que lanzaba el órgano con todos sus registros de trompetería, estremeciendo aquella silenciosa quietud que olía a incienso y a cera. La turba de chiquillos dió el asalto definitivo, rebasó el cancel y desparramóse por el templo, colgándose a racimos de la verja de la capilla bautismal, de las cornisas y resaltes que la adornaban, y con un gorjeo de pájaros alegres saludaban al cristiano nuevo.

Hacia la capilla fueron el padrino y la madrina con el catecúmeno en brazos, pues iba haciendo gestos muy expresivos bajo el pico de la estola, sin duda porque no fué muy de su gusto el puñado de *salis sapientice* que le echó el cura en la boca; y entre el órgano, los chiquillos, el barullo con que llenaban la capilla, las exclamaciones de las mujeres, no amedrentadas ya en aquel recinto iluminado, henchido hasta no haber un alfiler, y las bromas con que los hombres las animaban a no dejar de dar buenos cristianos al mundo, parecía que la iglesia se venía abajo, y ni el cura y el acólito se entendían con palabras.

Graves y entonados aparecían los padrinos en lo alto, teniendo al chico del todo asustado ya por aquel estruendo oído por primera vez. Cuando le quitaron el gorro e inclinaron hacia la pila aquella cabecita de color de ladrillo, el neófito pataleó por instinto de conservación, y cuando el padre Ba-

quero vertió sobre él, lentamente, el contenido de un más que mediano cuenco plateado, el caballero se puso hecho una furia y lloró y moqueó, y a poco más le da la alferecía.

—¡Tiene genio! ¡Tiene genio!—decían los acompañantes.

—Como no te calles, te zambullo—deciale también, riendo, el padre Baquero, acabada ya la ceremonia.

En un abrir y cerrar de ojos quedóse otra vez la iglesia en silencio. Salieron las mujeres, llevándose al mamón, que iba inconsolable. Los chiquillos desaparecieron de otro vuelo. El órgano callóse con súbito mutismo de fuelles y trompetería; apagaron las velas, y sólo quedaron en el templo, en el que no había más luces que en las lámparas, los que aguardaban al padre Baquero, y las imágenes mudas, inmóviles, como cadáveres en pie conservados en aquellas sombras frías y olorosas.

Al aparecer el grupo en la puerta oyóse el alarido tradicional con que la turba infantil pedía el puñado de cuartos. Tiróselo el padrino, rociando de céntimos el paseo: la metralla llegó hasta el casino. Y como saliera Currito el conserje a curiosear, lo embargó el padrino, con mucho regocijo de los acompañantes.

—Na, qué echas pa lante. Guitarra no faltará ni vino tampoco.

—Ea, pos vamos andando. Yo me llamo Juan queriendo.

Y entre el vocerío de los chiquillos, cada vez más exigentes, la curiosidad del vecindario, asombrado de aquel rumbo de Juanito, que iba echando dinero al aire como si su señor padre hubiese muerto, llegó la comitiva a la casa de la que había

salido un *moro* y entraba un cristiano hecho y derecho.

Comenzó el refresco. Por allí andaba el secretario obsequiando a las hembras con dulces finos y copitas de detestable licor. Según le ocurría siempre, estaba ya repuntado, diciendo chicoleos y verdulerías, con su cara de simio y sus patillas que parecían pellejos de brevas. El padrino atendía a la concurrencia masculina repartiendo ruedas de morcón picante, salchichón con especias, huevas de atún saladas, cosas fuertes y llamativas para hacer boca. Los vasos no paraban en un ir y venir de cangilones, rociando de aquel vinillo áspero y agradable los estómagos invitados. Pronto sintióse allí el efecto placentero de la ráfaga caliente... Aquel grupo de gente labradora fué desatándose de su encogimiento, y en todas las caras, en todos los ojos brillaba como una llama de sangre la dulce alegría de vivir. Poco a poco acabó la separación de sexos, que al principio impuso la rústica etiqueta: ellos iban allá llevando vino y ellas venían trayendo dulces.

—Pero vaya usted viendo—decía Currito—la manera que tienen estas pajoleras mujeres de alabar a las criaturas recién nacidas. Entra una, coge al chiquillo, y ¡ay, qué hermoso, parece un becerro!

—Propio a su padre—le contesta otra—. ¡Qué mono! Es un borreguito... Ni llora siquiera. ¡Cómo se parece a su padre! ¡Dios le bendiga! ¡Ay, qué bracitos tan ricos! ¡Y no pesa apenas! Buen ternero está. Su padre, no hay más que verlo.

Y todo se vuelve que si becerro, que si borrego, que si ternero, y a todo sale el padre a recibir el topetazo de la carambola.

A la madrina le retemblaban las gorduras, y con

la satisfacción parecía más guapa. El suave bozo de su cara morena atraía las miradas del concurso masculino y los piropos llovían sobre ella. Juanito, amartelado y mareadillo, tenía los ojos como dos candiles. Aquella moza alta y arrogante que consumía mucho espacio, se lo llevaba de calle, y así estaba él, que no daba pie con bola.

Cuando trajeron el guitarró y comenzó Currito a templar, hubo como una tregua. Cobraban fuerzas para acudir al baile. El padre Baquero estaba a sus anchas; esas gentes le gustaban a él, no las melindrosas que empalagaban con sus tonterías. Las hembras le obsequiaban, le atarugaban de dulces y zalamerías.

—¡Bien os conozco, diablillas! Mucho cuidar al padre, para que haya manga ancha, ¿eh? Pues bien estrecha que la ha de tener. Ya os lo dirá cuando vayáis a desocupar el saco.

—Padre Baquero, vaya este dulce... Yo soy la más mala.

—Y yo, ¿qué soy?—dijo una rubia que parecía un ángel.

—¿Tú? La más fea que he bautizado en mi vida. Luego te arreglaste un poco.

—¡Esa guitarra, Currito! Que uno se murió templando.

—Ya está.

Y comenzó un rasgueo furioso que electrizó al concurso. El primero en sacar pareja fué el secretario; a la madrina nada menos. Pero ya no podía; así es que a las primeras zapatetas cayó de trasero y se quedó sentado hecho un odre entre la algazara de todo el mundo. Sin perder un solo compás le sustituyó Juanito, y allí fué el piropear, el palmotear, el tirar de sombreros a los pies, con todo el acostumbrado trámite del entusiasmo po-

pular en estos lances. Juanito se atontolinaba viendo aquellos meneos de su pareja: lo sacaba de quicio el ritmo endiablado de la carne moviéndose a compás, y la luz de aquellos ojos negros, luciendo en la cara que animaba el bozo como una leve sombra de tul.

Después bailaron otras parejas, en pelotón, llenando todas las habitaciones de la casa, que no era muy grande. Hasta la madre de familia quiso dar un respingo, pero no lo consintieron.

—Mira tú, María líos—díjole el padre Baquero—, ¿quieres que venga por ti a cantarte un responso? ¡El demonio de las mujeres, y cómo se encalambrinan en cuanto que hay jolgorio!

Cuando mayor era el escándalo, llamaron a Juanito; alguien quería hablar con él en la calle. En la esquina vió un bulto, y fué para él.

—Hola, ¿qué hay?

—Na, que necesito que principie eso esta noche.

—¿Esta noche? ¿Mismamente?

—Mismamente. Esperaba una partía que no me trujeron. No tengo trigo pa echar mano: conque ya ves tú.

—Pero esta noche... ¡Mía que esta noche!

—¿Ahora te echas patrás? ¿Después que has tomao el conque?

—No, no. Descuida. Lo mismo me da una noche que otra.

—Mía que te espero.

—Espérame. En cuanto acabe voy pa casa.

Y el panadero, que había soltado los duros para el bautizo a cuenta del trigo que Juanito le fuese entregando, claro es, pagando a treinta lo que valía sesenta, fué confiado en la palabra de su convecino. Juanito volvió al baile, aunque mucho más fresco ya: la conversación había rebajado unos

puntos del alboroto que Baco y Venus le produjeran. Siguió la zambra; el cura escabullóse como pudo, y cuando el grupo fué más íntimo, Curríto echó mano a contar cuentos, que ardían en un candil y hacían dar gritos a las hembras, las que, tapándose la cara, reían de un modo que la nuca les daba saltos.

Por último despidiéronse, deseando felicidad al ilustre vástago, que berreaba en la cuna pidiendo algo también. Salieron a la calle y respiraron con deleite el aire fresco, que no olía a vino ni a sudores. Juanito acompañó a su novia y comadre, que iba en medio del grupo dando envidia a las piedras que pisaba. Cuando se quedó solo, sintió encima el peso del compromiso. Aquel hombre esperaba: nada más justo. Gracias a él pudo portarse como una persona decente; ahora le tocaba cumplir la parte más espinosa del convenio. Pero, ¿por qué había de andar así, teniendo lo suyo, disponiendo, según el derecho, de su porción legítima, que no era despreciable? Por el egoísmo feroz de su padre, que creía haber hecho demasiado con traerlo al mundo. Y alzando los ojos al cielo azul en que brillaba un sin fin de estrellas, púsolas por testigos de aquella desgracia... y de aquel gran miedo que sentía cuando se trataba de menoscabar la hacienda por artes tan liberales.

Cuando llegó al cabo de la calle, vió luz que salía de una puerta. Allí volvió a temblar. El inflexible acreedor no dormía. Aquella luz parecía la de su mirada fija, inexorable, reclamando el pago de la obligación, de aquellos duros tan sonoros y relucientes, de los que no quedaba ni rastro. Y había de ser aquella misma noche... Nada de plazos, ni treguas, ni suspiros. Toda la diversión se le agriaba. Paso entre paso, como quien no desea

llegar a un punto, haciendo la entretenida como el triste reo que va para el patíbulo, iba Juanito acercándose a la luz. El mismo quedó sorprendido cuando la sintió en la cara.

—¡Eh! Buenas noches. ¿A qué hora te acostarás tú?

—Lo menos a las dos.

El panadero atravesó la puerta, sabiendo ya a la hora en que había de estar en la calleja esperando lo que cayese de las tapias.

Todavía dió varias bordadas antes de arribar a su casa. Tenía un llavín; pero, ¿abriría calladamente o haría el acostumbrado estruendo? ¡Brevas tenía un oído! Abrió como siempre, cerró con estrépito, y en seguida oyó removerse al centinela.

—¡Qué horitas!—murmuró, y al parecer volvió el viejo a dormirse.

Fué a la cocina, despertó a Miajitas, abrió la puerta del corral, quitándole más trancas que palos tiene un pinar, y cuando entró simuló que las iba poniendo en su lugar y oficio. Cogió el velón y se encerró en su alcoba.

No se quitó más que las botas y se tumbó boca arriba en el camastro en que molía su juventud tan estéril y sin sustancia. Allí, con el pulso febril y los ojos muy abiertos, pensando en cosas amargas, dejó pasar minutos, que el reloj de la iglesia iba contando y anunciaba las sumas con campanadas.

—¡Dios, esta casa es una inquisición! Hambre, miseria, buffíos... Ni ratas hay aquí. ¿De qué habían de mantenerse si las hubiera? El dinero parece que tiene miedo; hasta los cuartos cochinos echan solos a correr pa esconderse, y yo, que soy aquí uno de los amos, esto: un catre de hospital o de cárcel; cuatro porquerías pa el condumio, y mo-

neda, anda vé y gánala... ¡que cuando la ganes te la quito! ¡Ese hombre!

Con estos amargores se iba animando: él no quería que nadie, ni su propia conciencia, le acusase. No era un ratero: era un amo que cogía lo suyo por la ventana cuando no podía por la puerta. Veniale de casta aquel gran respeto a la propiedad suya... No comprendía que se pudiera robar sino en los negocios; y eso no es robar, es ser más listo, más poderoso, más aventajado en el juego social, en que unos pierden los ojos y otros ganan millones. La propiedad, ¡qué cosa más santa! ¡Cómo había él de robar vulgarmente...! A poco más santifica la defensa de los bienes con que su padre lo traía mendigando.

En esto el reloj dió dos campanadas solemnes, que vibraron un poco en el ambiente húmedo. ¡Arriba! Ya no había remedio. El hombre que es hombre tiene que cumplir su palabra..., aunque la palabra le cueste un disgusto de los gordos.

XVI

Al echarse de la cama abajo todavía se entretuvo algo en quitar a la torcida del velón una porra encendida y maloliente, que le dió motivo para conjeturar una próxima mudanza de tiempo. Descalzo, conforme estaba, salió; previno con un gesto a Miajitas, que se quedó de centinela avanzado, y subió poco a poco, no haciendo más ruido que una rata, por la escalera del granero. Con un clavo tuerto hizo alguna maniobra en el candado, que abriéndose despidió la rosca, y Juanito pudo entrar sin que lo sintiese la tierra.

No era muy grande aquel granero. Caían del techo, a modo de pabellones, las telarañas; en los rincones habíase acumulado la suciedad de siglos y siglos, y una capa densa de polvo lo cubría todo. En un rincón había una pala y un montón de sacos, tan recosidos, tupidos y viejos, que hasta las ratas parecían despreciarlos. El gran montón de blanal llenaba las tres partes de aquel polvoriento espacio.

Juanito dejó el veloncillo en el suelo, cogió un par de sacos de aquéllos y, puesto en el borde del montón de trigo, arrodillado, comenzó a raer con

la mano, mansamente, sin hacer ruido, y a henchir el costal de aquel grano dorado y limpio. Durante la faena paróse a escuchar una o dos veces. Nada. El silencio de la madrugada adormecía aquella casa grande y triste, que la avaricia tapiaba con colgaduras de polvo y con pabellones de telarañas.

Una vez lleno el costal, atólo por la boca y, haciendo un esfuerzo, fué a ponerlo junto a la puerta. Tuvo que descansar para limpiarse el sudor que abundantemente le corría por las sienes. Engolfado de nuevo en su tarea se hallaba, cuando parecióle oír un leve rumor a sus espaldas. Sobresaltóse y, sin dejar de mantener la boca del costal entreabierta, miró hacia allá. Casi en la misma puerta, detrás del veloncillo que apenas alumbraba, vió una sombra larga e imponente, que lo dejó como helado. Era Brevas, el mismo Brevas, que acudía a defender su hacienda.

—Nada; concluye. Si es preciso, yo te ayudaré.

Vibraba algo tremendo en aquella calma con que el viejo aparecía. Juanito se había quedado como quien ve visiones. No podía hablar ni pensar, le zumbaban los oídos y se le secaba la lengua. Al querer enderezarse, no pudo, y se quedó en cuclillas, aplastado por aquella mirada que caía sobre él como una llama iracunda.

—¡Está bien! ¿A cómo te lo pagan, hijo mío?

Juanito sintió toda la amargura del reproche. Sublevóse en él la sangre burguesa, y la prudencia nativa del labrador que no gusta de tirar a la calle lo que recogió en el campo entre fatigas y sudores, y estuvo a punto de caer de bruces pidiendo perdón, con fervorosos propósitos de enmienda. Aquella mansedumbre irritó más a su padre; fué como echar leña al fuego, y así avanzó, amena-

zando con el gesto, con la actitud, con la mirada, con todo su ser...

—Dime, ¿en dónde has aprendido el oficio? ¿Quién te lo enseñó? Ya eres maestro: sabes trabajar con la ganzúa, sabes robar bien y con arte. No te faltan más que las últimas lecciones...; esas que se aprenden en presidio.

—¿Yo?...

—¡Tú! Los ladrones no tienen otra casa.

—¡Eh, cuidado con lo que se dice!—gritó Juanito poniéndose en pie.

—¿Amenazas también? Verás el caso que yo hago.

Y animándose a la vista de aquellos dos costales, el uno lleno, el otro a medio llenar, avanzó hacia su hijo, gritándole:

—¡Ladrón, sí, ladrón!—y alzando el puño para darle en la cara.

—¡Eso sí que no!

Pero antes de que pudiera impedirlo, sintió la bofetada, que parecía haberle arrancado una tór-diga de piel. No fué grito, fué un berrido como de animal herido traicioneramente el que lanzó Juanito, ciego ya de vergüenza y de ira.

—¡Ladrón, no! Cojo lo mío, ¿sabe usted? Lo que usted me roba, ¿sabe usted? Lo que ha debido darme y no me da porque es usted un avariento... ¿Qué da usted a sus hijos? Hambre, miseria, bofetás como esta que me está chorreando sangre por dentro y que parece que me va a ajogar.

—¡Cállate, bandido! He de quitarte del mundo...

Y como fuese a repetir el golpe, Juanito, que tenía los ojos llenos de sangre y no estaba ya en su sano juicio, cogióle el brazo, torcióselo con una fuerza inverosímil, dobló a su padre como si fuera un alfeñique, y, cogiéndolo por el pescuezo, em-

pezó a zambullirlo, al par que con un grito ronco decía:

—¿Quieres trigo? Toma, hártate... ¡Yo quiero lo mío pa tiralo, pa jundilo, pa lo que me dé la real gana!

Y con la mano, que parecía una tenaza, seguía hundiendo y sacando la cabeza en el montón de grano, con un ritmo de convulsión en que, al parecer, el paciente agonizaba. Dejóle al fin dando rebufos, con la boca llena de trigo y la cara hinchada como un ahorcado. Juanito, vacilando cual si estuviera ebrio, bajó las escaleras, entró en la alcoba y se tumbó en la cama.

Arriba quedó Brevas inmóvil, tendido sobre el montón de blanal, en aquel granero en que caían sombras espesas del techo, y en el suelo seguía ardiendo el veloncillo con una porra en la piqueta, tan apestosa, que parecía que estaban quemando lana. Pasó algún tiempo, y Miajitas, que esperaba por momentos sentir encima toda la cólera del amo, tapábase con la ruin manta la cabeza.

—De ésta sí que no me escapo... Bien puedes ir buscando dónde meterte, Miajitas, porque del primer puntapié Brevas te pone en lo alto de la torre.

Pero nada. El puntapié no venía ni el escándalo tampoco. Animado por esta tardanza inverosímil, Miajitas sacó la cabeza de la colcha, y, no oyendo ni el vuelo de un mosquito en toda la casa, echó el cuerpo fuera y púsose a escuchar al pie de la escalera. ¿Habría soñado? Con ese temor que siempre tenía, le parecía ver a Brevas en todas partes. Y subió a reculones, moviendo las ancas como un animal derrengado, cogió el veloncillo, lo despabiló, y sólo al alzarse la luz como una

almendra rojiza vió a Brevas tumbado allí sobre el montón de trigo, con la cara azulada y descompuesta y los ojos extraviados como un moribundo. Miajitas empezó a temblar, y por poco el velón viene al suelo. Oyó que Brevas hablaba, pero no lo entendía: era un ladrido angustioso, apresurado, un batir de la lengua en el aire que no tenía sentido. Para dominar su espanto, tuvo Miajitas que hacer un grande esfuerzo. Quiso incorporar a su amo y no pudo. Brevas, herido como por un rayo en la nuca, yacía con todo el lado derecho paralizado por la hemiplejía. El criado bajó. Fué a la alcoba de Juanito.

—A tu padre le ha dao un aire; ven, que no pueo solo.

Juanito parecía que tenía otro aire, porque ni contestó siquiera. Volvió al granero, y como Dios le dió a entender, cargó con Brevas, y medio a rastras lo llevó a su habitación y lo echó en su cama. Después, mientras descansaba de aquel inusitado y en él increíble esfuerzo, pensó qué es lo que convenía hacer allí. Por lo pronto se le ocurrió que no estaría de más avisar a la hija. La mujer es algo muy necesario en estos casos. Y allá se fué, dejando todas las puertas abiertas.

Apenas la hija recibió la noticia, saltó de un brinco.

—¿Quién queda allí?

—Juanito.

—¿Juanito? ¡Ay, Dios mío de mi alma, lo que estará haciendo a estas horas!

Despertó al marido, lo sacudió, lo zamarreó hasta ponerlo de pie y más despejado que un linco. Cada minuto que tardaban en vestirse parecía-le a la hija que su hermano lo ocupaba en buscar el gato. ¡Quizá ya lo tendría! ¡Acaso llegarían ellos

tarde! Y con esta idea le daban unos ahogos que no atinaba. Su marido era de los que en el vestir no pierden ripio. Quería el pañuelo de seda, la faja buena, el *marsellés* con las monedas de plata. En cuanto a ella, se hubiera ido en pie y pierna, con un pañuelo y unas chanclas por toda vestidura. ¿Quién sabe lo que aquel niño estaría haciendo?

Por el camino cayó sobre Miajitas un chaparrón de preguntas.

—¿Habla todavía? ¿Tiene las llaves? ¿A qué hora le dió el mal? ¿Conoce a la gente? ¿Juanito entró en la alcoba?

Al entrar por las puertas empezó a dar chillidos, a demostrar su dolor con tan fiero esfuerzo de pulmones que el barrio se estremecía. Tales fueron los extremos, que Juanito saltó de la cama, y el enfermo empezó a ladrar como si le entrasen saetas por los tímpanos.

Lo primero de que procuró asegurarse es que las llaves estaban allí debajo del colchón, y con gran valentía sacólas del nido. Abrió la cómoda, empezó a trastear en unos viejísimos baúles forrados de piel de toro sin curtir; sacó ropa, una ropa que olía a humedad y estaba tan amarilla como el pellejo de las camuesas; mandó a Miajitas que avisara al médico en tanto que ella encendía las hornillas y su marido retorció el pescuezo a una gallina para hacer los caldos. Una ráfaga de actividad femenina henchía ahora aquella solitaria casa de viudo avaro, y a todo esto nadie se cuidaba de preguntar cómo, por qué y dónde había estallado aquella súbita enfermedad que postraba a Brevas.

—No lo dejes; pégate a él como su sombra. Yo

conozco a mi hermano y en un pestañear nos deja limpios.

Y cuando ella subió al granero y vió el destroz, esto es, el saco de trigo lleno y el otro a medio llenar, ¡allí fué Troya! No había quien le sacara de la cabeza que Juanito, aprovechando las circunstancias, había estado sacando trigo Dios sabe desde qué hora.

—¡Pillo! ¡Granuja! Lo que padre dice es la verdad. Allí... en el granero... ¡Allí ha sido ella!

Imaginóse Juanito que su hermana sabía ya lo ocurrido en el granero, y bajó la cabeza avergonzado. No fué menester más para que la otra confirmase sus sospechas.

—Lo confiesas, ¿eh?

Y en torno suyo organizó una exquisita vigilancia. Vino el médico cuando ya amanecía; enteróse, reconoció, recetó, prescribió un régimen severo. A poco entró el Sacristán, y como práctico en esos alifafes, empezó a mandar: hagan esto, traigan lo otro, que se le aplique tal cosa... Todo lo que él tenía como provechosos remedios contra los aires.

—¿Qué lado le ha cogido? ¿El derecho? El peor es el izquierdo.

Y alzaba su hombro torcido, como un testimonio fehaciente de la poca gravedad del mal.

Así que tocaron a misa y la gente fué enterándose, empezaron a llover visitas a racimos. Todas las comadres acudían con su receta. Las unas, que almendras amargas; las otras, que emplastos de ruda; esotras, que emplastos de jara cervical... Una farmacopea inédita tanto o más extensa que la oficial. Gracias a enérgicos revulsivos pudo Brevas dar señales de vida y de alguna aparente lucidez. La mirada se le fué aclarando, pero áquel

ladrido no acertaba a cuajar la palabra. Supusieron que le había vuelto el juicio, porque echó a su hija una mirada tan rencorosa que parecía una maldición. Después, al mirar los cajones abiertos, los baúles con el vientre al aire, la ropa revuelta y las llaves al retortero, se le cayeron dos lágrimas, que rodaron silenciosamente por su cara, que parecía de palo. Una vez que Miajitas entró en la alcoba para cierto menester del enfermo, miróle éste con una fuerza tal de odio, que tuvo que salir más que de prisa, meneando las ancas y sonando los zahones.

—¡Que se arrime el diablo! En cuanto que se ponga bueno, si se pone, ¡no va a ser patá ni na!

Todo el día se lo pasaron así: visita va y visita viene. El yerno de Brevas estuvo catando los vinos con esa devoción respetuosa del inteligente. En la tarea ayudóle Miajitas, como buen perito, y allá se pusieron a medios pelos. Por la tarde eran dos seres felices que lo mismo se les daba por lo que iba que por lo que viniese. Una tranquila filosofía los inundaba y se guiñaban los ojos como diciéndose: “¿Eh? ¡Eso sí que vale! Mañana se repetirá la función.”

La hija parecía una gota de azogue. Contaba a todo el mundo cómo había tenido que traer desde los garbanzos hasta el carbón: allí no había nada. ¡Bendito sea Dios, lo que son las casas con hombres solos! Y desde la cocina iba a la alcoba, desde la alcoba al corral, y apenas las mujeres que la servían dábanle abasto.

—¿Has dao con algo?—preguntóle su marido.

—Todavía no.

—¿Y ése?

—Tumbao a la larga. Sabe Dios cómo quedaría de acarrear trigo. Parece que echó los bofes.

—Bueno: ¡pues mucho ojo y mucho aquel!...

—¿A ver? ¡Lo que yo me figuraba! ¡Uf, qué peste a vino! Maldito sea...

—¿Yo? No faltaba más sino que...—contestó dando unas cuantas remecidas.

—Mira el condenao Miajitas cómo viene. Ese mosquito estripao... ¡Que os huela el diantre!

Los dos se echaron a reír con una risa franca, noblota... Les hacía mucha gracia aquella salida.

—¿Qué te parece, Miajitas, eh?

—Las cosas de las mujeres. Son toas lo mesmo. Yo, al vino.

—Echa pacá la limeta.

—Vaya, mi amo, a la salud del que pudre.

—¿Tú crees que ya pudre?

—Lo que es singún el fato que a mí me dió...

Y otra vez soltaron el trapo, alegres, felices, encantados de aquella tranquilidad y aquella abundancia.

Por la noche, cuando Juanito salió como a la desesperada, ayuno y huraño, empezó formalmente la requisa. No dejó la hija y heredera un tiesto que no moviera, palpara, viera y registrara. Dió otro asalto a los baúles: pieza por pieza fué revuelto todo el menaje. “¡Nada! No parecía un solo cuarto. ¿Lo tendría enterrado? ¿Pero en dónde?” Impaciente ya, y con una rabia interior que se la comía, plantóse delante de Brevas.

—¿Sabe usted lo que busco? Dinero. Para usted, para sus alimentos..., para su salud... ¿Es que usted no lo tiene? Yo tampoco.

Y miró al enfermo. Una cruel expresión de ironía, de burla, animaba aquella cara. El *rictus* hemipléjico fingía una sonrisa implacable, como de triunfo, silenciosa.

—Qué, ¿se ríe usted?

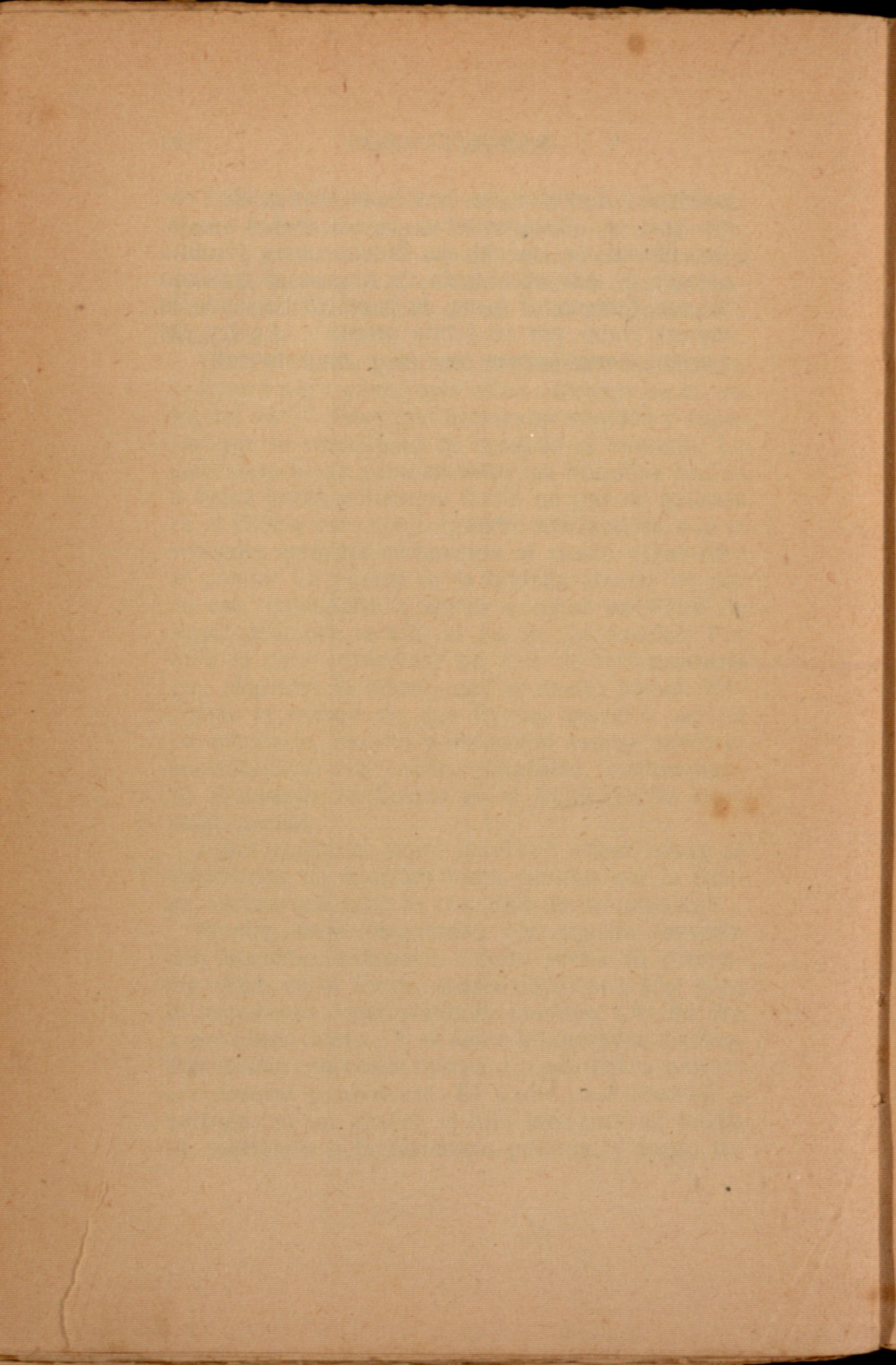
Y le puso la luz en la cara. La boca, levantada de un lado hasta poner la comisura en el carrillo, daba a su semblante aquella apariencia sarcástica con que parecía reír, en tanto que los ojos iracundos despedían chispas de un odio amordazado e impotente.

Observó hacia qué lado miraba con insistencia. "¿Estará ahí? ¿Será más allá? ¿Debajo de la cama tal vez?" Tuvo que declararse vencida y esperar que la casualidad la revelase el misterio. La casa parecía un campamento: las hornillas ardían a todas horas y siempre había un par de gallinas en el ollón y otro por colgando, enfriándose, con la enjundia amarilla endurecida al viento. ¡Qué bien se comía! La puerta de la bodega abierta de par en par, convidaba a entrar y echar un trago de aquel delicioso mosto, al pie de los toneles. Por toda la casa extendiase un olor de testamentaria que alegraba lo mismo que el mosto nuevo. Hacíanse la ilusión de que Brevas murió y estaba ya enterrado. Muerto y enterrado estaba mientras permaneciese así, mudo, paralítico, contemplando el saqueo, enclavado en el lecho con la mordaza puesta.

¿Qué pensaría aquel hombre? ¿Qué cosas se revolverían en aquellos sesos, heridos por la chispa nérvea que tuvo la crueldad de no matarlo?

Juanito, asaz disgustado por aquella invasión del domicilio, excusaba cuanto podía su presencia. Allá, en el fondo, sentía como una leve gota de esperanza, confortándolo también. ¡Al fin iba a ser libre, rico!... Y el amor le aguijaba, haciéndole soñar con cosas dulces. Lo que había pasado era natural y corriente. El padre resistiéndose a entregar ni un grano; el hijo buscando el medio de sustraerlo a la vigilancia paterna, y luego los

accidentes forzosos de esta lucha tan noble; como que en ella entrambas partes tenían razón. Por último, la muerte de Brevas como término natural de una vida llena de afanes, el traslado de una fortuna, el turno de herencia haciendo la riqueza rodar por su órbita propia... ¡La ley del mundo, cumpliéndose serena y majestuosa!



—Está visto que tendremos que mandar por caciques de fuera. Los nuestros se han acabado de un soplo—decía el padre Baquero, comentando los últimos sucesos.

—¿No queda el Sacristán? Pues con él hay bastante.

—Justo. Y si no echaremos mano a la nueva otoñada: Constantino, Juanito y el chiquillo del Sacristán, que es la res más mala que pare madre.

En esto llegaba don Jacinto.

—¿Cómo va aquello, padre Baquero?

—Lo mismo. Aunque yo creo que esa Mariquita tiene una salud que no la mata un toro. Allí está sin despejarse del chiquillo muerto... Ha tenido tres o cuatro arrechuchos de los suyos; no ha consentido que se le acerque nadie, y yo me he pasado las horas muertas, toda la madrugada, oyéndola disparatar. En cuanto el angelito se quedó cuajado, con los ojazos abiertos, mirando allá arriba, al sitio donde se le fué el alma, Mariquita se me quedó alelada, no comprendía, no quería comprender... Y me preguntaba si su niño estaría dormido, si sería bueno despertarle, si le ha-

ría daño estar así, de espaldas, con la boquita abierta... ¡Figúrese usted mis apuros! Después, ella sola fué cayendo en el hoyo negro de su desgracia, y ¡aquí te quiero ver, escopeta! Era la leona a la que roban el cachorro. Dios no puede tomarle en cuenta las cosas que dijo esa loca. Todo se me volvía desear que llorara; de buena gana la hubiese pegado, para eso, para que la cara se le mojase... Me daban miedo aquellos ojos secos que echaban fuego y relampagueaban...

—¿Y lloró?

—Lloró. Después de los truenos, la lluvia. Esto la alivió mucho. Y, como usted sabe lo mismo que yo de qué pie cojea, no dejó de remontarse con sus cosas. Puso el chiquillo en la cama grande, en el mismo sitio en que estuvo el padre la noche en que murió, y allí, con la cabeza sobre el colchón y los pies de la criatura en sus manos, estuvo llorando con una aflicción que conmovía a las piedras. ¡Si viera usted qué cosa más triste ver aquellos piecitos mojados por las lágrimas, rígidos ya, y descoloridos! ¡Le digo a usted que pasé un rato!...

—¿Tuvo otras crisis?

—¡Digo! Como siempre, la tomó con la familia. Echó a toda la parentela a la calle. La voz de los hermanos heríala hasta el punto de ponerse a dar gritos. “¡Ellos, ellos!”, decía mirando al niño, como si su gente lo hubiese asesinado. Yo creo que de esta hecha Mariquita no vuelve a ser Mariquita. Gracias a la salud que Dios le ha dado, saldrá de este golpe. Pero, ¿cómo saldrá?

—¡Pobre mujer! Padre Baquero, ya sabrá usted que me voy... antes quisiera ver a Mariquita; pero ¡aquí de mi escúpulo!, al verme, va a sentir como una puñalada. ¿Es justo que aumente su

dolor? ¿No sería mejorirme sin verla? ¡Y si viera usted cuánto sentiríairme así, sin estrechar la mano del mejor, del único *amigo* que tuve en este pueblo!

—No, señor. Usted va y se despide. Yo la conozco. Ese dolor no puede ser tan hondo como el otro, el que lleva clavado en las entrañas. ¿Qué puede pasar? ¿Que lllore? Mejor. ¿Que se conmueve, que se irrita? Mejor. Como es imposible aliviarla con distracciones, hay que buscarla dolores que la hagan vivir. Ninguno puede ser tan intenso como el que la aplasta. Déjeme usted a mí, que yo entiendo mucho de esto.

—Pues vamos andando. Cumpliré con ese deber de amistad, y luego... nada me queda por hacer. Esta noche al tren, y ¡adiós Venusta!

—Y usted se imagina que con decir ¡adiós Venusta!, deja atrás todo lo que es dolor, fealdad, bajeza... ¡ya, ya! Si alguna vez nos vemos, que será difícil, ya me contará usted.

—Padre, ¿entonces usted cree que el mundo es esto? Sería desesperante. ¿Qué esperanza habría para los hombres buenos?

—Una. La de allá arriba.

Y el padre Baquero, al señalar al cielo, lo hizo con una gravedad que en él pocas veces se había visto.

Hablaron de Brevás.

—Aquello es indecoroso. ¿Se acuerda usted de la casa de Larán-larán, cuando las particiones? Peor, mil veces peor. La hija, que es una arbolaria, no ha dejado ladrillo que no registre. Los dos hermanos anduvieron anoche a trastazo limpio, mientras que el yerno, metido en la bodega con Miajitas, borracho perdido, dice: “¡Vengan bombas!” Y a todo esto, Brevas, como usted sabe,

con el hocico torcido, el lado del cuerpo seco y la lengua trabada, presenciando con cada ojo como una casa aquel saqueo, aquel destrozo de su hacienda. ¡Qué castigos manda Dios! No parece sino que alguna vez el infierno se impacienta y gana por la mano a la muerte.

—¡Y dice usted que en el mundo no hay otra cosa!

—Bueno; si usted lo toma por donde quema, no he dicho nada. Yo me entiendo. Y todo aquello por el cochino interés. ¡Bendito y alabado sea Dios, que cuando me acuesto con una peseta en casa, me parece que se va a hundir el mundo! Lo primero que hago en cuanto amanece es gastarla, para que no me den tentaciones. No se puede servir a dos señores, diga usted que no. Una vez tuve yo cincuenta duros. La primera y la última, don Jacinto. Pues verá usted: yo quería quitarlos de casa, porque andaba preocupadillo. Diéronme sobre doscientos consejos; por último tomé el de un vecino que me decía: "arrímelos usted a cualquier negocio; que ganen. El dinero que no gana, se vuelve estiércol." ¡Ea!, que cogí mis cincuenta machos y se los arrimé a uno que negociaba en vinos. Va usted a ganar tanto; va usted a coger cuanto, no había quien no me pronosticara. Yo me acordaba, alguna que otra vez, así como engolosinado... y hasta rezando las horas, se me venían los condenados cincuenta duros al pensamiento. Dió la casualidad que aquel año la uva se puso por las nubes y luego el mosto por los suelos. Total, que de una mano a otra, el demonio se llevó los cuartos. Todavía me acuerdo de la cara con que el negociante vino a darmé cuenta, única cosa que el pobrecillo podía darme. Parecía morirse de ictericia; nunca he visto una tristeza semejante. Y a mí me

dió tal gana de reír, que el hombre se me quedó espantado. No podía comprender aquella salida, y hasta se enfurruñó un poco, que al fin, él había perdido algo más que yo; sus tres o cuatro mil pesetas. ¿Sabe usted de qué me reía yo? De mí mismo. De mí, que había empezado a engatusarme el negocio, y entonces vime tan ridículo, que no había en el mundo cosa que más gracia me hiciera. ¡Buen cura hubiera yo hecho con unas cuantas talegas! ¡Tendrían que ver las horitas que yo rezase! Nada; ¡fuera esa peste!

Llegaron a casa de Mariquita León. Había mucha gente. Las mujeres habían llorado casi todas, y la que no podía, hacía sus pucheros. Cuchicheaban sin alzar la voz, comentando el suceso, no por esperado menos triste. Los hombres, allá en la galería, hablaban de las labores del campo con un tono reposado, casi solemne, acomodado a las circunstancias. Sabían que Mariquita no admitía a nadie, no quería que nadie le hablara. Sola, en la alcoba, velaba el cadáver de su hijo, que era el cadáver de todas sus ilusiones. Y como le parecía todo ruido una profanación, las mujeres de la casa siseaban cada tres minutos, siempre que el concurso femenino alzaba el gallo, dejándose llevar por una innata propensión al charloteo y al bullicio.

—Estos son extremos de rico...—había dicho un patriarca, con su capa que le arrastraba y un cuello que le empujaba el sombrero hacia adelante—. Ningún pobre hace estas cosas porque se le muera su hijo. ¿Se murió? Santas pascuas. Angelitos al cielo, y tal día hizo un año.

Los demás asintieron a esta tranquila filosofía del viejo campesino.

El padre Baquero y don Jacinto entraron sin pedir permiso. Mariquita estaba allí, con la cabe-

za sobre la cama y con los pies del niño entre sus manos. No hizo ningún movimiento.

—¿Duerme?—dijo el médico al cura.

—No—contestó éste.

Pasó media hora, y como la oyeran respirar apresuradamente, como anunciándose una convulsión, el padre Baquero acercóse y le dijo pausadamente:

—Mariquita, oye, sé razonable. Aquí viene un amigo, al que acaso verás por última vez.

Mariquita volvió la cara, vió a don Jacinto y dió un tono tal de dureza a su mirada, que el médico bajó la cabeza lleno de pesadumbre. El padre Baquero parecía complacido; sabía que cuando llegaba al más alto grado de tensión, más pronto caía.

—Es una guitarra que yo entiendo—decíase—, saliendo al paso de todos los desentonos. ¡Buena manera de recibir a la gente! Don Jacinto se va esta noche... él quería al niño. Ha hecho por él lo que Dios le ha permitido. Yo sé que llora... los hombres no son dioses.

Mariquita comenzó a llorar. Tendió la mano al médico.

—¡Sí que le quería! ¡Ahí tiene usted, don Jacinto! ¡Muerto! ¡Dios no me quiere... no me lleva con él!

Y los tres, confundidos en la misma pena, saturados del mismo dolor, permanecieron junto al cadáver de aquel niño, rígido ya, con la boquita abierta y los ojos cuajados, inmóvil, en el supremo descanso de la muerte.

Nada de esos consuëlos de rúbrica, nada de esos tópicos de mogollón que salen hechos como de encargo del vulgar o mentiroso sentimiento.

—¿Quieres llorar? Llorar. Disparata a tus anchas, hija mía. Todo lo que ahora haces, está san-

tificado. Si no hubiera dolor junto al cadáver de su hijo, es que no lo habría en el mundo. La Virgen lloró sobre el cuerpo de Jesús...

En esto, una de las mujeres que allí mangoneaban asomó la cara por la puerta y comenzó a hacer señas al cura. Este fué a ver qué ocurría.

—Nada; que es preciso ya ocuparse de algo. Está encargada la caja, de raso blanco... pero la mortaja hay que hacerla; no se va a enterrar el chiquillo *encorritatis*. Para eso es necesario que Mariquita disponga; en fin, que aquí, unos por otros y la casa sin barrer. ¿Usted me entiende?

—¡Ya lo creo que te entiendo! Pero mira, eso vas tú y se lo dices. Y no te pongas cerca, por si acaso.

—¿Yo? El Señor me libre. Por eso he llamado a usted.

—¿Cuántos hijos has tenido?

—¿A qué viene esa pregunta? Siete y tres malos partos.

—¿Y cuántos se te han muerto?

—Cuatro; bien que lo sabe usted.

—Bueno; a que tú misma has preparado la mortajita, y en el velatorio hubo dulces y su migaja de aguardiente y se contaron cuentos de risa por la madrugada...

—¡Ya se ve, sí! Aunque somos pobres, gracias a Dios hacemos las cosas como la gente.

—Bien; pues eso es lo que yo te quería decir; que tú no entiendes una palabra de estas cosas.

Y le dió con la puerta en los hocicos, dejando a la pobre mujer como quien ve visiones.

Difícil había sido para don Jacinto la entrada, pero lo que es la salida... no sabía cómo apartarse, cómo dar el último adiós a Mariquita. Temía un nuevo desgarramiento del dolor, y al mismo

tiempo sentía una anhelante necesidad de respirar libremente, de aturdirse ya con los preparativos de la marcha. Cuando más silenciosos estaban, oyeron un toconazo en la puerta, como si en ella dieran con un madero. El padre Baquero levantóse algo alarmado... ¡alguna imprudencia!

—A ver, ¡so bárbaro!, mete ese chisme para allá dentro. ¿Quién te mandó que trajeras eso aquí? ¡Y no apretaba nada el zopenco para restregárnoslo por las mismas barbas!

Y empujaba a un zagalón que traía en la cabeza el ataúd forrado de raso blanco; después continuó:

—¡Estamos frescos! ¿Pero aquí no hay nadie que cuide de estas cosas? ¿Todo va a ser comer y hacer pucheros?

—Mírelo usted, don Jacinto—decía Mariquita, sin apercibirse de aquellos escarceos—; parece que estoy viendo a su padre... en el mismo sitio. Para morir, puso las manitas como su padre, igual. ¡Dios mío!

Y con una fiereza dolorosa, besó mil veces aquella cara descompuesta, aquellas manos lívidas y frías, aquellos ojos entreabiertos que brillaban como si fueran de vidrio deslustrado.

—¡Se acabó, se acabó el mundo para mí! ¡No quiero nada, nada! No quería más que esto... ¡y me lo quitan!

—Mariquita... será difícil que nos volvamos a ver; si nos vemos, será muy tarde. Yo sé que usted conoce mi voluntad; cuanto hice por ahorrarle esta pena. ¡Dios también lo sabe! Ahora, resignación, valentía, culto a ese ángel... después de todo, la vida es corta, pronto nos reuniremos allá todos. Vea usted lo que dice el padre Baquero: al hombre

no le queda más que la esperanza de allá arriba... ¡Ay, si no le quedara eso!

Don Jacinto acercóse a la cama y dió un beso en la frente del niño, en aquella frente tan tersa y tan fría, que el cielo se le quedó en los labios.

—¡Adiós, hijo mío!

Y sin poder contenerla, dejó el médico rodar una lágrima. Mariquita le apretó la mano con una fuerza inconcebible, mientras que los sollozos la sacudían. No pudo hablar.

—Padre Baquero, usted se queda aquí, ¿verdad? Pues adiós, ¡hasta que Dios quiera!

Y le tendió la mano.

—No, ¡así no!

Y abriendo sus brazos, que parecían dos ramas de un árbol gigantesco, estrechó al médico contra su corazón.

—¡Este quizás sea el abrazo último de dos hombres honrados; diga usted que sí!

Y ya en la puerta, despidióle con los ojos un poco húmedos, diciéndole, para disimular la emoción:

—Usted es de los míos, don Jacinto, hasta más ver... y no se olvide de lo ridículo que es un hombre arrimando sus cincuenta duros a cualquier negocio.

Y se metió para dentro a reñir con las mujeres, a poner orden en la casa, con un malhumor de todos los diablos.

—¡Vea usted lo que son las cosas!—pensaba—. Cerca de un año tratando al médico, y yo sin caer en la cuenta de que me hacía falta... de que era su honradez como el vaso de agua que nos ofrecen en el desierto. ¡Seremos brutos los hombres! ¡Dios lo ampare por el mundo! ¡Y pensar que estas beatas, que el diablo emplume, le roían los zancajos

sobre si confesó o no confesó!... ¡Bestias maliciosas, Dios ve los corazones! Así fueran todos como el suyo... Aquí, y fuera de aquí, digo y redigo que es un justo, un hombre de bien, y... y... ¡qué Dios le bendiga!

XVIII

Por la tarde tenía ya el médico arreglado su equipaje, que salió a lomos de un poderoso mulo camino de la estación. El médico sentía cierta angustia, una opresión dolorosa al despedirse de aquel terruño que, por su propia voluntad, abandonaba. Es que por todas partes vamos dejando algo nuestro, y toda disgregación duele... Las cosas se le aparecían bañadas en infinita melancolía, reflejando bien el estado de su propio ánimo.

Sucedíanse los recuerdos con gran viveza; todos sus dolores y sus goces, sus tedios e impacencias alzábanse en aquella hora con cruda realidad dentro del alma.

—Hay que abandonar esto, hay que ir a la España que haya quedado viva, y formar en las filas de la juventud regeneradora... Esta es la España muerta, el sepulcro hediondo en que no se mueven más que los gusanos.

Y en su imaginación de hombre de bien que sólo ha visto el mundo a través de las ideas, pintábase don Jacinto el grande esfuerzo de la juventud para sacar al país de la ciénaga en que lo hundieron. ¿Acaso las naciones mueren así, por atrofia, por

atonía, por la infección del virus vergonzoso que la voluntad no logra destruir? Ya había visto cómo los extremos estaban insensibles, cómo los pueblos se revolcaban en el estercolero de sus grandes vicios, indiferentes a todo lo que no fuera su falsa vida de células degeneradoras. Pero los centros orgánicos seguirían funcionando; había que impulsar con fecundos movimientos el latido de la parte viva, aplicando el hierro y el fuego; esparcir profusa lluvia de ideas sobre este montón de hechos en descomposición que envenena el presente y lanza al porvenir su influjo morboso...

El médico sentía una gran fuerza interior que lo empujaba a esas honradas luchas de lo nuevo con lo viejo; creíase llamado a intervenir, sin muchas ambiciones personales, en este esfuerzo de la juventud; opinaba que ni un solo átomo debiera quedar inactivo en interés de la patria si ésta había de salvarse de tan profundas crisis. Y con estos pensamientos se animaba, endulzando el dejo doloroso de su partida.

Ya se había puesto el sol cuando don Jacinto salió del pueblo, solo, como quien va a dar un paseo. La tierra, empapada por las últimas lluvias, hinchábase con el esfuerzo de los gérmenes. Cantaban las ranas en los charcos; de los pinares salía un olor de hongos que saturaba la perezosa neblina azul que envolvía mansamente aquellos campos, en los que brillaba con lozano verdor la sementera. En lo alto de la cuesta, detúvose el viajero y miró lentamente, como para llevarse en la retina la impresión fotográfica del paisaje. Venusta, con su apretado y blanco caserío, parecía un grumo espumario asentado entre tapices verdes. Entre aquella confusión de edificios, su mirada buscó y encontró dos casas, altas las dos, ostentosas, prego-

nando un bienestar que no había por dentro. ¡Ay! En una, lloraba Mercedes el término de sus ilusiones muertas. En la otra, lloraba Mariquita León sobre el cadáver de su hijo. En todas partes clavaba el dolor su garra.

Allá, en la cumbre, balaban las ovejas encerradas ya en el aprisco, con ese triste gemir del ganado cuando llega la noche. En medio de un sembrado, en la ladera, una vaca de pelaje azafranado se rascaba con la lengua los ijares, meneando la esquila con un son dulce y quejumbroso; brillaba entre la niebla la llama opulenta de la candela que calentaba a los pastores y caía de los altos pinos un rumor confuso, interminable, como un rezo de la naturaleza que tomaba por lengua al húmedo ramaje. ¡Qué paz, qué mansedumbre! ¡Qué ausencia de fatigas y dolores!

—Las luchas, la ansiedad, las enfermizas emociones—pensaba el médico—, no pasan de los hombres. La naturaleza no se estremece ni se apresura; no conoce ni el interés ni el tiempo.

Siguió su camino por aquellos vericuetos, que el olor de las hierbas perfumaba, y al cerrar la noche, una luz verdosa, que parecía una estrella puesta en un palo, indicóle el sitio donde la estación estaba. Llegó a punto que encendían los faroles. El jefe alegróse tanto de ver a don Jacinto. Enfermo de aprensión hacía muchos años, deseaba estar en consulta permanente; había sido *rualista* empedernido, y a fuerza de *vomis* y dosis de aquella meloja medicinal se puso a la muerte. Resucitó el método de Raspail, y en la estación nadie podía aguantar el olor de alcanfor que en todas partes dejaba. Ultimamente, gastaba la paga en específicos, en todo cuanto leía que era bueno para esto, para lo otro, para esotro: él tenía todas las enfer-

medades conocidas y algunas que estaban por conocer.

En medio del mezquino andén cogió a don Jacinto, y antes de saludarle sacó un palmo de lengua, alumbrándose la cara con un farolillo.

—¿Qué le parece a usted eso? ¿Malo, verdad? Tengo unas grietas alarmantes. Ahora he dado en padecer del páncreas, sí, señor, ¡me da unos saltos! ¡Y con el hígado echado a perder y el estómago como un zapato viejo! Estoy bien malo... no lo quieren creer; pero ya lo creerán, cuando me lleven al pueblo en una parihuela.—Quieras que no, tuvo el médico que entrar en la habitación del jefe. Tenía un estantillo lleno de libros de medicina, herencia de un tío suyo, que murió loco de remate, diciendo que “había concebido” por obra y gracia de la voluntad y explicaba el método en una memoria inédita que el sobrino conservaba. Guardaba también unas láminas patológicas que ponían el estómago en pie: hígados hinchados, riñones lanceados por úlceras, vejigas empedradas...

—¿Quiere usted ponerse bueno? Queme usted todo eso: libros, estampas, específicos; ésaş son las enfermedades que le están matando.

—¡Pero, fijese usted! No forme juicio así, tan a la ligera...

Y sacó otra vez el palmo de lengua. Gracias que en aquel momento el silbato del tren sacó al jefe de sus preocupaciones.

—Ya está ahí el de las ocho y treinta.

Salieron al andén y oyeron al trajín de la máquina, que subía renqueando las pendientes en curva.

Poco después, asomó, allá junto al disco, la luz roja y llegaron a lá estación unos bufidos de mons-

truo cansado al que apalean. Entró el tren en agujas y se quedó parado delante de la estación.

—¡Venusta, quince minutos!—gritaba un mozo con ese dejo cansado con que maquinalmente tenía que repetir un día y otro la misma canción.

Mientras la máquina tomaba agua, bajaron algunos viajeros, y entre ellos Flautilla, que venía a sustituir interinamente a don Jacinto. Abrazáronse con verdadera efusión; enteróse el de Oblita, así por encima, de los enfermos más graves que el compañero le dejaba, y al saber lo de Brevas, no pudo contenerse.

—¿Ya? ¿Cayó ya el viejo leproso?

Y no queriendo dejar pasar ocasión tan propicia, fué a decirles a unos cuantos de Oblita, que llenaban de risas y humo de tabaco un departamento, cómo el zorro de Brevas, el usurero famoso que se había chupado medio término suyo, quedaba allá, con un lado del cuerpo seco, la lengua trabada y los ojos llenos de espanto, viendo cómo sus herederos lo heredaban en vida, y delante de sus hocicos se regalaban con el caudal.

Una especie de aplauso a la Providencia salió de aquel coche lleno de humo. ¡Al fin caían los peces gordos! ¡Ya era tiempo! También al Sacristán, al viejo verde, le llegaría su turno... otro aire, y a caer patas arriba sobre el montón de usuras y porquerías. Y aquellos alegres hijos de la ciudad romántica, que traían encima la humedad de las nieblas del Ridoro y el hálito salado de la marisma, echaron un trago, felices, confortados por un enjambre de esperanzas locas, que les hacía soñar con una España nueva, heroica, imponiendo su hegemonía a las demás naciones.

Don Jacinto acomodóse en un compartimento tabique por medio de aquel en que iban los de Oblita.

ta. Colocó sus maletas y sus mantas como quiso, y cuando el tren salió andando, sintió con toda intensidad el amargor de las despedidas. Representósele al vivo el tiempo que había pasado en aquel pueblo y se asombraba de no sentir la alegría que él había imaginado en el preciso momento en que lo abandonaba. ¿Acaso habría sido asaz intolerante? Todas las cosas que le repugnaban, ¿tendrían el grado de malicia que les venía atribuyendo? ¿Habría exagerado la nota justiciera en todos sus juicios? En el momento de partir, sentía una blanda y candorosa tolerancia, algo como la suave dulzura de la caridad, que roza las humanas flaquezas sin herirlas ni encontrarlas.

El recuerdo de Mariquita León aumentábase aquella melancolía. Había visto vencida a la mujer fuerte que templaba su fortaleza en la sinceridad de su carácter. Era la hembra verdadera, no agarrotada por la ficción, sino con el alma transparente, en que la virtud es algo tan natural y espontáneo como las funciones orgánicas. ¡Todos padecían! Nadie hurtaba el espíritu ni el cuerpo a los dolores; todos tenían necesidad de compasión y de consuelos. Más que malvados, los hombres son ciegos, con una ceguera absoluta, casi irredimible.

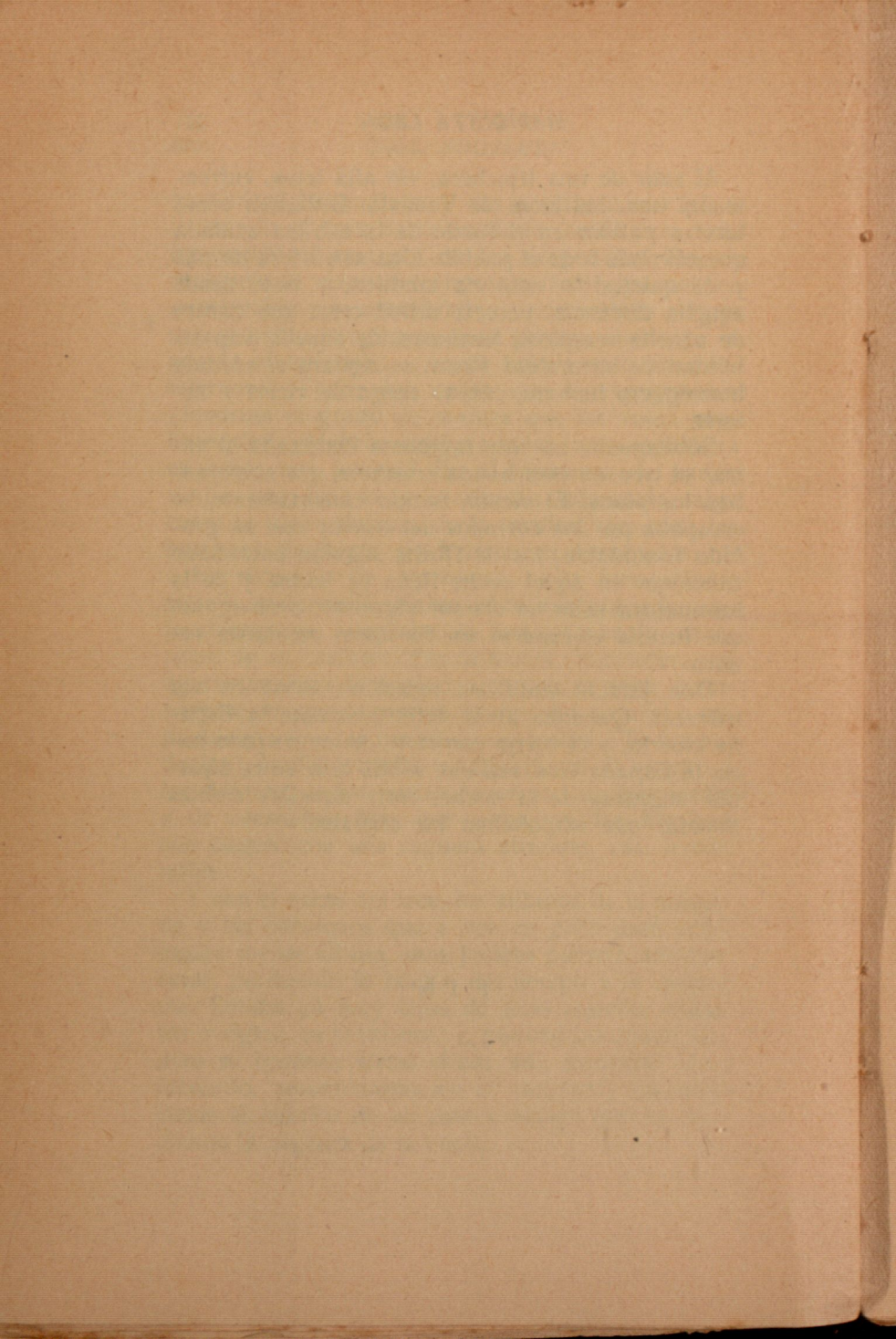
Y con el ruido del tren, los silbidos de la máquina y las canciones que a voz en grito iban entonando los de Oblita, don Jacinto parecía adormecerse, perdiendo la noción del tiempo y la distancia. Estaba ya muy lejos de todo aquello. Minutos o siglos, es lo mismo...; por eso las cosas perdían su crudeza vistas desde allí, sumadas en el recuerdo, amontonadas en el conjunto, juzgadas desde el interior de un tren a escape que va hundiéndose en la negrura de la noche.

Al salir de una trinchera, vió allá lejos, enfrente del tren, las luces de Venusta. Brillaban como luceros pálidos en el fondo de la neblina azulada que envolvía todo el pueblo. Una atmósfera de paz y de quietud lo envolvía también, y visto desde aquella distancia, parecía difícil creer que dentro de aquella serenidad luminosa, de aquella impasibilidad de naturaleza física, se agitara el sórdido hormiguero humano con su carga de vicios y dolores.

Súbitamente borróse la silueta iluminada al entrar el tren en otra honda trinchera que sombreaban los pinos. El viento, batido violentamente, se escapaba por los costados del convoy con un gruñido formidable; los de Oblita seguían entonando canciones en aquel coche lleno de humo, y de la locomotora salía un clamor vigoroso, prolongado, que hendía el espacio sin fin como un dardo sonoro.

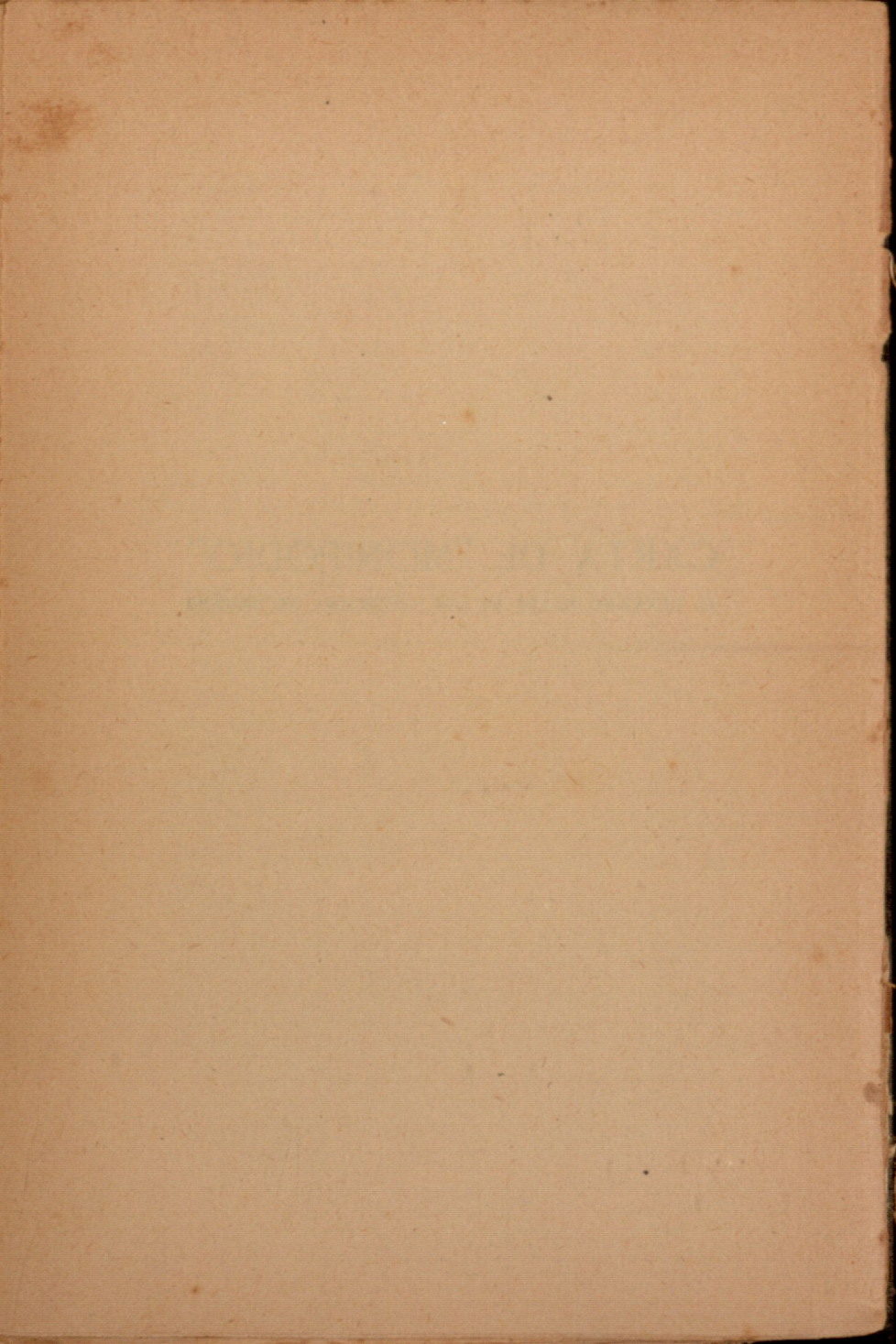
Don Jacinto sintió un repentino alivio en sus tristezas. Quedaba atrás definitivamente la España muerta, y él corría con la fe de un cruzado hacia la España viva, esa que sentía latir entre aquellas negruras de la noche, entre aquellas nieblas llorosas que empañaban los cristales.

F I N



CARTA DE "MONIPODIO"

AL HERMANO MAYOR DE LOS «MURCIOS» DE HOGAÑO



Señor y amigo: Desde este lugar—que llaman infierno—adonde me trujeron pecados míos, revueltos en otros ajenos, escribo a vuesa merced como a buen cofrade, entre otras cosas, por divertir los forzados ocios de esta mi triste cuanto inacabable desventura.

Ya sabrá vuesa merced cómo tras de una vida pecaminosa, si las hay, hube muy cristiana muerte y dicen que serví de ejemplo. Morí con los cristos delante y el credo en la boca. Subí *a la de palo* con buen talante, sin desmedrar en un punto la entereza de mi condición, cual corresponde a hombre de tantos hígados como fui en el mundo.

Pernearon conmigo, al un lado, Chiquinazque, y al otro, Maniferro, y, a no ser yo del mismo oficio, muriera como el Salvador, entremedio de dos ladrones. Caí sin encogerme, sin hacer gestos, con grande compostura y gravedad, tal como fui siempre. Pusiéronme la caperuza de medio lado, conforme dejé muy advertido y pagado al secutor de este último lance y debí de parecer allá en lo alto figura de predicador más que de condenado.

Hiciéronme cuartos, sin duda por el desmedido

amor que a los mismos hube, y en esta guisa, conseguí lo que Dios: estar en muchas partes a un tiempo. No di lugar a los gusanos, que antes vinieron los pasteleros, y así fui tan repartido y desmenuzado, que toda restitución fuera imposible.

Por qué arcaduces llegamos a tan fiero extremo, dirélo en dos palabras:

Dimos un tiento a la caja de un ginovés y sobre si el reparto fué bueno o fué malo, hubo sus dares y tomares con la justicia. El alguacil de los vagabundos emperróse en decir que no se manifestó todo el hurto, como en conciencia siempre se hizo con grande puntualidad.

Hizonos mal de ojo la susodicha trabacuenta, porque a poco cogieron a Centopiés con las manos en la masa, quiero decir en un gran gato de reales, que con mucho sigilo, como buen oficial que era, hurtóle a un ganadero y, aunque murcio famoso, dejóse pescar como un albur, y cogido por las agallas, dieron con él en la "trena".

Sufrió dos *ansias* sin despegar los labios, mas a la tercera, apretaron de modo, que Centopiés soltó un berrido y tras de él, abiertas las compuertas del miedo y rematado el ánimo, cantó de coro e hizo confesión general de todas sus culpas amén de las ajenas.

Alborotóse la justicia haciéndose de nuevas; torcieron el gesto los alcaldes; pasmóse el escribano y el alguacil se santiguó muchas veces, como quien oye por primera vez una muy curiosa y sanguinolenta historia... Entróles a todos un grande escrúpulo y un muy repentino temor de Dios, y así, poniéndolo por obra, cogiéronnos en la redada, y fuimos todos, mayores, profesos y novicios, a la Casa del Rey, donde nos mantuvo Su Majestad, harto poco tiempo, para lo que fuera nuestro deseo.

Hubo muchas ansias, requisitorias y apremios; escribieron obra de unos cinco millones de pliegos y nos sorbieron los huesos hasta que no hubo señal de tuétanos.

Cuando estuvimos huecos y vacíos como cañaheja, nos mandaron a mí y a los dos bravos a cabalgar en el caballo de palo, que harto lo sufrieron los pescuezos; al Repolido lo echaron a guras por todos los días de su vida; hicieron a la Cariharta Ave fénix, que no hubo tantas plumas en el proceso como pegaron en aquellas limpias y frescas carnes, y, cuál más, cuál menos, todos sacaron su parte, que en esto se asemejó la justicia a nuestro antiguo orden, en que todos alcanzaban algo de lo corrido y garbeado.

No me valieron los obsequios que con la acostumbrada "popa y soledad" hiciéronme deudos y amigos; que hacia esta parte trujéronme en volandas, donde entre alguaciles ando, que ni aun los demonios son osados de asomarse, por lo mismo. Y aquí permanezco, ¡oh, cofrade!, hasta el fin de los días. ocioso y desasosegado, sin tener otro divertimento que el ver a la madre Pipota encender candelicas con tizones, como si aquí le fuesen a valer los santos, y el tocar de mis tejoletas cada y cuando me viene en gusto, que a sólo esas niñas quedan reducidos el alegría del ánimo y el natural recreo de los sentidos.

Acaso, por tan estéril vagar di en el deseo de inquirir lo que fuera de mis hermanos en el mundo, y así hube noticias de vuestas mercedes que me alegraron en grande. Sé que asientan en nuestra Hermandad hombres de pro y de notorio respeto, y huélgome mucho dello, que a seguir como va, más ha de valer el asiento en la Cofradía que un hábito de Santiago. Afligióme al principio el sobre-

salto que os da la justicia de vez en cuando deshojando la flor de Correos. Mas no se asuste vuesa merced, que ni descubrirse han las otras flores, y aunque se descubran, todo viene a quedar en espanto, alboroto y meneo de curia y en gasto de papel a tontas y a locas. Lo más que puede ocurrir es que la sogá se rompa por lo delgado y tenga la Cofradía que pagar estancias a cuatro infelices que no saben de la misa la media.

En los tiempos que corren es más que descansado aqueste oficio de garbear y hasta se dan credenciales; viva vuesa merced descuidado, que ni lo palmearán un poco, ni lo echarán al remo ni menos lo guindarán elegantemente, como en mis tiempos se hacía.

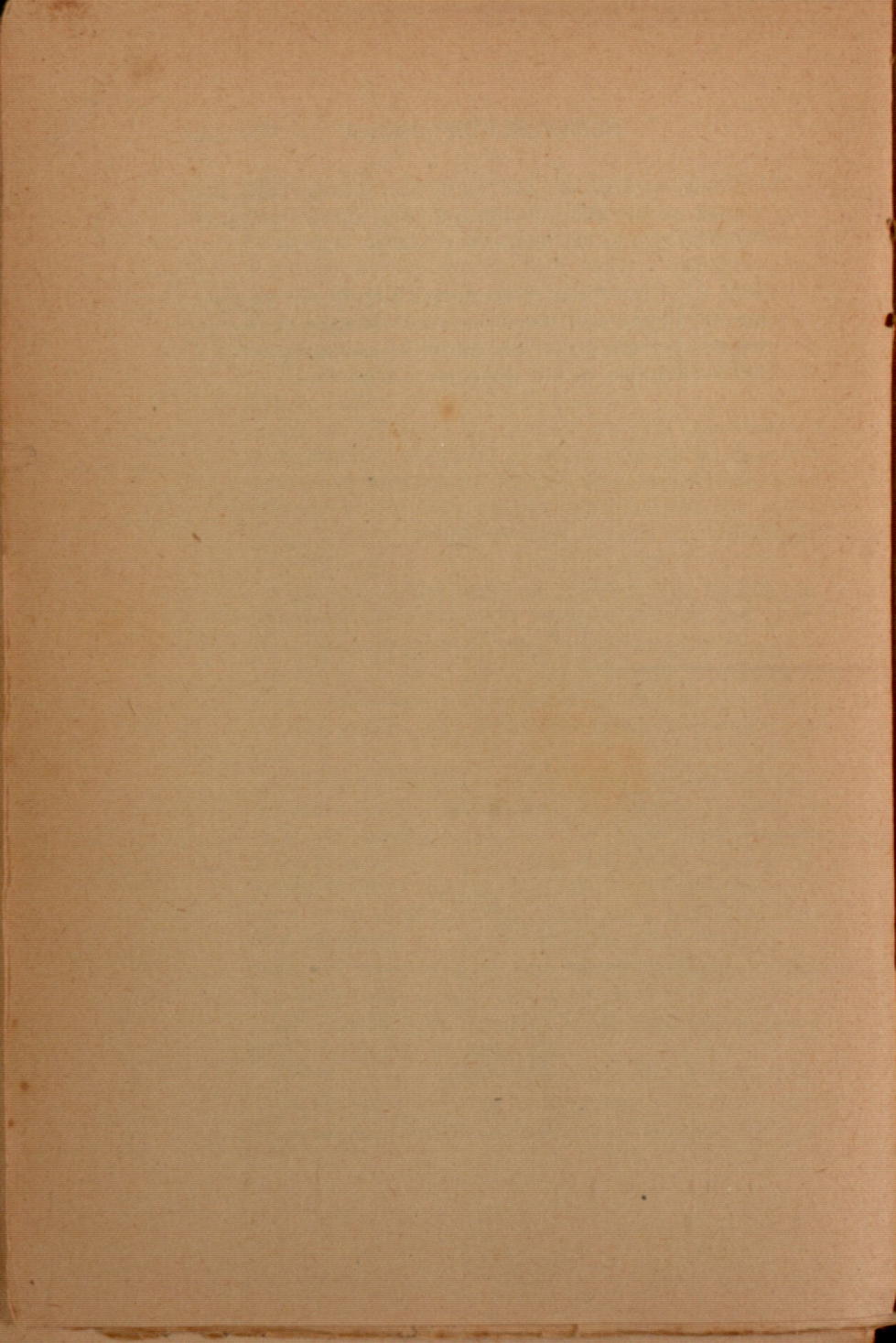
Apartados esos temores, amén del de la malquerencia del alguacil y los peligros del "ansia", puede vuesa merced tumbarse sobre las plumas y dormir como hombre que tiene la honra en su punto y la conciencia en la faltriquera. A bien que ahora no hay ladrón sin carta de examen ni título para serlo.

Sustente vuesa merced la honra de toda esa Hermandad, cual corresponde al cabeza y *tu autem* della, exprimiendo la flor y afinando la puntería todo lo más que se pueda, que ahora no hay gironvés ni judío que se deje cazar con liga como pájaro tonto, antes suelen cazar ellos con nada limpios señuelos y con endiabladas artes. Por lo demás, no haya miedo; que ahora anda la justicia haciendo elecciones, tal como la pintan: con una venda encima de los ojos y un peso en la mano, como mancebo de abacería.

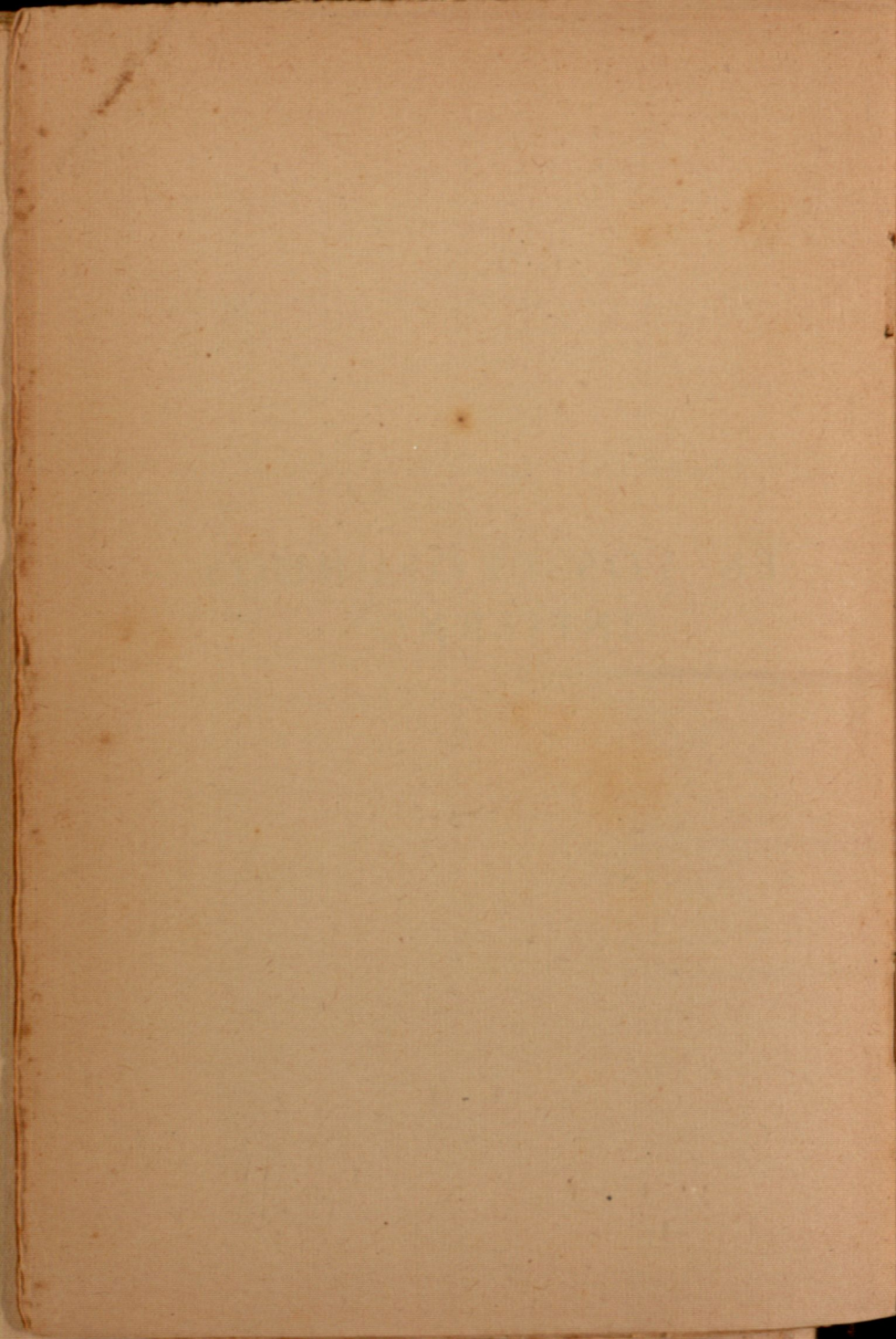
Dé a los hermanos "murcios" mis encomiendas, a los cuales y a vuesa merced espero ver por estos lugares, conforme el Señor sea servido de irlos

enviando, y en el entretanto, a todos beso las manos—si no estan ocupadas—y a vuesa merced el primero, como es de razón y buena crianza.

P. D.—No envió estas letras por el correo porque no llegarían a vuesa merced, aunque no llevan tripas. Enviólas con un diablillo novato que va a tomar liciones de un concejal.—*Vale.*



EN LOS PROFUNDOS
INFIERNOS



Consideraba yo las discretas y entretenidas relaciones de Quevedo sobre "Las Zahurdas de Plutón", cuando tomé un sopor que toda mi voluntad no fué parte para deshacerlo, y barruntando que me abajaba con grande premura y sobresalto, dejéme ir obra de muchos estados, hasta que paré cerca de una puerta de gran tamaño y singular herraje, a cuyos postigos asomáronse dos o tres endiabladas caras, que así que me vieron, se retiraron, mientras la puerta se abría con más que mediano estrépito.

Entré y encaréme con los guardianes, que eran unos famélicos diablos, en quienes a puras hambres y miserias, apenas si quedaban tres onzas de carne "de pitón a rabo".

En el infierno estoy, dije para mi sayo; en el infierno estaba; mas como me presentase allí de extraño modo, tal como se presentara años ha el ínclito "Don Francisco", no me dejaron pasar de los zaguanes, y haciendo uso del derecho de retención, avisaron al mayor de los diablos y esperaron la orden que se sirviese dar sobre mi visita y persona.

Entretanto, uno de los diablillos porteros, que era ojizaino, soltó el hurgón, sacudió el hopo y, requiriendo los trástulos de escribir, comenzó "a instruir el oportuno expediente" sobre mi venida y anómala presentación en aquellas jurisdicciones infernales.

Pasmado quedé al ver convertido el infierno en covachuela, mas en guisa de explicación díjome el más desenvuelto de los diablejos: —No se admire, hermano (¡miren qué hermandad!), que hasta estos antros han llegado las luces del progreso.

Aturdido por esta revelación inesperada, miré si por acaso aquel diablo llevaba sobre el testuz el clásico morrión de nuestros mayores, porque aquel donoso decir, tan progresista, lo estaba reclamando a voces.

Desde mi rincón atisbé lo que pude y vi que sobre un cerrillo iluminado por un sol sulfúreo y de lo más triste que mis ojos miraron, estaba una multitud ociosa de diablos, unos durmiendo, otros espulgándose, quién como haciendo examen de conciencia (si la tuviera), quién como escuchando voces misteriosas venidas del mundo, y todos en silencio, como lunáticos aburridos.

Pregunté a los que conmigo estaban, y me respondieron que aquellos diablos eran los que antaño salían al mundo para trabajar, cosa que los distraía y aireaba, pero que de luengos años andan así, ociosos y recoletos, porque ya en el mundo no hacen falta ninguna, antes hay diablo que se pervierte con el trato de los hombres; por lo cual, hase ordenado que ninguno salga, para evitar que el que dentro del infierno es un diablo, venga del mundo hecho diablo y medio, según lo habían por costumbre.

Los hombres se vienen solos, sin necesitar que

diablo los rempuje, y en cantidad tal, que hay temor entre nosotros—me dijeron—de que el mejor día se alcen con el poder y vengamos a ser en toda la extensión de la palabra, “tras de cornudos, apaleados”.

En esto llamaron con recios golpes a la puerta. Un diablo miró por el postigo, y con no muy contenido enojo, dijo a los otros: —Abrid, son los de siempre; no se acabará la casta así los majen.

Abrieron y entró una turba de gente bien vestida y adecentada, entre la que ví a muchos conocidos míos.

Traían unos protocolos y cartapacios que por ningún linaje de tormentos y tizonazos soltarían.

—¿Quiénes son éstos?—dije.

—Los que azuzaron las turbas y clamaron bravamente por la desamortización; los que después del saco, durmieron sobre el sustancioso botín y despertaron hechos unos santos Tomares, devotos, escrupulosos y timoratos, usurpándonos el consabido adagio de “el diablo hartado de carne, se metió a fraile”.

“Desde que llenaron la andorga, andan por esos púlpitos del mundo predicando el mayor respeto al orden, a la propiedad y a la religión. Así, desde el año cuarenta y tantos, se nos vienen a racimos, y es la peor zurrapa con que nos regala el “siglo de las luces”.

Retumbó en esto la estancia a los fieros golpes que daban en la puerta.

—Gran priesa traen éstos—murmuró el portero.

Apenas desembarazada la entrada, hizo irrupción un tropel de hombres mal encarados, barbudos, cejijuntos y con todos los signos exteriores de la cohorte más *avanzada*. Aprovechando el ins-

tante que los diablos invertían en escribir su entrada, quisieron catequizarnos, con infernal fa-cundia, unos para el socialismo, otros para el co-munismo, estotros para el anarquismo, y todos pa-rra el *caquismo*; que en esto de la apropiación de los ajenos bienes, está el toque y la gracia de to-das esas escuelas.

—Esos—dijome un diablo—son discípulos de los que entraron antes; enseñáronles con el ejem-plo, que la propiedad es cosa *de suyo* tornadiza, y que no valen títulos, cuando quieren leyes, y aquestos, con buena lógica, andan con ellos a más eres tú. Como es natural, por los mismos pasos nos vienen a granel a estos infiernos.

Volvieron a llamar, y tornaron a abrir, y colá-ronse de rondón en infelicísima caterva los últi-mos progresistas de la buena cepa.

Era gente ignara e inocentona, que había enve-jecido sin darse cuenta. La pesadumbre del mo-rrión sobre los sesos, no dió espacio a muchas ideas, y así, con alguna media docena de ellas se fueron aviando, y aun es fama que siempre les sobró la mitad.

Preguntaron por Espartero, y afligiéronse de que no les diesen razón cierta los diablillos, que a trueque de estar con el de Luchàna, diputarían por paraíso el infierno y por dulcísimos goces, los truculentos martirios.

Los más jóvenes, que nunca encendieron velas ante el retrato de don Baldomero, andaban inqui-riendo si por acaso allí se estilaban *comités* como en el mundo y si había elecciones de vez en cuan-do; mas al enterarse que no, encogióseles el cora-zón, y con lastimeras voces, como plañendo, nos decían:

—Pues ¿para qué más tormento? Basta el no

haber *comités*, para que nos pongan el ánima como cordobán en manos de zurrador bien diestro.

Tras este grupo de vejetes y lunáticos, entróse reposada y solemnemente un tipo profético, de medurado andar y austero continente, grandes barbas y rostro pensativo como de *Rabí*, el cual, enseñándonos un cartapacio donde traía encerrado como en redom? todo el saber del siglo, nos endilgó una arenga, de la que los diablos y yo nos quedamos a oscuras.

En mala hora preguntáronle quién era, porque con habla sublime, voz sonable y reposado acento, haciendo muy gentiles meneos de cabeza, como quien se escucha y aplaude, nos dijo de esta manera:

(1)—Yo soy el que soy: el uno, el mismo, el todo yo, como todo en uno; el primero en mí en la omneidad; yo me contengo y me refiero dentro, con, sin, sobre, para la totalidad indeterminada, trayendo a sí lo determinado bajo la posibilidad total en modo positivo, como el ser absoluto-infinito se pone y se refiere y se sabe en la omneidad sucesiva de su propia totalidad. Por esto pienso lo particular como en totalidad y totalmente también, pero con totalidad de su particularidad misma, y a este modo principalmente en la relación, formalmente o formal totalidad, siendo lo todo en este punto, no a su modo puro y libre, sino todo particularizado, todo él particularización, todo en particular, todó particularmente, al modo, pues, principal de la pura particularidad, como sin la pura totalidad. Yo me pongo y me compongo...

—No te compongas, que ya sé quién eres—dí-

(1) Este sublime y gracioso galimatías está aquí trasladado de una de las más encomiadas obras del filósofo Sanz del Río.

jole un diablo, y gritó a los demás, que por el cerrillo andaban—. ¡Ah del infierno! Aquí tenemos el último Krausista. ¡El único que quedaba!

Alborotóse el infierno, turbáronse los demonios, pasmáronse los condenados. Los unos ponían el grito en el cielo (única cosa que podían poner en tan sagrado lugar); los otros decían que de cuándo acá era el infierno casa de orates y ninguno quería que el Krausista entrara, porque ya el infierno ardía en embelecos y pareciales que con aquel melón se llenaría el serón y sería cosa demasíadamente atormentadora para las ánimas, la de sufrirlo y escucharlo por toda una eternidad.

A poco llegaron, en alegre comparsa, unos cuantos clérigos casados, apóstatas fulleros, que recogió el infierno con su espumadera en el hirviente bodrio de la Revolución.

Venían hechos unos Calvinos y Luteros y eran más que medianamente rijosos por naturaleza.

—He aquí—dijo el diablo—cómo esta infelicísima gente se hubiera salvado con sólo cuatro buenos y recios zurriagazos dados a tiempo y sazón. Que si el hervor de la sangre los rempujó a estos desmanes, no hay cosa que tanto la aplaque como unas buenas disciplinas, fornida y elegantemente manejadas, y más cuando se compaginan sus efectos con un discreto ayuno y moderado ejercicio.

Admiré la sagacidad y experiencia de aquel diablejo.

Llegaron después obra de seis o siete docenas de pedantones, que era cosa de huir por no sufrirles el humor.

Eran maestros ilustrados, o como ahora se dice, pedagogos de lo más fino. Rebasando las lindes del Epitome y las cuatro reglas, habíanse entrado

sin más preparación ni adobo por el dilatado campo de todas las ciencias, hasta atiborrar el entendimiento de cosas tan distintas e incompletas, que el meollo parecía morral, henchido de botín apri-sa y corriendo.

Separándose de los buenos que hay en su oficio, habían dado en la manía de ser hombres libres y superiores, filósofos y filántropos, amigos de la humanidad y enemigos del oscurantismo; al fin, como fieles depositarios de todo el saber, que ejercían el sacerdocio de irlo propinando en guisa de melecina a los mamones.

Unos acabaron por entregarse al libre-pensamiento, otros por llamar en las broncíneas puertas de los Talleres del G. . A. . D. . V. . para hacer "planchas" a su sabor, y esotros no pararon hasta dar con sus cuernos en el Espiritismo, moviendo veladores y palanganeros con gran espanto de las familias acomodadas.

Por estos arcaduces llegaban a los profundos infiernos; que no hay otros más seguros, desde que terminó la querella con el Limbo, que pretendía llamar a sí el proceso de aquellos infelices.

En pos de ellos, vinieron los periodistas (raza desconocida allí, cuando la visita de Don Francisco); venían unos lápiz en ristre, deseando *interviewar* con el primer demonio que se pusiera a tiro. Eran los *reporters*, movedizos, sueltos, superficiales, no exentos de gracejo y capaces de levantar un falso testimonio, sobre la aguda punta del cuerno izquierdo del mayor de los diablos.

Entre ellos vi a los sesudos *fondistas*, los de la parte doctrinal (tan llamada a desaparecer como la forma poética), rellenos cual calamares, de su propia tinta, henchidos de esa fraseología parla-

mentaria que fluye de su Alcorán, "El Diario de Sesiones".

Los críticos marchaban detrás, silenciosos, con un gesto ríspido, que parecía indicar que todo lo que iban pisando olía muy mal. Era gente muy biliosa, o como dirían antaño, "cálida y seca".

Los revisteros de salones, toros y otras *solemnidades*, iban, los unos, azumando de empalagosas mieles y relamidos barbarismos las cuartillas; los otros, ensartando cuchufletas taurinas para pasto espiritual del pueblo soberano; los últimos, gastando los extremos puntiagudos de la hipérbole en reseñar veladas literarias de lo más cursi, conferencias, estrenos, comilonas políticas, festejos patrióticos... e industriales y otros excesos.

Entre la gente hábil en el oficio, que la hay en abundancia, quizá como en ningún otro, venía, a modo de cascote y ripio, la turba indocta que asaltara el templo sin otro equipaje que su ignorancia.

Separados por un *bigote* moral, entraron después los periodistas franca y exclusivamente literarios. La literatura *menor* toma enteco cuerpo en el semanario. El que antes fué árbol frondoso al que sólo dañó alguna vez su mucha exuberancia, ha venido tan a menos, que hoy lo cultivamos en macetas.

Los apreciables manufactureros literarios de "La lira de oro", "El iris de paz", "El céfiro suave" y tantos otros, andan toda su vida como mariposas, tras de la "flor natural" de algún certamen de esos con que suelen festejar a su santo patrono todas las cabezas de partido judicial más o menos suprimidas.

Intrigado por la suerte de los periodistas (que

al fin algo tira la sangre), pregunté a los diablos a qué género de tormento se les condenaba.

—A los que supieron lo que traían entre manos se les obliga aquí a cargar sobre los hombros una *nulidad* bien gorda y a que la suban a la cumbre más alta de cuantas hay en el infierno. Después que suben una, bajan por otra, y así sucesivamente...

—Hasta que se acaban—dije.

—Eso no se acaba nunca. ¡Es infinito!

No quise saber las penas de los demás, por no afligirme demasiado.

En esto estábamos, cuando llegó un juez que traía por los cabezones a un escribano, y detrás, haciendo aire, apareció un alguacil de lo más tosco que por ahora se usa.

El juez hacía responsable al escribano de su condenación. Este alegaba que jamás puso piedra ni dineros en el camino de su salvación, atestiguando con el alguacil, y todo eran dares y tomarres, que con el escándalo se hundía el infierno.

Mediaron los diablos, apaciguóse la disputa, habló el escribano, y con labia de oro hizo probanza de que el señor juez se había venido por sus pasos contados, espontáneamente y sin ayuda de costa a aquellos sitios.

El juez dióse por más muerto de lo que estaba, y alegó en descargo su profunda y en su sentir excusable ignorancia de todas las leyes.

No le valió; que allí, como en el mundo, la ignorancia de las leyes no aprovecha, por más que nadie exija a los jueces que sepan ninguna.

Apenas el triunvirato judicial enfrascóse tierra adentro, llegaron en infinito número unos que en vida fueron empleados públicos.

—Dígame, por su vida: y concejales, ¿suelen venir por estos antros?

—¡Brava cosa! ¿Acaso los Ayuntamientos no son las aduanas que nos surten? ¿Tanto va de concejal a diablo? ¿No es aquél el noviciado de esta honrosísima profesión? Pues a fe “que de corsario a corsario sólo se pierden los barriles”.

”Y no crea vuesa merced que son ellos los atormentados, sino nosotros: que son duros de colodri- llo los tales concejaletes, y un punto más que los demonios saben.

—¿Y oradores, vienen?

—Sí vienen, y en tal cantidad, que nunca llegan a valer ni a ochavo. Así como en el mundo, por pecados de vuestas mercedes, suelen dejar caer epidemias y estragos, aquí, donde todo pecado tiene su asiento y está como en su molde, nos afligen con rachas de oradores y poetas, que son la peste y el cólera y las viruelas negras con que por lo común se nos castiga.

—Y que contra esas enfermedades—dije—, de poca cosa servirán los médicos, que no dejará de haber alguno.

—¡Y cómo si los hay! Apenas hay otra cosa; más hogaño no son como los que vió Quevedo. Ahora no vienen apuntando con el cañón de la melecina, cala en ristre y ablandadas sus barbazas con el vaho de los orinales; ni nos echan desde la puerta sus dos docenas de aforismos, blandiendo el dedo índice como palmeta, para lucir el sortijón de culo de vaso, mientras conservan en la pretina los guantes tableados, que por no ponérselos pasaban de generación en generación; ni nos asae- tean con *Recipes* y “uncias y más uncias” y demás crueles latinajos que eran su pan de cada día.

”Ahora la melecina es primoroso juguete de

acero y níquel, que incinde la piel como aguijón de abeja. Ya no se va a la botica a recoger lo recetado con una olla de dos azumbres, sino lo dan en glóbulos azucarados, encerrados en elegantes tubos y misteriosas ampollas. Ya no hay tumbagas ni guantes rígidos, ni cartapacios, ni astrolabios, ni Dioscórides, ni aforismos, ni mula, ni bastón hasta la barba, con los demás adminículos del oficio; pero lo que es como matar, siguen matando,

*"Hoy lo mismo que ayer; mañana como hoy,
y siempre igual."*

"De los boticarios no hablemos—prosiguió el demonio—, porque éstos, adoradores contumaces de Neptuno, al fin como gentiles, no pueden caber en parte alguna, si no es en el infierno, su antiguo solar y domicilio.

"Entre éstos suelen venir entremetidos, como del mismo gremio y cofradía, los que por vino venden zumo de campeche, por pan aserrín cernido, por vinagre ácido sulfúrico, por café altramuces tostados, y todos los que, impune y sosegadamente, se enriquecen en fuerza de porquerías, con grave daño de su conciencia y de la salud del prójimo.

Aquí llegábamos, cuando presentóse un diablillo jadeando. Traía la licencia que el diablo mayor me concedía para poder visitar todos sus dominios.

Rehuséla, porque parecióme cosa de poca monta ver lo que todos los días estoy viendo en el mundo, tal vez muy aumentado y corregido.

Despedíme de los diablos porteros y guardianes, porque la buena crianza no está reñida con nadie, y siempre es bueno dejar amigos hasta en el infierno, y, después de recibir sus encomiendas,

dejéme subir mansamente, como aquel que flota a su placer por entre las aguas, llegando al mundo a punto en que, despabilándome de mi sopor, tendí la vista, aún no muy clara, por lo que tenía delante, y antojóseme que no había gran diferencia entre lo que había visto y lo que entonces miraba.

De lo que deduje que, siendo los enemigos del alma Mundo, Demonio y Carne, y estando la carne en el mundo como en su propio garabato, llevámosle un cincuenta por ciento de ventaja, en todo lo malo, al antro infernal de donde yo venía.

FIN

ÍNDICE

7 2 3 4 5 6

Págs.

Mariquita León... ..	7
Carta de Mònipodio... ..	223
En los profundos infiernos... ..	233

